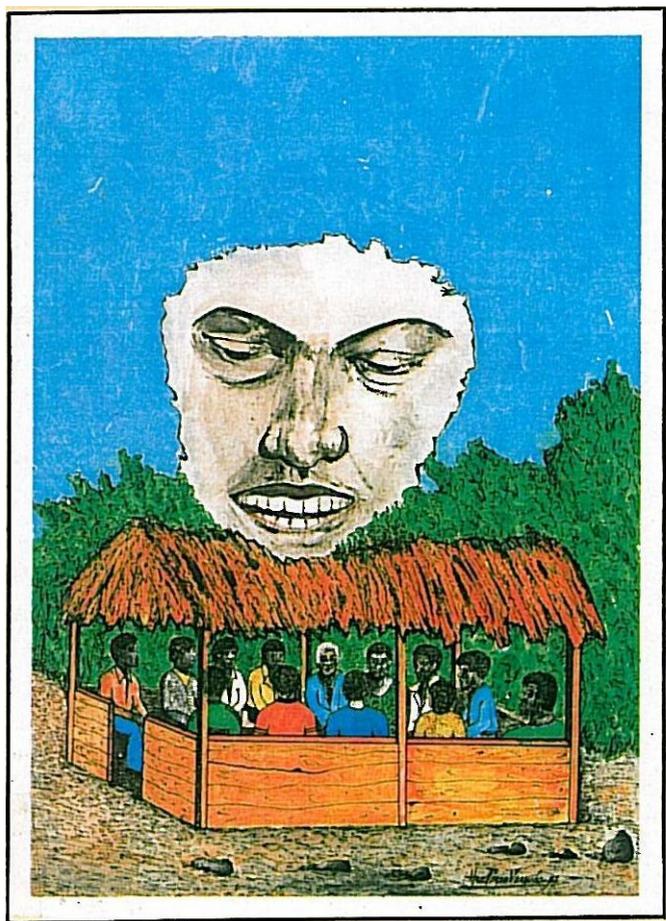


# CUENTOS EN EL ABAÁ

Manuel Fernández Magaz



CENTRO CULTURAL  
HISPANO- GUINEANO  
MALABO



# CUENTOS DE GUINEA ECUATORIAL

Manuel Fernández Magaz  
Ilustra: M.<sup>a</sup> Cruz Boudet García

CENTRO CULTURAL  
HISPANO-GUINEANO  
MALABO  
1987



# PRÓLOGO

## El cuento guineano

### EL CUENTO

*El cuento es tan antiguo como las culturas; tan diverso como éstas, tan persistente y progresivo como las mismas. Pretender determinar el cuándo nacieron los cuentos de un pueblo, equivale a fijar la fecha en que sus habitantes comenzaron a reunirse para hablar de sus gestas, de sus temores, de sus fantasías, de sus apetencias y de sus aspiraciones.*

*En la nebulosa de la metahistoria, con la ingenuidad y frescura de la psicología infantil —propia de un pueblo en formación—, iniciaron las diversas culturas el acervo de relatos, más o menos fantásticos y maravillosos, que llamamos «cuentos».*

*Salen éstos del pueblo, su autor, y para el pueblo, su destinatario, con un lenguaje ingenuo, vivo, directo, poético, incluso. También la estructura resulta elemental, sobria, rectilínea, adecuada, a quienes más que razonar adivinan.*

*La temática del género cuentístico responde, en general, al entorno, al medio geográfico, biológico, costumbrista, social y cultural en que nacen. Con estos elementos como base, la imaginación y fantasía popular crea y recrea los personajes, teje la trama, establece las situaciones... en una palabra, lleva a buen término al «hijo mimado del mito», como alguien ha llamado al «cuento».*

*En el correr de los años, de boca en boca, de imaginación en imaginación y de lugar en lugar, las narraciones se amplían y enredan, en lo accesorio, al igual que el follaje de los árboles; pero, en lo esencial, se afincan en la tradición popular, como las raíces en la tierra.*

### EL CUENTO GUINEANO

*El nacimiento del cuento guineano se confunde, a buen*

*seguro, con la llegada de los pueblos bantúes a los definitivos asentamientos. Entonces empezarán a cobrar cuerpo las hazañas legendarias, los mitos inexistentes y la nueva realidad, transmundada por la fantasía.*

*Si la fecha natalicia resulta ignota, no ocurre lo propio con el lugar de origen. Fue éste la exuberante y fecunda selva, favorable al misterio y a la creatividad; propicia para establecer el diálogo entre el hombre y la naturaleza, pletórica de vida en las aguas, las plantas y los animales, que con naturalidad e ingenio, conversarán entre sí y con el hombre.*

*La cultura guineana es, aún en la actualidad, predominantemente oral. En estas culturas el anónimo signa todas las producciones culturales y folklóricas; entre ellas figura el cuento, componente importante.*

## ESTRUCTURA DEL CUENTO GUINEANO

*El cuento guineano ofrece una estructura sencilla y uniforme. La lectura de varios cuentos descubre fácilmente, cinco componentes comunes a todos ellos.*

*Cuando el narrador fang comienza a relatar un cuento, invita a sus oyentes a que le presten atención. Sólo después que éstos manifiestan que están atentos, comienza la narración, con éstas o semejantes frases: narrador: EÑE ANGÁ BO NÁ... (y entonces sucedió...). Oyentes: AH!... (sí, vale, adelante, ánimo...).*

*De los centenares de cuentos que he recibido por escrito son relativamente pocos los que comienzan por el consabido. «Érase una vez...». Con pocas palabras nos sitúan en el cuándo y dónde de los acontecimientos. En breves y vivas pinceladas, presentan los protagonistas y sus circunstancias determinantes.*

*Trazadas las coordenadas tiempo-espacio, presentados los nombres, índole y estado de los personajes, bosquejase, rápidamente, lo que constituirá la trama del cuento.*

*La urdimbre de esta trama constituye, propiamente, el «cuerpo» del cuento-guineano. Aquí, viven y actúan los protagonistas, con sus virtudes o defectos; con su naturalidad o misterio; con su amor u odio; con su apoyo o traición... Aquí, la imaginación del narrador suprime o añade situaciones; simplifica o complica los hechos; humaniza o mitifica los personajes; asocia o disocia constituyentes de otros cuentos... Aquí, el lector empa-*

tiza o disiente, goza o sufre con los personajes; vive, por unos instantes, en el mundo mítico de la fantasía...

Como novela breve que es, el cuento debe tener su desenlace, feliz, trágico o anodino. Los cuentos guineanos cumplen con esta exigencia, más que literaria, natural: a toda acción tienen que seguir las consecuencias. No siempre éstas serán lógicas en los cuentos, y menos en culturas primitivas.

Finalmente, bastantes cuentos guineanos concluyen con un refrán, proverbio o sentencia que sintetiza la moralidad de los mismos.

## TEMÁTICA

*La vida del hombre en la selva ecuatorial está marcada por una triple relación: con la exuberante naturaleza, con la variada fauna, con la familia, vecinos y tribus limítrofes.*

*Los fenómenos de la Naturaleza han despertado siempre en los pueblos primitivos actitudes de misterio, respeto, temor, veneración... petición protectora, como si de divinidades se tratara.*

*El sol vivificador, los ríos fecundos en peces, los árboles frutíferos y de utilidad doméstica, la lluvia fecundante, el terrible tornado, el pacificador arco iris, la selva como escenario de la narración... nutren los cuentos guineanos.*

*En otro lugar de este prólogo, mencioné el papel de los animales y el porqué: cabe señalar brevemente las relaciones de éstos con el hombre. Por boca de la tortuga, reconocerán que éste es el rey de los animales. Los vence a todos por su inteligencia. Con todo, en ocasiones, perece en las fauces de fieras o de reptiles. Veces hay, que será víctima de la astucia de la tortuga y del mono.*

*La caza está en la base de la alimentación de los habitantes de la selva. Les procura también recursos para procurar la dote del matrimonio... Las relaciones del hombre con los animales domésticos —perro, gallina, oveja...— son cordiales.*

*La ambición de grandeza, poder y riquezas es innata en el hombre. Reyes, y reinas protagonizan bastantes cuentos: jóvenes apuestos y valerosos, después de pruebas arriesgadas, podrán casar con las princesas, heredar fantásticas ciudades y fabulosas:*

riquezas; incluso, a veces, suplantar al rey que, en la última prueba, compromete el reino y hasta su propia vida.

Es curiosa, en contraposición, la variedad de cuentos con niños perdidos en el bosque, víctimas de ogros y de monstruos; compartiendo la acción con antílopes, tigres, boas... Su temática suele ser tierna y fantástica, como la imaginación de sus héroes.

El cuento guineano diferencia las sirenas que habitan el fondo de los mares, de los fantasmas (Esingong) y espíritus, que habitan en lo intrincado de los bosques y en las profundidades de los grandes ríos.

Cuando los niños se extravían en el bosque, y son víctima de los ogros (Esingong), es por desobediencia, por trasgredir las prohibiciones o normas de los mayores; también como consecuencia de la orfandad.

El río de la vida, en su cotidiano fluir, ha acrecido las narraciones fantásticas guineanas. Nombres como Ndjambu, Nzama Yemebegue, Ovula, Menguirí-Menguirí, Ndong Nzama, El Oban, Kezza y mil otros bastan, cada uno por sí, para constituir una saga cuentística.

Los cuentos guineanos dan asimismo cabida al mundo maravilloso y mágico: los amuletos, talismanes, arcos y escopetas mágicos... consiguen efectos sobrehumanos. Los brujos y hechiceros suplen con creces el papel de las hadas y los gnomos de los cuentos orientales y europeos.

¿Tiene algún significado para los guineanos el número Tres? ¿Está en la base de su cultura primitiva? Me sorprende el crecido número de cuentos con tres actores principales: Eran tres hermanos llamados... Érase un Rey que tenía tres hijos... En una familia había tres varones... Éranse una vez los tres géneros... Un trampador y su mujer engendraron tres hijos... Los tres hijos de Nguema... Los tres golosos... La joven con tres novios... Los tres Mbá...

No he pretendido ser exhaustivo; pero quedaría incompleto este párrafo si no anotase, al menos, temas como la amistad, el amor paterno-materno, la orfandad, la gratitud, la hospitalidad, el respeto a los mayores, a los ancianos, la astucia, la avaricia, la envidia, el desagravamiento, la mentira, el ojo por ojo... En una palabra, un tratado de costumbres, en la novela corta, que es el cuento.

## PROTAGONISTAS

*El clima, la geografía, el género de vida, las costumbres determinan los temas, personajes, moralidad y estilo de los cuentos. Los Apólogos, las Mil y una Noches, los Enanitos, las Blancas Nieves y Caperucitas Rojas representan lugares y culturas diversas. La cultura de Guinea Ecuatorial, acunada en la selva, hunde en ella sus raíces y extiende sus ramas.*

*En el bosque, poblado de misterios, proliferan innumerables especies de animales que, transformados por la fantasía popular, pueden, como el hombre, entender el lenguaje de los pájaros y de las fieras; más aún, el del propio ser humano con quien dialogan.*

*El título de una obra es indicador de su temática. Es notable la cantidad de cuentos guineanos encabezada por nombres de animales. En un concurso celebrado en Bata, sobre ochenta y siete títulos, cuarenta y siete se referían exclusivamente a animales. De ciento ochenta y siete cuentos aportados por maestros de todo el país, sesenta y nueve van encabezados sólo por nombres de animales. En muchas otras ocasiones, los apelativos de animales se combinan con el de personas o seres inanimados. El elenco antedicho ofrece nada menos que ochenta animales distintos: añádanse los que aparecen a lo largo de la narración.*

*El protagonismo de los animales en los cuentos es muy diverso, tanto por la frecuencia, como por la cantidad de las intervenciones. La palma se la lleva la Tortuga (Etugu-Kulu). ¿Será porque esconde en su caparazón el misterio?; ¿qué su longevidad le confiere la experiencia, prudencia y astucia que la distinguen? ¿Será que su andar lento y sigiloso casa con los habitantes del bosque?... ¿Será que la naturaleza ha compensado su pequeñez y fealdad con la inteligencia y astucia? Es curioso comprobar cómo la tortuga congenia con todos los animales, incluido el hombre: a todos los engaña con su astucia y vence por su prudencia; y sus juicios, en última instancia, siempre son exitosos; razón por la que unos y otros acuden a ella en demanda de justicia.*

*El Tigre (Nsé) va de la mano de la Tortuga en aventuras y desventuras; la sigue en popularidad; pero constituye su antítesis: es la fuerza bruta, el ingenuo, el necio, que siempre queda burlado y en ridículo... ¿Podríamos calificar a la Tortuga y al Tigre como el héroe y el antihéroe del género cuentístico gui-*

neano? *¿El triunfo de la razón inteligente y mañosa sobre la fuerza ciega y bruta? Dato positivo, en la cultura guineana.*

*El león, rey de los animales, el elefante, gigante de la selva, el perro, fiel guardián del hombre, la oveja y la gallina, que decidieron quedarse en el poblado, el mono, que prefirió la libertad de los árboles, con la reptante serpiente y el voraz cocodrilo... y muchos otros corren de boca en boca, en el abaá, y poblarán, en su día, colecciones de cuentos.*

## EL ESCENARIO

*¿Fue a la sombra de la alta ceiba o bajo la tejida nipa del abaá donde nacieron los cuentos guineanos? Poco importa. Lo cierto es que la selva alumbró su nacimiento; los inició en el andar incierto; los ha acompañado en su itinerario secular; ha asegurado su pervivencia; y les ha prestado su secreto hechizo.*

*La selva ha brindado a los protagonistas de los cuentos el escenario adecuado para sus andanzas: reales unas, extraordinarias otras, y fantásticas las más.*

*Las boscosas montañas, los caudalosos y lenes ríos, las míticas cavernas, las profundas simas, las rotondas copas, las flexibles ramas, las humildes hierbas, el violento tornado y la apacible lluvia... encuentran cabida en los cuentos guineanos. Asimismo, el humilde poblado, presidido por el abaá, la humeante cocina, la finca férax y la senda intrincada, sembrada de trampas...*

*La selva constituye el cotidiano y fecundo interlocutor de la imaginación; por eso, es uno de los mejores confidentes del guineano. Incluso la psicología de los personajes lleva la impronta de la selva: exuberancia vital, fecundidad, sigilo, pervivencia, misterio impenetrable...*

## EL ESTILO

*Difícilmente el traductor de un texto escrito escapa al peligro de la inexactitud literaria; cuanto más, el que pretende trasladar a idioma distinto el lenguaje oral. Crece la dificultad, al tratarse de una cultura primitiva eminentemente oral.*

*Reconozco que la adaptación de los cuentos guineanos de esta colección dista mucho de recoger fielmente los términos*

*precisos, la variedad de giros lingüísticos, la vivacidad expresiva, la matización circunstancial, la adjetivación precisa, la penetración de sentimientos y actitudes... expuestos por los narradores nativos.*

*Para recoger fielmente estos cuentos, habría que escribirlos directamente en el abahá del poblado, donde el antes y el después no tienen sentido; a donde entra y sale incesante el misterio de la selva, cuyo centro ocupa; donde la palabra de los ancianos tiene valor nutricional y categoría de oráculo; donde el río de la tradición discurre fecundante y profético...*

*El texto tendría que reproducir, además, el tono, las inflexiones y la melodía de los que cantan cuando cuentan: que así se expresan los guineanos, cuando narran en el abahá.*

*La canción siempre presente y nostálgica sirve tanto de motivo amenizador de la narración como para medir el grado de atención, presencia y participación de los oyentes. El padre guineano sabe que la menuda clientela familiar se ha dormido, cuando no responde con su eco a la canción.*

*Nos quedaría aún el gesto vivaz y expresivo, las pausas elocuentes, el acompañamiento de la selva, cegada de claridad y resonante por mil ruidos... y, sobre todo, el público, que llena el abahá, ávido de palabra, de intriga y arcano.*

*Únicamente si el lector consigue complementar su lectura con los condicionamientos precedentes, bogará en alas de la fantasía, por el río de vida que para los guineanos tenían y tienen sus cuentos.*

## VARIACIONES

*¿Qué alumno de Bachillerato no conoce el verso «Marinero de Tarpeya», cuando tenía que decir «Mira Nero de Tarpeya?». De romancero en romancero, de pueblo en pueblo, los romances más populares, por su frecuencia, como la de los verbos irregulares, sufrieron multitud de variantes.*

*La esencia de toda poesía oral es su variabilidad en boca de cada recitador, que la asimila y recrea, según piden la emoción y fantasía del momento en que la repite. Así ocurre con los cuentos.*

*Los cambios introducidos son diversos. Trátase aquí de casar*

la pareja de los protagonistas; por ejemplo, la tortuga que tan pronto compite con el antilope, como con el león o el elefante, con idéntico resultado. En ocasiones, hechos o circunstancias de distintos cuentos se acumulan en el personaje principal: muerden en el caso de la tortuga o del tigre. Otras veces, el mismo tema presenta narraciones diferentes, pero parecido desenlace. No son raros los que llamaría «cuentos mosaico»: combinación de temas dispares, más o menos hábilmente enlazados.

Con todo, las variaciones en protagonistas, tema, trama y episodios, asuso dichas, suelen dejar siempre a salvo lo esencial de la narración. Varios ejemplos de la presente colección confirman lo dicho.

## LA CULTURA

Quien pretenda historiar la cultura de los pueblos primitivos tiene que partir de sus leyendas, cuentos y folklore: ellos constituyen la auténtica expresión de su vida ingenua y vigorosa. Leyendas, mitos y cuentos están en los orígenes de toda literatura y, por ende, del acervo cultural. Guinea no será una excepción.

El estudio de sus cuentos descubrirá la sensibilidad, la fantasía, las apetencias, los temores, las ilusiones y esperanzas que subyacen y urden la trama de los cuentos que, en nuestro caso, tienen al pueblo por autor y destinatario.

El cuento refleja la cotidianidad de la vida social: la organización sencilla y variopinta del poblado; la trascendencia del abahá en la animación y gobierno del mismo; las artes ancestrales de la pesca y la caza; el periódico cultivo de las fincas; la variación y exquisitez del arte culinario; los ritos de nacimientos, matrimonios, muerte y defunción, las creencias...

Los valores originan las culturas. He aquí un puñado de ellos, espigados en los cuentos guineanos. Se practica frecuentemente la proverbial hospitalidad africana, la fecundidad es signo de ventura familiar; el casamiento con varias mujeres indica riqueza; la victoria final suele acompañar al pequeño de la familia, al débil, al contrahecho; triunfa el bien obrar y fracasa la mala acción; la generosidad es recompensada y castigada la avaricia; la astucia vence a la fuerza y a la estulticia; ...el engaño y la mentira no siempre pagan su merecido; el temor al poderoso y el egoísmo protagonizan bastantes episodios; no está ausente el

«ojo por ojo»... En resumen, los cuentos guineanos son, en su mayoría, moralizadores.

## EPÍLOGO

*Escribe Ázorín que el cuento «necesita tres períodos: prólogo, desenvolvimiento y epílogo». De los dos primeros queda constancia más arriba. Me ocuparé sucintamente del tercero: cómo finalizan los cuentos guineanos.*

*En cierta ocasión di a corregir algunos cuentos, por mí adaptados, a una persona que conoce bien la cultura y folklore de Guinea. Pretendía, con mi mentalidad europea, suavizar el final trágico de un cuento. El corrector en cuestión, me dijo: «Si no dejas el desenlace como está, vale más que suprimas el cuento». La anécdota explica por qué muchos cuentos guineanos no concluyen con el «Vivieron felices».*

*Por rudimentaria que sea una cultura, es sensible al «no hagas a otro lo que no quieres para ti; haz a los demás lo que deseas que a ti te hagan». Asocia también el premio al bien obrar y a la mala acción, el castigo.*

*Por eso, cuentos en los que triunfa la caridad, el amor, la amistad... concluyen felizmente. Otros, por el contrario, tienen un final trágico, desgraciado, consecuencia de conductas reprobables.*

*La mayoría recogen en un párrafo final la lección moralizadora que se desprende de la conducta de los personajes.*

*No pocos encierran la moraleja en un refrán o aforismo popular: «El árbol que tú empleas por un lado, otro lo usa por el opuesto». «El arma más terrible suele ser el engaño»...*

*En ocasiones tocará al lector o al oyente sacar la conclusión. Ocurre así, cuando varios protagonistas han realizado acciones concurrentes a un final exitoso, merecedor de premio indivisible. ¿Quién podrá optar a él? Es la pregunta que tiene que contestar el lector.*

## ACTUALIDAD VITAL

*Para los pueblos primitivos, como para los niños, el único tiempo es el presente: carecen de historia y no les preocupa el*

futuro. Esta realidad, llena de vigor, se expresa en los cuentos. En ellos, los personajes, animales en su mayoría, viven, hablan y actúan en un presente continuo, durativo. El «érase una vez»... truecense por el «vivían», «estaban», «tenían»... en los cuentos guineanos que son hijos de la selva y vivificados por su savia plétórica y perenne. Como el egombe-gombe cambia de hojas sin perder el follaje, así los cuentos pasan de una generación a otra con renovada juventud y palpitante actualidad.

La siguiente anécdota patentiza la vitalidad perenne del cuento africano. Un misionero francés tradujo con fines lingüísticos las fábulas de Esopo al idioma «baluba». Al preguntar cierto día a sus alumnos qué les parecían los cuentos europeos, obtuvo esta respuesta:

En los «tushimuni» viven «gabuluku» (pequeños antílopes), «ngulu» (jabalí), «kashiana» (leopardo). Cuando se cuentan «tushimuni» hablan «gabuluku», «ngulu», y «kashiana». En las cosas de «mukanda» (cuentos europeos) no se dice en cambio, más que lo que hicieron una vez, lo que antes fue con ellos una vez. «Tushimuni» son todos los días, son ayer, hoy, mañana; cosas de «mukanda» son muertas. Uno de los baluba señaló un cráneo de elefante que había delante de una choza y dijo: «Este «nsevu» (elefante) ahí está muerto. Ya no vive. Ya no puede vivir. Así son cosas de «mukanda». Pero los «tushimuni» están tan vivos como los «nsevu», que vienen todas las noches a Galikoko y devastan los campos yucales. Cosas de «mukanda» son huesos muertos. «Tushimuni» son carne viva».

Difícilmente podría darse un ejemplo más exacto y característico de la fuerza vital de las narraciones primitivas. Los cuentos guineanos, poblados por variada multitud de animales, encajan perfectamente en esta categoría. Explican muchos de los fenómenos observados en la naturaleza circundante que rara vez pierden el valor de actualidad y el ingenuo sabor de lo primitivo, de lo auténtico.

El autor

## IMPORTANTE

*La presente colección de cuentos está pensada por y para los guineanos. Al trasladar al español las narraciones autóctonas, hemos querido ser fieles, en lo posible, a su contenido y expresión. Por ello, no pocos conceptos, vocablos y giros pueden resultar novedosos a lectores foráneos.*

*Se trata de otra cultura, con distintos valores y forma diversa de interpretar la realidad: dato importante, en el momento de enjuiciar y concluir de su lectura.*

## ORDENACIÓN DE LOS CUENTOS

*El título de las novelas, de las películas y, en general, de cualquier producción literaria o artística es portador del mensaje quintaesenciado de la obra. Así, en los cuentos: los títulos con los nombres de los protagonistas o con el enunciado del tema caracterizan la narración, como el nombre propio a las personas.*

*He partido de este criterio para establecer la sucesión de los cuentos que ofrezco al lector. Abren la serie varias leyendas, con visos de mayor o menor realidad. Siguen los cuentos, cuyos protagonistas son personajes humanos. He situado a continuación la saga de la tortuga y del tigre, por el papel preponderante que ambos juegan en el cuento guineano. Los acompañan, a continuación, los protagonizados por diversos animales. Dos cuentos de tema moralizador y tres del mundo mágico cierran el elenco.*

# Odjáa Sima y el Ze Mintzón



Por los contornos del poblado de Akonibe Obuc, distrito de Nsor, un «Ze Mintzón» sembraba el pánico en los rebaños de ovejas y de cabras y traía a maltraer a todos los habitantes de la región: constituía un riesgo aventurarse a salir solo, según a que horas del día y, sobre todo, de noche.

Ante situación tan alarmante, el valeroso Odjáa Sima dijo a sus hermanos:

— Para poner remedio a la desaparición de nuestras cabras y ovejas y al posible daño de las personas, a partir de hoy, siempre que salgáis de vuestras casas, salid en grupos de tres o de cuatro. Que los niños no salgan del poblado, sin que una o varias personas mayores los acompañen.

La prudente recomendación de Odjáa Sima fue acatada con prontitud y puntualidad por todos los vecinos del poblado; pero, con todo, cabras, ovejas y otros animales domésticos seguían siendo víctimas del terrible y misterioso «Ze Mintzón». Las numerosas trampas que le prepararon no consiguieron atraparlo. Odjáa Sima intentó montar la vigilancia, pero nadie le prestaba concurso.

Cierto día, Mba Ondó, sobrino de Odjáa Sima, que sólo contaba catorce años, salió a las cercanías del poblado, en busca de unas cañas de azúcar, en la finca paterna. El adolescente desobedeciendo el cauto consejo de su tío, salió solo.

Ya Mba Ondó estaba a punto de echar el haz de cañas al hombro, cuando se abalanzó sobre él el terrible «Ze Mintzón». Un grito de horror llegó a los oídos de los que estaban en el Abá (casa de la palabra). Inmediatamente, adivinaron el causante del grito.

Con la rapidez e impetuosidad de un violento tornado, salieron todos del Abá; se armaron con lo primero que hallaron a mano, y volaron en dirección al despavorido lamento. Mas, ¡oh dolor!, llegaron tarde.

En un charco de sangre, — horror daba verlo —, yacía, palpitante aún, el cuerpo de Mba Ondó, pero sin corazón, pues el cruel «Ze Mintzón» se lo había arrancado. Lloros, vituperios, maldiciones de hombres y mujeres contra la temible fiera... pero todo inútil.

La trágica muerte del sobrino sorprendió a Odjáa Sima en el cafetal que tenía a kilómetro y medio del poblado, donde estaba limpiando los cafetos de chupones. Dejó el trabajo, y corrió al lado de los restos del sobrino.

En dolido silencio con gesto tranquilo y decidido comenzó a afilar con la lima el cortante machete. Entró en casa. Cogió dos frutos de Ndón. Masticó, sin pestañear, sus semillas. Tomó del fuego un rojo tizón y se lo tragó incandescente. Finalmente, se colgó al cuello su «abuboyan» (amuleto). Llamó a sus hermanos de tribu y les habló en estos términos:

— Hermanos, hasta el presente, hemos intentado defendernos de la terrible fiera, pero no lo hemos conseguido. Empuñad, pues, vuestras armas, para liquidarla de una vez.

Nadie, de los allí reunidos, se atrevió a secundar los propósitos de Odjáa, quien, en vistas del fracaso, salió solo al encuentro de la temible fiera. No tardó mucho en encontrarse frente a frente del depredador de vidas.

La lucha era inevitable; las fuerzas, desiguales, por lo que Odjáa recurrió a la astucia: cogió el machete con la izquierda, simulando que era zurdo. «Ze Mintzón» le dio una dentellada en dicho brazo, obligándole a soltar el machete. Con rapidez felina, Odjáa clavó sus afilados dientes en la garganta de la fiera. Mantuvieron una dura e incierta lucha, cuerpo a cuerpo, hasta que Odjáa recuperó su machete con la mano derecha. Entonces, logró enfundarlo reiteradas veces en el disforme cuerpo del terrible animal, que tuvo que abandonar la pelea y darse a la fuga.

Odjáa fue siguiendo el rastro de sangre que dejaba el enemigo. Llevaba cuatro kilómetros de fatigosa persecución, cuando, detrás del «Akun» (basurero) de un primo suyo, vio yacente al que fuera el azote de los contornos. Sin pérdida de tiempo, le cortó la cola, las orejas y los bigotes: constituían los trofeos del vencedor.

Odjáa, como si tuviera alas en los pies, llegó presuroso al poblado, donde encontró a los suyos con los cantos rituales por la defunción de Mba Ondó. Les mostró los trofeos arrancados a la fiera. La espectación, primero, y el entusiasmo, después, fueron creciendo, a medida que Odjáa contaba su feliz aventura con la fiera temible. Los vivas de los hombres y los gritos de alegría de las mujeres resonaban la silenciosa selva; pero dominando el entusiasmo humano, las tristes notas del Nkú anunciaban el fallecimiento del sobrino de Odjáa, dueño de la terrible fiera que exhaló el último aliento en las inmediaciones de su casa.

El valiente Odjáa, puesto en pie, pidió silencio y dijo a sus hermanos:

— Tenéis a la vista un ejemplo de lo que debéis hacer cuando algo os molesta: no tenéis que cejar hasta aniquilarlo, como yo mismo he hecho: a partir de hoy, todos podéis vivir en paz. Disponed la sepultura para Mba Ondó; cantad y bailad, pues ya no existe el peligro.

A partir de esta hazaña, el poblado de Akonibe ha sido siempre uno de los más valerosos y decididos.

# Muerte del monstruo asesino

En los tupidos bosques de Guinea Ecuatorial, tenía su guarida un monstruo exterminador; su gigantesca musculatura, la deformidad y fiereza de sus facciones y la crueldad sanguinaria con que exterminaba a las víctimas tenían sumida a toda la región en la mayor de las congojas.

Para conseguir las presas se valía de un animalito, el «*oneñ-ñeñ*» de sabrosa carne, condimentada con manteca. Un solo comensal podía dar razón en una sola comida del «*onen-ñien*» más corpulento, tan escaso era de carnes, pero éstas tenían una rara virtud: la de revivir las partes vitales de quienes las habían comido.

Cuando el monstruo con olfato misterioso y penetrante percibía que alguien había comido al «*oneñ-ñeñ*», gritaba a éste:

— *Oh oneñ-ñeñ, oho nenñen le,ooo!*

El «*oneñ-ñeñ*» le respondía, desde el estómago, donde se encontraba; acudía el monstruo; dividía en dos mitades a la víctima y recobraba el «*oneñ-ñeñ*». De esta forma, perecieron numerosos y valientes cazadores que, tanto en grupos, como individualmente, intentaron acabar con el terrible monstruo.

Un tal Beká, sin renombre de cazador, buscaba también cómo deshacerse del monstruo asesino. Acudió a sus tíos maternos en demanda de consejo y éstos, después de larga reflexión, le indicaron lo que tenía que hacer, cuando el monstruo le atacase en el bosque, a dónde tenía que ir a enfrentarse con él.

Siguiendo tales instrucciones, Beká trampó varios lugares del bosque; el tercer día atrapó a «*oneñ-ñeñ*». Lo mató y desholló; lo condimentó debidamente y se lo comió con envidiable apetito. Todo eso lo hizo en el bosque, y allí quedó tranquila y profundamente dormido.

Como de costumbre, el monstruo gritó:

— ¡Oho, oneñ-ñeñ, oho oneñ-ñeñ le, ooo! ¡Dónde estás, hijo mío, que no contestas? ¡Quién te ha causado mal tamaño?

Beká, como si tuviera alas, voló al poblado de sus tíos, dando voces:

— Ya llega el monstruo, ya llega el monstruo; ¿cómo escaparé de sus garras mortíferas?

— Ánimo, hijo, —exclamó su tío materno—, nada malo te pasará.

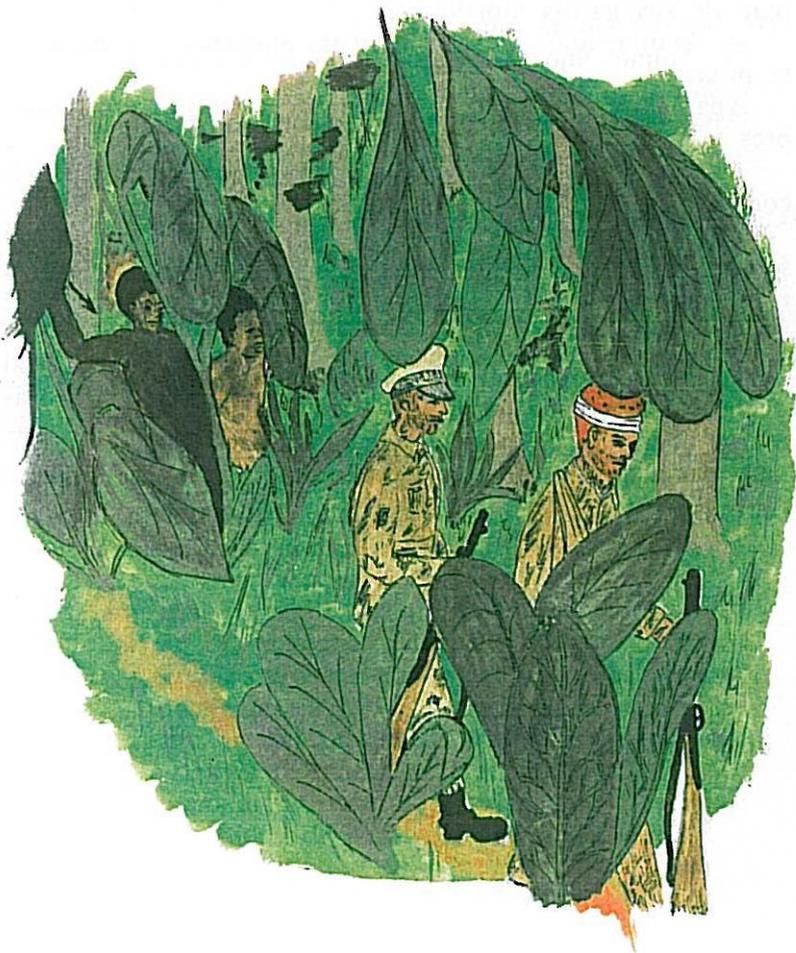
Apareció el gigantesco monstruo con asombro de los hombres y pavoroso miedo de las mujeres y de los niños.

— Ven, amigo, —le dijo el tío materno de Beká—, ven a comer el sabroso manjar que te hemos preparado.

Y comió el monstruo la pasta de plátanos maduros, amasada con venenosas hierbas. Apenas ingerida, cayó redondo el monstruo que enterraron al pie del alta ceiba que presidía el poblado.

A Beká le procuraron una medicina misteriosa la cual acabó con la vida de «*onen-ñen*» que había comido. Lo proclamaron libertador del bosque, que en adelante pudo ser disfrutado pacíficamente por todos los moradores de la comarca.

# El héroe Mbogo Nsogo



Hace muchos años, la región que se extiende desde el río Utonde (Bata) hasta más allá del poblado de Kam Esacunan (Micomiseng) era de las más pobladas del Continente guineano. Sus habitantes se caracterizaban por ser altos, fuertes, muy negros en su mayoría y dedicados a la caza y a la pesca; la agricultura estaba poco extendida. Llevaban una vida feliz, exenta de grandes necesidades, e ignoraban la existencia de los blancos y de otras razas.

Dos vecinos del poblado de Ayamiken recorrían la enmarañada selva persiguiendo su caza favorita: los monos. De pronto, un ruido poco habitual en esos parajes cautivó su atención: los cazadores, cuando están en plena actividad, caminan sigilosos como el gato montés que se apresta para caer sobre su presa. El primer reflejo de los cazadores fue ocultarse.

A los pocos instantes, vieron cómo por la trocha que ellos llevaban, con andar cansino y fatigoso, avanzaban, apartando con los fusiles las flexibles ramas, dos blancos: eran soldados alemanes que habían logrado fugarse de la guerra del Camerún. Fiados en un mapa militar, habían atravesado Río Campo y se dirigían a la ciudad de Bata.

Los cazadores se miraron asustados. El más valeroso dijo al otro:

— Estos son de la «raza fantasma»; —que es como llamaban a los blancos los pocos que tenían noticia de su existencia.

Instintivamente, ambos a una, determinaron matarlos, pues su presencia allí no tenía explicación. Con la agilidad y rapidez del hombre del bosque, dispararon sus flechas y apretaron sus lanzas. Uno de los soldados cayó mortalmente herido y el otro logró llegar a Bata, después de muchas penalidades a través de la selva. En Bata dio parte a las autoridades coloniales, entonces alemanas, de que un negro había matado a su colega.

La venganza fue horrible: «todo varón mayor de trece años y las mujeres más robustas de la región tenían que morir a manos de los soldados alemanes, destacados desde Bata con tan cruel misión».

Los soldados, como tornado exterminador, fueron ejecutando la orden, con rigor implacable, desde Pembe, a orillas del Utonde, hasta el poblado de Kam Esacunan (Micomiseng), pasando antes por Punta Mbonda. Ningún varón con más de trece años logró escapar a las bayonetas, a no ser aquellos que encontraron un escondrijo en el bosque, o refugio en el extranjero.

El destacamento alemán encontró a la mayoría de los hombres en los poblados, porque días antes se había dado la orden de que no se tocasen las tumbas, (Nkú), único medio de comunicación entre los poblados de la selva. Sólo el suegro de Mbogo Nsogo desobedeció la orden y comunicó con las sono-

ras notas del Nkú que su poblado era invadido por el enemigo; que se preparasen los otros para la resistencia.

El gran héroe Nbogo Nsogo organizó a los hombres de su tribu Esamengón. Los armó con las mortíferas armas del país, y, al frente de ellos, salió a enfrentarse con el enemigo.

Con la rapidez del incendio y el sigilo de la selva, la resistencia de Nbogo Nsogo se extendía por los poblados a donde aún no habían llegado las tropas alemanas.

Varios jefes de tribus vecinas y de allende las fronteras ofrecieron ayuda a Nbogo Nsogo. La lucha de guerrillas, los asaltos por sorpresa, las enfermedades, y el dejamiento de las bases dieztaban a diario las filas alemanas... Las Autoridades de Bata tuvieron que capitular y firmar la paz con Mbogo Nsogo.'

Cuando en 1968 Guinea Ecuatorial accedió a la Independencia, el pueblo volvió sus ojos atrás para reconocer los rostros y los hechos que la habían conseguido. Entre esos héroes y acontecimientos, la personalidad de Mbogo Nsogo y de sus hombres brillan con luz propia.

La ciudad de Bata ha sabido reconocer la gesta dedicando a Mbogo Nsogo una de sus principales calles, la que une la Plaza de Correos con el Estadio de la Libertad, nombre este último en consonancia con la existencia de *MBOGO NSOGO*.

# Nkut v Oteteñ

Hace muchos años, en un apacible poblado de la selva ecuatorial, vivían dos honrados matrimonios. Sus cabezas de familia eran, respectivamente, Bibás-Bidsop y Ngomdan. El hijo del primero, Nkut, estaba locamente enamorado de Oteteñ, hija del segundo. Ambos temían que sus padres, conocedores de su enamoramiento, lo dificultasen, pues aun eran jovencitos. Por ello, tomaban todas las precauciones para no manifestar el afecto que recíprocamente se tenían. A hurtadillas, y de vez en cuando, se comunicaban por señas a través de un ventanuco fronterero en la parte trasera de sus contiguas viviendas.

Cierto día Nkut y Oteteñ acordaron encontrarse a la orilla del río lento que discurría a cien metros del poblado. En el lugar de la cita estaba la tumba del que fuera, durante muchos años, encúcuma del poblado. Un corpulento «anvut-besek» protegía la sepultura con su verde follaje y la preservaba de los rigores del sol con grata sombra.

Nkut, que concilió difícilmente el sueño aquella noche, llegó con anticipación al sitio del encuentro. Sentóse en el borde del sepulcro, cuando, ¡horror!, una leona con la boca abierta y tinta en sangre avanzaba hacia él. Echó a correr y, en la precipitada carrera, perdió el pañuelo que habitualmente llevaba en torno al cuello.

La leona atrapó el pañuelo, lo dividió en dos mitades, que abandonó luego, rojas de sangre. Ella misma, calmada la sed en el río, se fue en busca de nuevas presas.

Cuando Nkut creyó que el peligro de la leona había desaparecido, desanduvo el corrido camino, con las debidas precauciones. Su corazón se acongojó duramente al ver junto al sepulcro el jirón del pañuelo tinto en sangre. En el escenario de su enamorada mente, se le representó viva la dolorosa tragedia de su amada Oteteñ, devorada por la cruel leona. ¿Sería capaz de sobrevivir separado de su Oteteñ? El penetrante y afilado cuchillo, que llevaba a la cintura, dio respuesta a esta angustiada pregunta y cortó el hilo primaveral de Nkut.

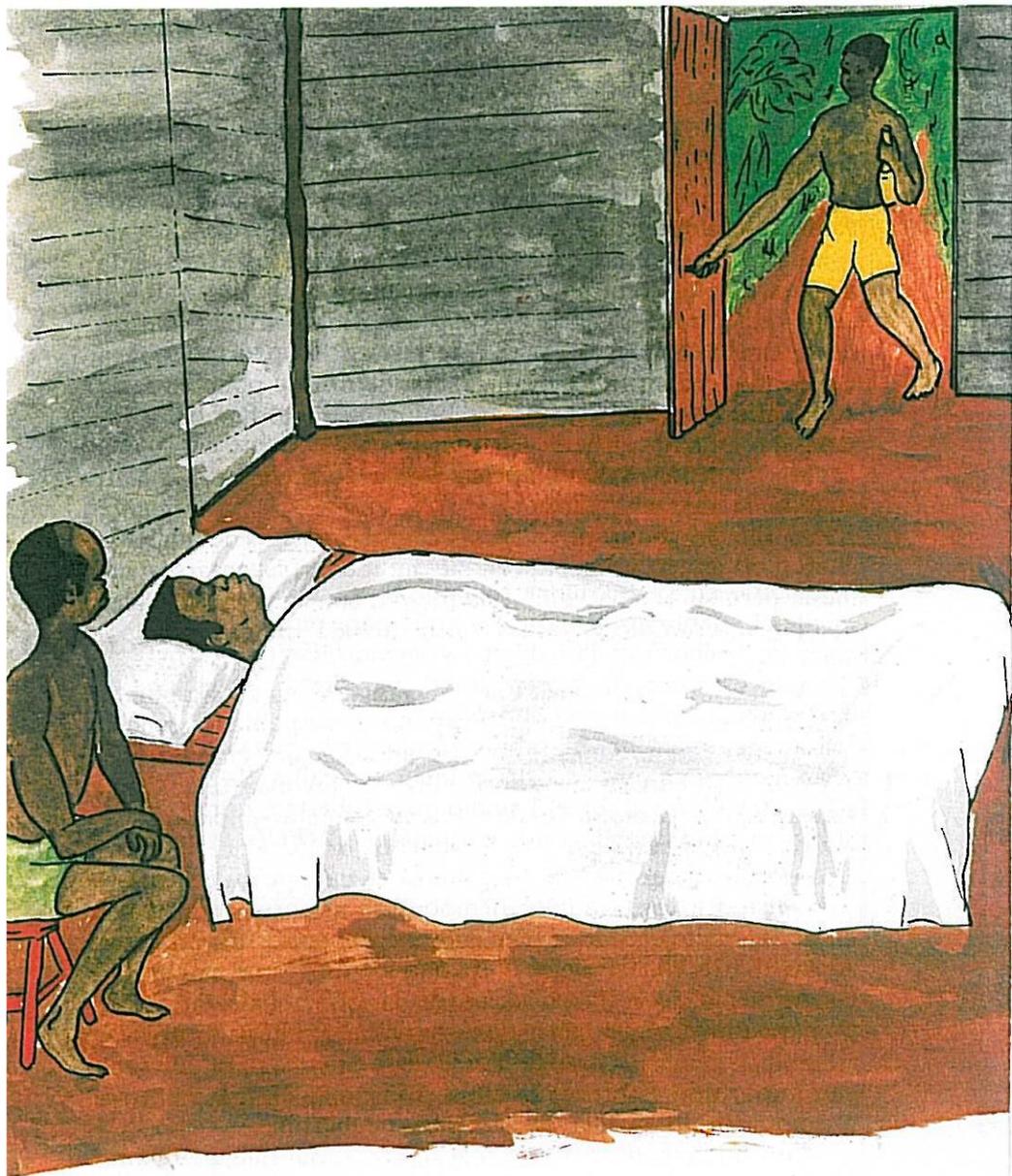
Habían transcurrido breves instantes, cuando llegó Oteteñ,

descuidada y amorosa, para abrazarse con Nkut; pero, ¡oh dolor! ¿qué ven sus ojos? ¿Quién puso término a la vida de su amor? ¿Podría seguir viviendo sin él? Sin esperar respuesta, con crispada y convulsa mano, envaina en su pecho el puñal caliente, que la mano de Nkut abandonó en tierra.

La roja sangre de los jóvenes amantes fue absorbida, fecunda y caliente aún, por las raíces del «*anvut-besek*», que amparaba la tumba del antiguo jefe. A partir de hoy, no sería una tumba sola, serían dos —una con dos cadáveres— las cobijadas por el «*anvut-besek*».

A diario pasaban las madres de los infortunados jóvenes al lado de su sepulcro, al ir y regresar de sus fincas. Nada extraordinario llamaba su atención, sino era la herida incurable que la trágica muerte les había causado. Mas, cuando llegó la época en que los frutos del «*anvut-besek*» están en sazón, quisieron comer de ellos; ¡cuál no fue el asombro de las madres al partírlas! La pulpa estaba moteada como de gotas de sangre: cosa no vista hasta esta cosecha. ¿Qué había pasado? Se corrió la voz, y así lo conservó la tradición, de que la sangre de Nkut y Oteteñ, absorbida por el «*anvut-besek*», es la que ha coloreado sus frutos por dentro.

A partir de este año, pesa la prohibición sobre los habitantes del poblado de comer los frutos del «*anvut-besek*».



## Edjan Evuna

En un pueblecito de la tribu de Nsomo, vivía el solitario Edjan Evuna, quien, debido al exiguo número de personas

capaces de alternar en una conversación, se pasaba los días y las noches con la boca cerrada.

La víspera de la Fiesta Patronal de un poblado, distante veinte kilómetros del suyo, se puso en camino, deseoso de compartir el día con sus amistades y conocidos. Pasó la mañana de la fiesta en alegres conversaciones; avanzaba la tarde, amenizada por los baleles; pero Edjan Evuna aún no había probado bocado. A eso de las seis, su padrino Abaga Elá lo invitó a su mesa. Ñame, sopa de maíz y pollo en salsa de cacahuete prometían saciar copiosamente el hambre atrassada de Edjan.

Mas, ¡oh decepción!, apenas había comenzado a comer, cuando le dijo el padrino:

— Puedes comer de todas las comidas, menos del pollo.

Edjan, molesto por la prohibición, intentó levantarse de la mesa, pero su mucha hambre le forzó a comer ávidamente los manjares permitidos. No tuvo otra bebida que un jarro de agua clara.

Acabada la comida, dio las gracias a Abaga, y sin humor para concluir la fiesta, tomó el camino de su poblado, ganoso de regresar cuanto antes. Entre las mil ideas que, cual furiosas avispas, agitaban su mente, se volvía y revolvió una: cómo vengarse de la prohibición de saborear el apetitoso pollo de su padrino. Después de pensarlo mucho, dio con la solución.

— Me comeré yo solo —se dijo— el gallo de mi corral.

Llegado a casa, le faltó tiempo para armarse de un palo, matar el gallo y aderezarlo en sabroso guiso. Habría que acompañarlo con el alegre y sazoador topé, que recogió de las palmeras de la finca vecina de la casa. Nada faltó a la preparación del banquete: ni el refrescante baño, ni el excitante aperitivo, ni la tranca detrás de la puerta, para que ningún importuno estorbare la labor gastronómica o le obligase a compartir lo que él consideraba irrepantible.

Aún no se había sentado a la mesa, cuando alguien llamó a la puerta.

— ¿Quién va?, —preguntó displicente Edjan.

— Soy tu amigo Eyimi Ondó, —contestaron desde fuera.

— Lo siento, amigo, —le respondieron desde dentro. Ayer comisteis y bebisteis hasta saciaros, pero a mí no me invitas-teis. Ahora estoy reparando lo que entonces no hice. No insistas; pues no abriré ni a mi propio abuelo.

Eyimi Ondó partió maldigiriendo el merecido reproche. A los pocos instantes, fue Ndon Mbá quien golpeó la puerta. Edjan preguntó, nuevamente:

— ¿Quién es?

— Soy tu hermano Ndon Mbá; tengo que comunicarte algo interesante.

— Vuelve mañana, pues estoy comiendo.

Insistía Ndon en que le abriese la puerta; pero Edjan lo avergonzó con estas palabras:

— En vuestra fiesta me considerasteis como un mirlo blanco; no me convidasteis; por eso ahora me convidó a mí mismo. Cuando haya acabado de comer, volveremos a ser hermanos.

Ndon Mbá cabizbajo y sin palabras regresó a su casa. Minutos después, el adivino Esimi pulsó a la puerta de Edjan Evuna, que no se hizo de rogar para abrirla, tratándose de quien se trataba. Ambos compartieron la parte del gallo que quedaba, así como de la botella.

Al despedirse, Esimi entregó a Edjan una botella de agua misteriosa y le dijo:

Con esta agua misteriosa podrás curar enfermos graves e, incluso, resucitar muertos. Bastará con que eches unas gotas en la nariz del enfermo o del difunto. Cuando entres en una casa, me encontrarás siempre en ella. Si estoy sentado a la cabecera del enfermo o del muerto, quiere decir que puedes curarlo; si, por el contrario, estoy a los pies, no intentes curarlo, pues cargarás tú con las consecuencias. Dicho esto, desapareció.

Días más tarde, estaba Edjan a la puerta de casa, cuando oyó los gritos desgarrados de Nguema Nasari.

— ¿Qué te pasa?, —le preguntó compadecido de su llanto.

— Mi señora Nchama está en estado de coma, —repuso Nguema.

— ¿Qué me darás, si la curo?, inquirió Edjan.

— Cuanto me pidas, si está en mi mano, —respondió el afligido esposo.

Fueron a casa de Nguema; encontraron a su esposa moribunda; Edjan vio a Esimi, sentado a la cabecera; le dio las gracias, puso las gotas de la misteriosa agua en la nariz de la enferma, y ésta se levantó inmediatamente. Recompensaron a Edjan con dos cerdos y una gallina.

Otro día, le mandaron recado de que una mujer, rica y conocida en la comarca, tenía a su hija en estado de coma. Edjan acudió presuroso, sin pactar la recompensa. Al entrar donde estaba la joven, vio a Esimi, sentado a la cabecera; le dio las gracias y aplicó las misteriosas gotas en la nariz de la joven, que recobró instantáneamente la salud.

En pago, la madre de la hermosa y rica joven la quiso dar como esposa a Edjan; pero éste no la aceptó por no disgustar a su mujer Biyé, que no hubiese consentido una competidora de esa calidad en el hogar. En cambio, consiguió que se casara con su sobrino, Eyén.

La fama de Edjan alcanzaba ya muchos kilómetros a la redonda de Nzomo. En cierta ocasión, llegó la noticia de que Nimi Mañana, jefe de una conocida y valerosa tribu, había muerto. Allá acudió nuestro Edjan con su agua misteriosa.

Cuando entró a la cámara mortuoria, vio al adivino Esimi sentado, no a la cabecera, sino a los pies del cadáver. Edjan estaba perplejo; ¿qué haría? Vino a sacarlo de la duda el rumor que corría entre los circunstantes: «Si Edjan resucita al jefe, lo nombraremos a él subjefe de la tribu». Desobedeciendo, pues, las órdenes de Esimi, le echó las gotas de la misteriosa agua en la nariz, y el muerto resucitó al instante.

Los gritos de entusiasmo estremecieron la moribunda tarde del poblado. Jefe y súbditos ponderaban la virtud curativa de Edjan... pero éste fue arrebatado en visión debajo de un chocolatero, donde se encontró con el adivino Esimi, que le dijo:

— ¿Qué te ordené, respecto a la curación de los enfermos?

— Que te encontraría siempre al lado del enfermo; que si te veía a la cabecera, lo curase; en caso contrario, que no lo hiciese, pues yo cargaría con las consecuencias.

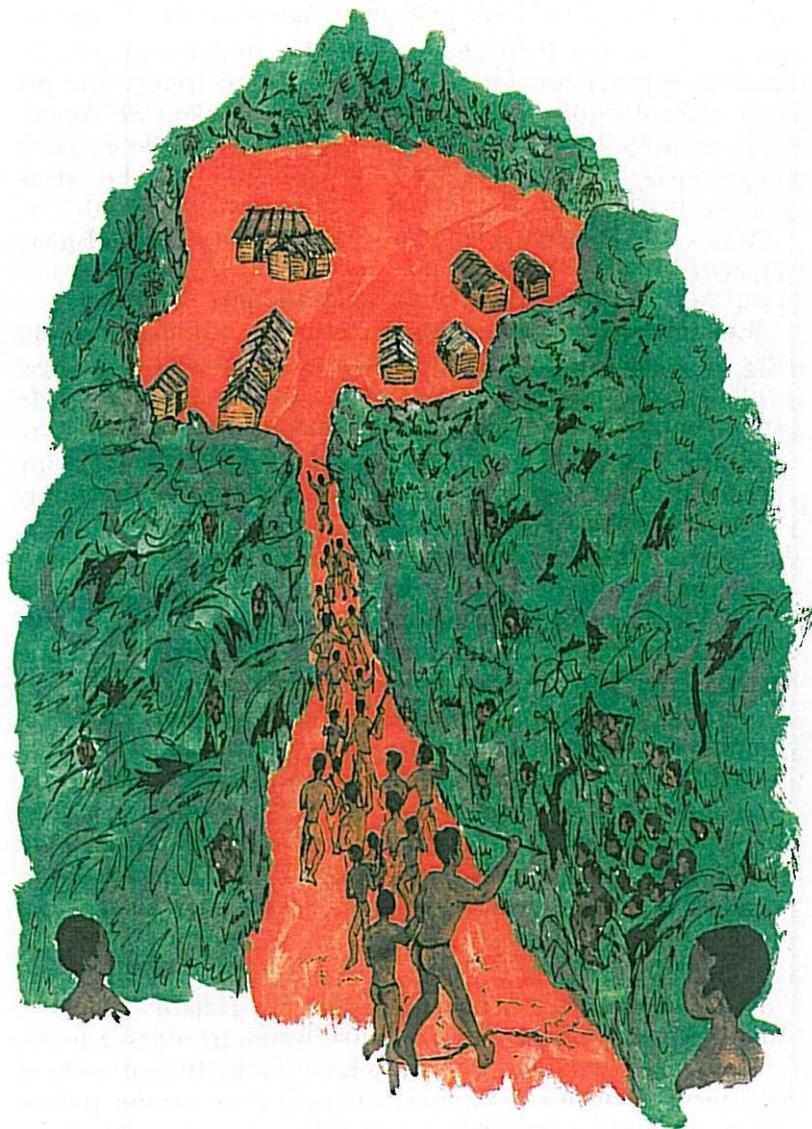
— Entonces, ¿por qué resucitaste al jefe?, —preguntó el adivino.

— Porque era grande la recompensa que me esperaba, —respondió Edjan.

— En castigo de tu desobediencia a mis mandatos, morirás en lugar del jefe; pero te concedo dos días de vida.

Dicho esto, Edjan volvió a alternar normalmente con el regocijado jefe y sus súbditos. Comieron, bebieron y se alegraron. Dos días después, cuando iban a nombrarlo subjefe, Edjan murió repentinamente.

# Adjaba Edjo



La tribu Efac penetró en Guinea, hace siglos, por las fronteras de Ebibeyín y de Mongomo. Poco a poco, como una

mancha de aceite, fue mezclándose con las otras tribus del país, quedando los núcleos principales en los distritos antes mencionados.

Adjaba Edjo, ya desde pequeño, capitaneando a los niños y adolescentes del poblado dio muestras de lo que iba a ser más tarde.

A sus cuarenta años era todo un hombre: apuesto, de cabeza proporcionada, pelo negro y ensortijado, frente ancha y despejada, ojos negros como la noche y brillantes como dos estrellas, nariz entre dos extremos, más bien ancha, dientes blancos como la espuma del mar, torso robusto y bien proporcionado, brazos y piernas aptos para la lucha y la fatiga; en una palabra, físicamente, reunía las cualidades del héroe.

Era inteligente, con mediana cultura, y adiestrado en las artes de la guerra; de natural bondadoso y acogedor. Cuantos acudían a él, fuesen o no familiares, en demanda de ayuda experimentaban los efectos de su bondad. Por todo ello, era respetado y escuchado de sus vecinos.

En cierta ocasión, una tribu nómada avanzaba saqueando y asolando poblados. El eco de las tumbas alertó al poblado de Adjaba Edjo del peligro que corría. Entonces los ancianos acudieron a Adjaba Edjo y le dijeron:

— Varias personas armadas con escopetas, flechas y machetes se acercan e intentan apoderarse del poblado. Te nombramos jefe, para que organices la defensa.

— Acepto vuestro ruego —respondió Adjaba Edjo— si cumplís con lo que os voy a pedir.

Así lo prometieron. Inmediatamente, el nuevo jefe ordenó reunir a los enfermos, niños, ancianos y mujeres y rogó que las protegieran en casas construidas con cortezas del Oñang, resistentes a las aceradas lanzas y a las flechas envenenadas. Metieron comida y agua suficiente para los días que podría durar el asedio.

Doce hombres de los más valientes quedarían allí custodiando esos tesoros vivientes, que eran los que más amaban y valían. Adjaba Edjo al frente de los demás hombres, capaces de luchar, se escondieron a ambos lados del camino por donde penetraría el enemigo. Sonaron varios disparos de los invasores; aladas flechas cruzaban los aires y se clavaban en troncos y ramas de los árboles. El no encontrar abierta resistencia les hacía sospechar.

La orden que Adjaba Ejdo había dado a los suyos era: Dejad que el enemigo agote la pólvora y las flechas y luego caed sobre ellos y hacedlos prisioneros. Sus previsiones se cumplieron. A una señal convenida, los que estaban en el poblado y los emboscados cayeron sobre los desprovistos atacantes y los derrotaron completamente.

Fue indescriptible la alegría con que enfermos, niños, ancianos y mujeres recibieron a los vencedores. Los regocijos por la victoria, a los que se asociaron muchos poblados vecinos, duraron varios días. El nombre de ADJABA EDJO entró en el catálogo de los inmortales de Guinea Ecuatorial.

# El pueblo de los guapos

Hace muchos años, en cierto poblado, todos sus habitantes, hombres y mujeres, pequeños y mayores, todos eran «guapos». No había ni se admitía a ningún feo.

Cierta mujer de ese poblado tenía un tío de aspecto asqueroso y repugnante, lleno de sarna y tiñas de arriba abajo, y los pies que apenas podía desplazarse de un lugar a otro. Por si esto fuera poco, despedía olores tan penetrantes y nauseabundos que no se podía soportar a varios metros de distancia. En resumen, constituía una auténtica calamidad.

A pesar de tanta pestilencia, la sobrina amaba tiernamente a su tío y quería, por todos los medios, curarlo. Pero ¿cómo introducirlo en el poblado cuando estaba tremendamente prohibida la entrada de ningún feo?

Aprovechando la obscuridad de la noche, con solas las estrellas por testigos, metió al repulsivo tío bajo montones de leña, detrás de la añosa cocina. Mientras lo ocultaba cuidadosamente, le habló de este modo:

— Permanecerás escondido en este escondrijo sin hablar con nadie, y sin que nadie te vea; yo atenderé tus comidas, te bañaré a diario y curaré tus heridas. Pero, cuidado, que nadie te vea, ni siquiera mi marido.

Quedó conforme el lastimoso tío; su sobrina lo cuidaba con solicitud; y el marido de ésta permanecía ajeno a la presencia del nuevo huésped.

Cierta mañana, el esposo de la caritativa sobrina salió, precipitadamente, sin desayunar a inspeccionar las trampas. De regreso a casa, sintió las molestias del hambre y registró la cocina por si su mujer le hubiese dejado algo de comida: plátano, envuelto de cacahuete, yuca... Como no encontrase nada, se hizo esta reflexión, en voz alta:

— ¿Dónde me habrá dejado mi mujer la comida?

Una voz proveniente del rimero de leña le indicó:

— Mi sobrina te ha guardado la comida en el armario.

Absorto por la inesperada y extraña voz, preguntó intriguado:

— ¿Quién es el que me habla?



— Te he dicho —replicó la oculta voz— que mi sobrina te ha guardado la comida en el armario.

No cabía ya duda. La voz procedía de la pila de leña. Allí se dirigió el hambriento buscador. Empezó a remover troncos, ramas, hojarascas... y allá, al fondo, apareció la figura horrible de lo que parecía un ser humano.

Sin osar acercarse a él, le ordenó que avanzase hasta la mitad del patio del poblado, para que se convirtiese en el blanco de las atónitas miradas de todos los habitantes. Cuantos pasaban, a cierta distancia, hombres, mujeres, niños y niñas, exclamaban:

— «Mengue» —así se llamaba la mujer caritativa— tú sabías bien que te casaste en un poblado donde todos somos guapos y sanos; tú, en cambio, has traído a tu sarnoso, repugnante y feucho tío, quédate aquí con él.

Y uno tras otro, todos los habitantes fueron abandonando el poblado. Cuál no fue el dolor de la compasiva sobrina cuando, al regresar de la finca, se encontró con su tío en medio del patio y la larga fila de «intocables guapos» fugitivos. Ella misma pronunció palabras conjuradoras y se enfiló con los que huían del lugar, para fijar su morada lejos, muy lejos de los feos.

El solitario enfermo, casi a rastras, comenzó a recorrer el poblado, casa tras casa, en busca de algo que comer. A duras penas encontró unas yucas, algunos envueltos de cacahuets y media docena de plátanos cocidos. Cargó con ellos, como pudo, y regresó a la casa de su sobrina.

Después de saciar el hambre de varios días, se acostó más tranquilo que de costumbre, sin temor de que los «guapos» le molestasen; pero más preocupado por su futuro, pues le faltaban los cuidados de su solícita sobrina.

A eso de medianoche, cuando las estrellas centellean más en el manto de la noche y cuando el silencio de la selva se va haciendo sonoro a los más leves sonos, una luz vivísima hirió los párpados de nuestro contrahecho enfermo. Despertó sobresaltado; pero no osó moverse, tal era el miedo que le había entrado.

La voz suave y apaciaguadora de un desconocido derramó en sus oídos el bálsamo pacificador de la palabra.

— Levántate enseguida; —dijo.

— Mi enfermedad me.....

Sin dejarle concluir la respuesta, replicó el desconocido:

— Te he dicho y te repito que te levantes.

En un esfuerzo sobrehumano, se incorporó el que fuera abandonado por su feura.

— A la salida del poblado —dijo el aparecido— hay una grácil palmera; tenemos que llegarnos hasta ella.

El extraño desconocido, con la lámpara de bosque alejaba las sombras del sendero; detrás, machete en mano, el contrahecho arrastraba su fealdad. Llegados al pie de la palmera, ordenó el aparecido:

— Sube y corta el racimo de dátiles.

— No puedo subir, porque.....

Tampoco ahora le dejó concluir la frase y con voz que resonó en el silencio de los bambúes le intimidó de este modo.

— Te he dicho que subas y cortes el fruto de la gratificante palmera. Cuando esté cayendo, pondrás tu cabeza debajo, sin tener miedo a las punzantes espinas y a los animalitos que en él se guarecen.

Estas autoritarias palabras consiguieron que el enfermo sacara fuerzas de flaqueza. Trepó, como pudo, tallo arriba. Cortó el ubérrimo racimo, que cayó amenazante sobre su postemosa cabeza. En vez del temido descalabro, el hombre enfermo, feo, contrahecho y ulceroso se transformó misteriosamente en hombre sano y más «guapo» que ninguno de los que le habían despreciado.

Ahora podía ir en busca de los fugitivos «guapos»; podría vivir con ellos; casarse con la mujer más hermosa: así lo hizo. Cuando llegó al nuevo poblado de los «guapos», nadie daba crédito al relato de su transformación, ni creían que fuera el mismo que habían despreciado. Sólo después de recordarles circunstancias y lugares, pudo convencerlos de que la paciencia todo lo alcanza y que lo último que hay que perder en esta vida es la esperanza.

# La niña previsora

Visitación Avoro vivía con su hija de seis años, en el interior de la selva. Hacía dos años que su esposo había muerto, y tenía que trabajar para el sustento de su hija única y el propio.

Una mañana, la mamá, como hacía todos los días, se despidió de su hijita con un beso, y se dirigió a la desembocadura de los ríos Campo y Kie, donde abundan los hongos, tan apreciados de las mujeres guineanas.

Pasaron un día, dos y tres y Visitación no regresaba a casa; su hijita empezó a sufrir un hambre atroz. La choza estaba solitaria y no había nadie que pudiese auxiliarla. A pesar de sus pocos años, se armó de valor y decidió salir en busca de su madre. Pero ¿a dónde había dirigido sus pasos?; ¿dónde encontrarla?

El hambre, la soledad y la tristeza pudieron más que el miedo. Se puso en camino sin saber por dónde ni a dónde encaminarse. Pero antes, en previsión, impropia de su corta edad, tomó unas tijeras, aguja e hilo, por si la selva le desgarraba su vestido multicolor. Como provisiones, para el incierto camino, tomó algunos picantes y dos yucas que aún guardaba en la cocina.

Empezó a andar y andar por medio del bosque. Pasaron un día, dos y tres días, transcurrieron varias semanas y no dio con su madre ni con persona alguna. Llevaba ya más de mes y medio perdida por la selva, cuando divisó una estrecha y umbrosa trocha. Avanzó por ella y desembocó en el poblado de los «Ogros», denominados «Cabezas». Desde tiempo inmemorial, habían fijado allí su residencia, en número de diez y se conocían por el número correlativo a su llegada, del uno al diez. Sus alimentos eran los animales que cazaban y las personas que pasaban extraviadas por sus dominios. Hoy tocaría el turno a la hija de Visitación Avoro.

Ogro I.—¿De dónde vienes y qué buscas por aquí?

Niña.—Vengo de muy lejos y estoy buscando a mi mamá, pues hace muchos días que salió de casa y no ha vuelto.

Ogro I.—Y, ¿a dónde fue tu madre?

Niña.—Me dijo que iba a buscar hongos a los ríos de la selva, para que las dos tuviéramos comida.

Ogro I.—Los hongos están en la desembocadura de los

ríos Campo y Kie; sigue ese camino y no tardarás en llegar.

La niña empezó a caminar calle arriba. Cuando pasaba por delante de las casas de los Ogros «Cabezas», uno tras otro mantenían con ella la misma conversación que el «Cabeza I».



Conmovidos por su inocencia y por el hambre traducida en su rostro, la animaban, como su compañero, a que fuese en busca de su madre.

Al llegar a la choza del «Cabeza X», se repitió la escena; pero el Ogro dijo a la niña:

Ogro X.—Hija mía, no oigo bien lo que me dices, acércate un poco más.

Obedeció la niña y se acercó, no sin cierto miedo, casi hasta tocar al Ogro.

Ogro X.—Te he dicho que no te oigo, acércate más y ponte sobre mis labios, así oiré mejor lo que me dices.

Dócil y sencilla, como una paloma, dio un salto al labio inferior del Ogro que, en un santiamén, la tragó enterita, sin darle tiempo a explicación alguna.

La niña se encontró en el vientre del Ogro con muchas personas que había engullido, durante varios años, y que aún estaban vivas. Sin perder la serenidad ni el tiempo, la previsora niña sacó las tijeras y comenzó a cortar los intestinos del Ogro, llegando, incluso, hasta el hígado. Para acrecentar el dolor, echaba picante, a medida que le sajava las entrañas.

El «Cabeza X» no tardó en sentir malestar general y, a los pocos instantes, tan agudos dolores que no podía aguantar. Rompió en amargos lloros y con gritos que conmovían la selva exclamó:

— Ninguna de las personas, hasta ahora tragadas, me ha causado tan terribles dolores; ni las más venenosas serpientes han alterado mi digestión. Pero ¿qué tiene esta tierna niña que acabo de engullir?

Mientras así gritaba el Ogro furioso, la precabida niña seguía su operación salvadora. Las puntiagudas y cortantes tijeras segaron la aorta del corazón del monstruo, que cayó redondo con todo su peso de más de setecientos kilos.

La valiente niña se había salvado y con ella los encerrados, hacía años, en el vientre del «Cabeza X».

— Salgamos —les dijo— de uno en uno, sin mirar siquiera las danzas de los demás Ogros «Cabezas».

Así lo hicieron y, andando, andando, tuvieron la suerte de encontrar de regreso a su casa a Visitación Avoro. Celebraron el encuentro con un banquete de hongos...

La previsión y la valentía salvan, frecuentemente, de graves peligros.

# El joven Akudzama

Zamaye-mebege estaba casado con varias mujeres. De cada una de ellas tuvo unos cuantos hijos, excepto de una de la que nacieron Akudzama y Mengue que quedaron huérfanos en temprana edad. Los dos siguieron viviendo en la cocina de su difunta madre.

De los numerosos hijos que tuvo Zamaye-mebege, únicamente Mengue era mujer, todos los demás eran varones. ¿Dónde encontraría el cabeza de familia para casar a tantos hijos? La venta de cabras, ovejas, gallinas y patos no le solucionaría gran cosa. La única hija tampoco cubría el costo de tanta dote.

Día tras día, pasaba Zamaye-mebege las horas muertas, sentado en el abaá, rumiando cómo resolver el problema. Una tarde se le ocurrió esta idea: acudiría a sus tíos maternos, seguro de que ellos le solucionarían el caso. Una mañana, cuando las últimas estrellas daban los buenos días a la aurora, se despidió de los suyos y salió rumbo al lejano país de su madre.

Después de varios días de convivencia con sus parientes, los reunió en el abaá y les dijo:

— Mi presencia entre vosotros responde a la carencia de medios para casar a mis hijos. Bien sabéis que únicamente tengo una hija y que mis posesiones son escasas.

El más anciano de los parientes le respondió:

— Mañana te daremos la solución.

Al día siguiente, muy de mañana, ya estaban los familiares de Zamaye-mebege en el abaá. Uno de ellos le practicó con una cuchilla leves cortes en el muslo derecho; sobre las heridas colocó unas hierbas y le dijo, en nombre de los demás:

— Regresarás a tu poblado. Cuando te saluden tus mujeres e hijos, los sentarás en el muslo izquierdo; pero, cuando llegue Mengue, lo harás en el derecho, y al poco rato morirá. Luego, la entierras en las afueras del poblado. Esta escopeta que te entregamos la irás dejando a cada uno de tus hijos. Al salir de casa por la tarde, una «nsin» les señalará el camino; que disparen a lo que se les ponga a su alcance.

Zamaye-mebege que había seguido intrigado el discurso de su pariente, quedó muy triste por el futuro que esperaba a su única hija.

Cuando llegó al poblado, recibió el saludo de las mujeres y sus hijos. Tal como le habían ordenado, los sentó en el muslo izquierdo. Faltaban por saludarlo Mengue y su hermano Akudzama. Era este un joven de aspecto desagradable y repugnante; olía que apestaba; su cabeza estaba cubierta de tiña y el cuerpo de sarna; los pies los tenía forrados de niguas. Era de carácter raro y, desde niño, profesaba a su padre un odio irreconciliable, pues lo tenía por el más brujo de los brujos. Por eso, cuando su hermana iba a saludarlo, le dijo:

— No lo saludes; ¿qué habrá tramado ese hechicero con sus tíos maternos?

Pero Mengue, que amaba mucho a su padre, fue a saludarlo, mientras dormía su hermano. El padre cumplió lo que sus tíos le ordenaron. Al despertar Akudzama, encontró a la hermana presa de una fiebre muy alta. A las pocas horas, murió, y la enterraron en las afueras del poblado, como estaba mandado.

Dos días después, Zamaye-mebege llamó a su primogénito, le entregó la escopeta y le dijo:

— Al anochecer, saldrás de casa. A la puerta de casa encontrarás una *nsin*; la seguirás y dispararás a lo que se te presente. Por la noche, salió de casa, siguió a la *nsin* que lo condujo hasta la tumba de Mengue. Estaba ésta más hermosa que nunca, sentada en preciosa silla. Ndonzama disparó contra ella y regresó a su casa. A la mañana siguiente, encontró un corpulento elefante muerto, junto a la tumba de Mengue. Lo vendió y con el importe pudo dotar a varias mujeres. Sus otros hermanos corrieron la misma aventura y tuvieron idéntica suerte.

Únicamente Akudzama se negó a acercarse a su padre, quien hacía todo lo posible por ganar su afecto, a fin de procurarle un botín como a los demás hijos. Después de no pocas estratagemas, consiguió que aceptase la escopeta y escuchase las instrucciones que habían ejecutado sus hermanos.

Durante unos cuantos días, Akudzama permaneció en casa con la escopeta ociosa, pero, a decir verdad, ardía en deseos de saber cómo sus hermanos se habían hecho con tantos elefantes, cuando por las cercanías, años hacía que no se veía

ninguno. Así una noche, sigilosamente salió de casa; siguió los menudos y rápidos pasos de la nsin, y, a doscientos metros del poblado, se encontró con su hermana, linda como jamás la había visto.

En vez de disparar contra ella, como lo habían hecho sus hermanos, rompió en triste y fraterno llanto. Intentó asir a Mengue, pero ésta desaparecía de su vista, mientras le decía:

— Dispara contra mí, Akudzama, dispara contra mí.

— No lo haré; no lo haré, —respondió el hermano; y añadió:

— Ya me imaginaba, fue padre el culpable de tu muerte. Y regresó al poblado; y su odio contra el padre iba en aumento.

A la noche siguiente, volvió a encontrarse con su hermana; logró agarrarla; pero Mengue, con fuerza misteriosa lo arrebató y lo llevó a su reino. Allí le curó de cuantas enfermedades padecía; corrigió cuantos defectos deformaban su cuerpo... en una palabra, lo transformó en un joven hermosísimo, como no había en todo el contorno.

Al cabo de unos años, regresó al poblado, donde nadie lloró su desaparición; pero tampoco ahora lo reconoció nadie, ni su propio padre. Lo que causó tanta admiración como su belleza fue el que viviese en la humilde choza del desaparecido Akudzama.

Una tarde, en la reunión del abaa, declaró a su padre que él era su hijo Akudzama; y le contó cuanto había sucedido. Todos ponderaban su extraordinaria hermosura. Su matrimonio fue más feliz que el de sus hermanos, y tuvo muchos hijos, de los que vivió rodeado largos años.

# Mbá el aventurero



Éranse dos reyes: uno tenía su corte en Asia y el otro la tenía en África. El primero tuvo siete hijos varones y el segundo, siete hijas. Aquél dijo a sus hijos, cuando eran pequeños:

— No os podréis casar sino es con siete hermanas, hijas de padre y madre.

El mismo precepto había dado el rey africano a sus hijas. Pasaron los años, y llegó a los hijos e hijas reales el momento de tomar matrimonio. Los varones se presentaron ante su padre, el rey, y le dijeron:

— Con tu permiso, queremos irnos a buscar a las mujeres que, según tus disposiciones, pueden ser nuestras esposas.

Recorrieron provincias, naciones y continentes, sin encontrar una familia que tuviese siete hijas de padre y madre. Cansados ya de peregrinar en balde, regresaron a su país de origen; cuando he aquí que al cruzar un ameno soto, oyeron voces y gritos femeninos: eran varias jóvenes que alegres se bañaban en un límpido y apacible río. El número de las chicas era de siete, precisamente.

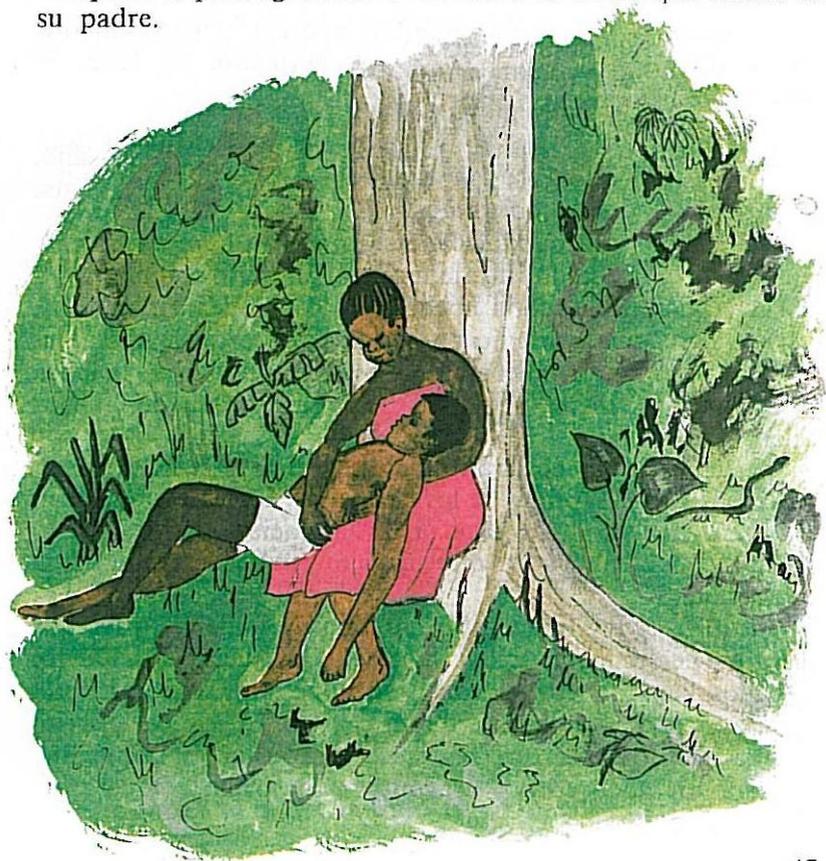
— Buenos días, —dijo, en nombre de todos, el primogénito.

— Muy buenos, —contestaron todas a coro.

— ¿Sois, acaso, hermanas todas de padre y madre?

— Así, es, —respondió la más pequeña y no menos avispada de las hermanas.

— También nosotros somos hermanos de padre y madre, —replicó el primogénito... Y les contó la orden que tenían de su padre.



— Idéntico mandato nos ha dado nuestro padre el rey, repuso ahora la mayor de las hermanas.

Nunca mejor ocasión para que unos y otros cumpliesen con la voluntad paterna y los deseos personales: acordaron, pues, que se casarían, siguiendo rigurosamente el orden de edad. Por parejas, del brazo y con muestras de juvenil alegría, se presentan ante el rey, padre de las hijas:

— Hoy se ha cumplido el precepto que nos diste, —le dijeron. Hemos encontrado a estos siete hermanos de padre y madre. te los presentamos para que nos permitas tomarlos por maridos.

— Bien, —respondió el rey, —mañana es lunes; el primogénito será la primera víctima. El martes, lo será el segundo, y así sucesivamente... hasta llegar al menor de los hermanos que se llamaba Mbá.

La voluntad del rey fue cumplida puntual y rigurosamente. Día a día, iban desapareciendo los hermanos de Mbá. El sábado llamó a éste el rey y le dijo:

— Prepárate, pues mañana te toca el turno.

Este mismo día por la tarde, la novia de Mbá le dijo:

— Ruega a mi padre que ordene llenar de cubos de agua la habitación donde dormimos.

Así lo hizo y la habitación quedó repleta de agua. Por la noche, a la hora de dormir, la novia se presentó con un pico y una pala. Durante toda la noche, ambos practicaron una profunda galería que comunicaba con la parte exterior del palacio... y por ella se evadieron... Después de una larga y penosa caminata, por difíciles senderos, llegaron a orillas de un caudaloso río.

Ya los gallos quebraban albores, y el rey estaba deseoso de acabar con el séptimo de los hermanos. Envió a su guardia, tal como hiciera otros días, a la habitación de Mbá. Pero regresó con la nueva de que ni él ni su hija estaban en la habitación.

Furioso, el rey destacó un batallón de soldados, para que fuera en persecución de los fugitivos. Por suerte, cuando los soldados llegaron al río, Mbá y su novia eran conducidos al otro lado por el tripulante de un cayuco. El jefe del ejército gritaba al tripulante que regresase a la orilla. El tripulante, que era un poco sordo, preguntó a la joven:

— ¿Qué ordena el jefe?

— Que bogues más rápido, para evitar el chaparrón que nos amenaza, —replicó la joven.

Así, los soldados tuvieron que regresar al palacio real y confesar su fracaso.

La joven pareja anduvo aquel día más de cuarenta kilómetros por lugares enmarañados y no acostumbrados a la planta humana. Aprestábase el sol a despedirse de los mortales; Mbá ya no podía más. Durante unos instantes quiso reposar su dolorida cabeza en las rodillas de la joven princesa, cuando una mortífera serpiente dejó inerte al joven en brazos de su novia. Esta rompió a llorar y a implorar el auxilio de lo alto.

Inesperadamente, se presentó ante ella una joven, como de dieciséis años.

— ¿Cuál es la causa de tus llantos y ruegos?

No resulta difícil averiguarla, —le respondió, mostrándole el cuerpo inerte de Mbá. Y le contó, por menudo, su odisea.

La recién llegada sacó de su cofrecito ungüentos misteriosos que aplicó a Mbá quien repentinamente recobró la vida.

— ¿Qué te debemos, a cambio de este favor?, —preguntó la novia de Mbá.

— Únicamente que consintáis en que yo sea la segunda mujer de Mbá.

— Sea así, —respondieron ambos—, y prosiguieron los tres el viaje. Ya llevaban recorridos más de dos mil kilómetros, cuando llegaron a un país donde el rey había prohibido la existencia de varones.

Mbá y sus dos mujeres recorrieron curiosos el extraño país, habitado únicamente por mujeres, gobernadas por un rey. Mbá, a su vez, era objeto de las inquisidoras miradas femeninas.

El rey fue informado por sus espías de que en la casa de la palabra de la capital del reino se encontraba un varón con dos mujeres. No quiso el rey aparentar cruel con los extranjeros; por eso, envió una embajada para que comunicase a Mbá:

— «Mañana el rey te formulará tres preguntas; si no las aciertas, perderás la vida. En cambio, si las respondes correctamente, morirá el rey y tú ocuparás el trono.

Mientras Mbá descansaba, custodiado por las mujeres soldados, el Hada del rey llamó a la segunda mujer de Mbá y le entregó las respuestas a las tres preguntas, preparadas por el rey. La joven sacó del bolsillo tres monedas de oro y se las

entregó al Hada, en recompensa. Antes del amanecer, ya Mbá sabía de memoria lo que tenía que contestar.

Eran las ocho de la mañana, cuando el rey con su escolta mujeril fue al encuentro de Mbá para formularle las enigmáticas preguntas:

— ¿Qué es lo que hay en la casita del rey?, —preguntó éste con tranquilidad.

— Allí está su abuela, con la que su Majestad suele comer personas por la noche, —respondió con seguridad Mbá.

— Bien, —dijo el rey. Vamos por la segunda: ¿Qué tengo yo en mi habitación?

— Una aguja de cuatro puntas, —se apresuró a decir Mbá.

El rey turbado ya, casi no acertaba a expresar la tercera pregunta, pero, albergando aún un rayo de esperanza interrogó:

— ¿Con qué bebo vino y qué colores tiene?

— Es un vaso de tres colores: rojo, azul y negro, —concluyó Mbá.

El propio rey había firmado su sentencia; lo mataron y en su lugar subió Mbá. El Hada del rey se convirtió en la tercera esposa de Mbá.

Mbá tuvo varios hijos con cada una de las mujeres. Vivieron felices muchos años, al cabo de los cuales Mbá murió rodeado del afecto de los suyos. Pero ahora se presenta esta pregunta al lector: ¿Cuál de los tres primogénitos que tuvo con cada mujer debería sucederle en el trono?

# El bosque del brujo

En una apacible soledad, rodeada de mangos, naranjos y palmeras, tenía su espaciosa morada la familia Zama y Mbe-gue. Los tres retoños del matrimonio llevaban, respectivamente, el nombre de Nguema Zama, Ndon Zama y Mbá Zama, el más pequeño. Los tres manifestaron innata afición y rara habilidad para la caza, de la que vivían los familiares y vecinos.

El padre, que los había adiestrado en el arte venatoria, les advirtió que podían trampar en los bosques limítrofes al poblado; pero no en otro que distaba de allí seis kilómetros.

Las frecuentes batidas que daban con sus arcos mortíferos y el diario tributo cobrado por las trampas amenazaban con extinguir los animales de los bosques no vedados.

Por ello, cierto día, Nguema Zama salió furtivamente, decidido a trampar en el bosque prohibido, que no era otro que el bosque del brujo. Éste, cuando encontraba a algún cazador en sus dominios, lo mataba; comía su carne, y con la piel confeccionaba sus extraños trajes.

Esta primera vez, todo ocurrió normal en la cacería de Nguema: colocó sus trampas, que, al cabo de dos días, atraparon numeros animales. La operación se repitió a lo largo de tres meses, sin que nadie se percatase de la peligrosa cacería.

Pero hete aquí que un día en que Nguema revisaba sus trampas, avanzó más de lo acostumbrado y se encontró en una ancha carretera, casi una autopista. En el arcén derecho, había un tambor automático: una vez golpeado, seguía tocando ininterrumpidamente, hasta que llegase el brujo. Esta era su trampa para atrapar las personas. Los continuos sonos repetía:

*Kelen, kelen, kelen,*

*Sinken, kelelen, kelen. (bis)*

Nguema, picado por la curiosidad, cogió los palillos y empezó a golpear el tambor. Su extrañeza se convirtió en temor; quiso huir; pero, ¿a dónde? Se le ocurrió ocultarse debajo del mismo tambor.

Llegó el brujo; no vio a nadie; ¿quién lo habría tocado?...

pero su fino olfato, acostumbrado a la carne humana, descubrió al culpable, y comenzó a cantar y bailar, acompañado del tambor:

*Beñ, beñ, beñ*

*Puab, puab, puabla (bis)*

— ¿Por qué te escondes?; —dijo a Nguema. ¿No sabes que llevo un año sin comer y que tengo mucha hambre? —Dicho esto, le dio un terrible golpe y lo mató.

Pasaron diez, quince días; nadie daba razón del paradero de Nguema. ¿Lo habría devorado una fiera? ¿Habría sido rapado por gentes sin ley? Ndong Zama, su hermano, partió en su busca; atravesó el bosque prohibido; y llegó al lugar del nefasto tambor. Como Nguema, quiso satisfacer la curiosidad, y corrió la misma suerte que él.

Eran dos los hermanos desaparecidos. Entonces, Mbá Zama, el menor, pretendió descifrar la misteriosa desaparición o dar con el desconocido lugar en que se hallaban. La fatalidad le hizo seguir el camino de sus hermanos y encontrarse con el fatídico tambor. También Mbá cayó en la tentación de tocarlo; pero en vez de esperar, como sus hermanos, a que viniese el brujo, cogió el tambor con ambas manos y, en loca carrera, se dirigió al poblado paterno.

Cuando Zama y Mbegue percibió los sonos del retumbante tambor, cuyo misterio conocía, salió armado del tenso arco y disparó una alada y mortífera flecha contra el corazón del brujo, que ya se aprestaba a matar a Mbá Zama. Así fue, como el bosque quedó libre de las malas artes del brujo.

# La mujer de Ndjambu

Érase una vez un hombre llamado Ndjambu quien después de construir una amplia casa, en medio de la espesa selva, se casó con dos jóvenes: Nguakendy y Ngualedje.

Cierto día, en vísperas de realizar un largo viaje, que le alejaría durante meses de sus esposas, llamó a Ngualedje, que se encontraba en estado de gestación avanzado, y le dijo:

— Mi deseo es que de tu embarazo nazca un niño; si por desgracia llegase a ser niña, tienes que matarla, antes de mi regreso.

Dicho esto, a la mañana siguiente, presentes aún las estrellas en el alto cielo, Ndjambu cogió entre las piernas el sendero que le llevaría al camino vecinal.

No había transcurrido el mes cuando Ngualedje dio a luz a una hermosa niña. Temerosa de las palabras de su marido, decidió esconder a la pequeña en la espesa copa de un árbol cercano a la casa. No quedó satisfecha con estas medidas de seguridad, por lo que fue a casa del brujo, en busca de consejo. Este le dijo:

— Esconde la niña en la copa del Evenga. Cuando la vayas a visitar, le cantarás esta canción.

— *Yombe, yombe, yombe* (la madre)

— *Iya nguete no, Iya a likangue upando  
a eleve na evenga. Tata Ndjambu upando  
a rea na majiji.*

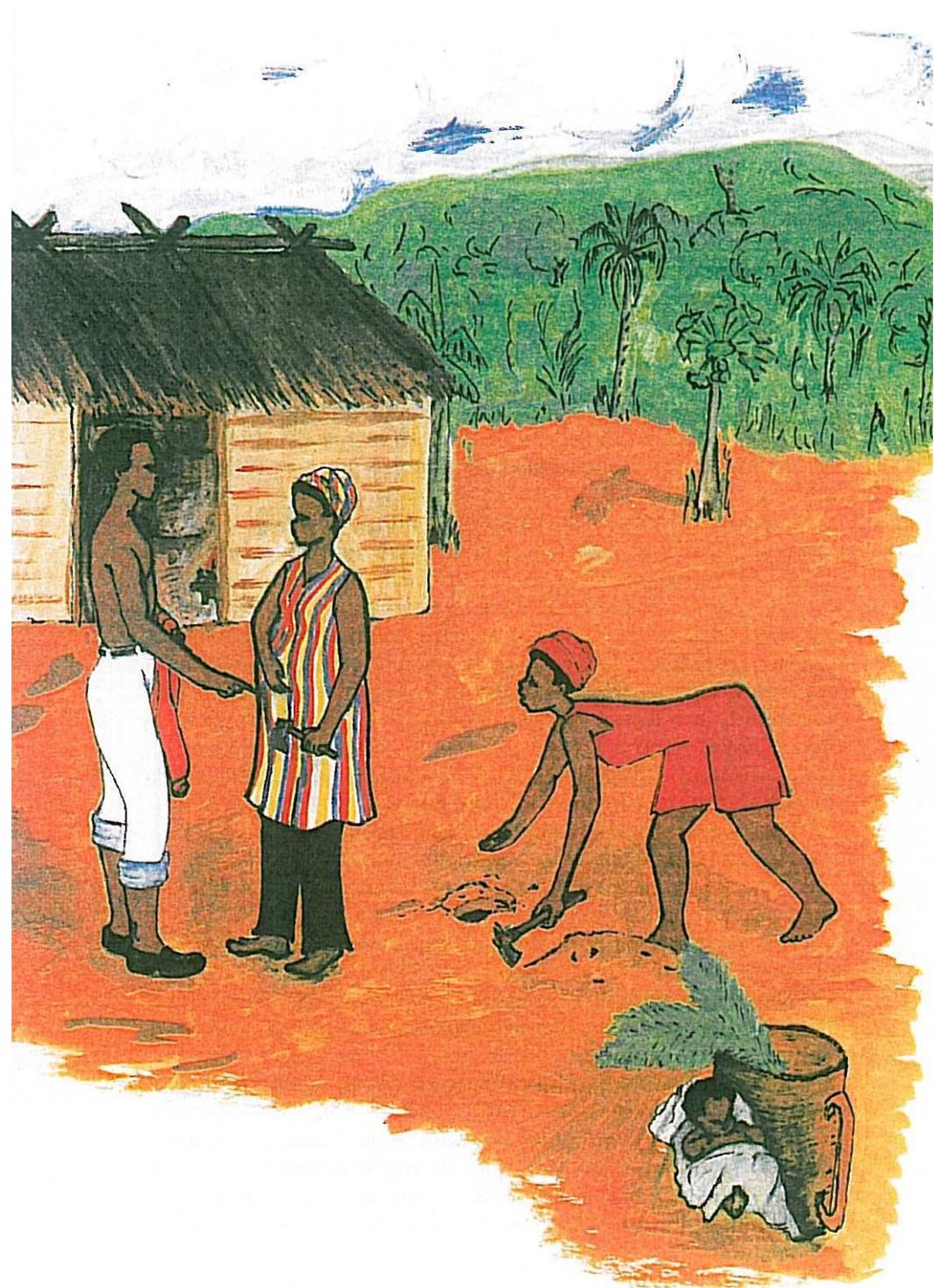
Entonces la niña bajará inmediatamente y recibirá tus cuidados.

Ngualedje cumplió puntualmente cuanto le aconsejó el brujo y, día tras día, prodigaba a su hija con cariño las atenciones que precisaba.

A su regreso, Ndjambu preguntó a Ngualedje por el estado del niño.

— Nació una niña —respondió Ngualedje— y, apenas nacida, le di muerte, tal como tú me ordenaste.

Al principio, Ndjambu quedó satisfecho con la explicación de su mujer; pero no tardó en observar las repetidas y periódicas salidas de Ngualedje al bosque. ¿Cuál era el motivo?



Deseoso de averiguarlo, Ndjambu fue a consultar al brujo.

— Tu mujer, —le dijo éste— ha dado a luz una niña que tiene escondida en la copa de un Evenga. Si deseas que baje a tus brazos, tendrás que cantarle esta canción:

— *Yombe, yombe, yombe* (la madre)

— *Iya nguete no, Iya a likangue upando  
a eleve na evenga. Tata Ndjambu upando  
a rea na majiji.*

Al día siguiente, caía la tarde, las nubes tamizaban la luz mortecina del sol y Ndjambu, con propósitos siniestros, se dirigió en dirección al misterioso Evenga. Situado bajo sus verdes ramas, entonó la canción que le enseñara el brujo.

La niña acostumbrada, a la voz femenina de la madre, no prestó atención a las notas graves de la canción paterna, y siguió tranquila en su escondite. Otra y otra vez entonó Ndjambu la canción, con idénticos resultados.

Volvió de nuevo a casa del brujo para preguntarle por qué la niña no respondía a sus llamadas. Entonces el brujo le proporcionó un aceite especial con el que tenía que ungir su garganta, antes de entonar la canción. Así lo practicó Ndjambu, e inmediatamente, una niña semejante a un ángel sin alas descendía risueña de rama en rama.

El padre asesino no le dio tiempo a llegar a sus brazos, pues con el cortante machete descuartizó el delicado cuerpo que quedó cual preciosa joya engarzado en su propia sangre.

El instinto materno de Ngualedje presintió la tragedia. Corrió al bosque; llegó al Evenga; entonó la canción de costumbre, pero la niña no bajaba. Frenética repetía el canto; sólo el eco respondía.

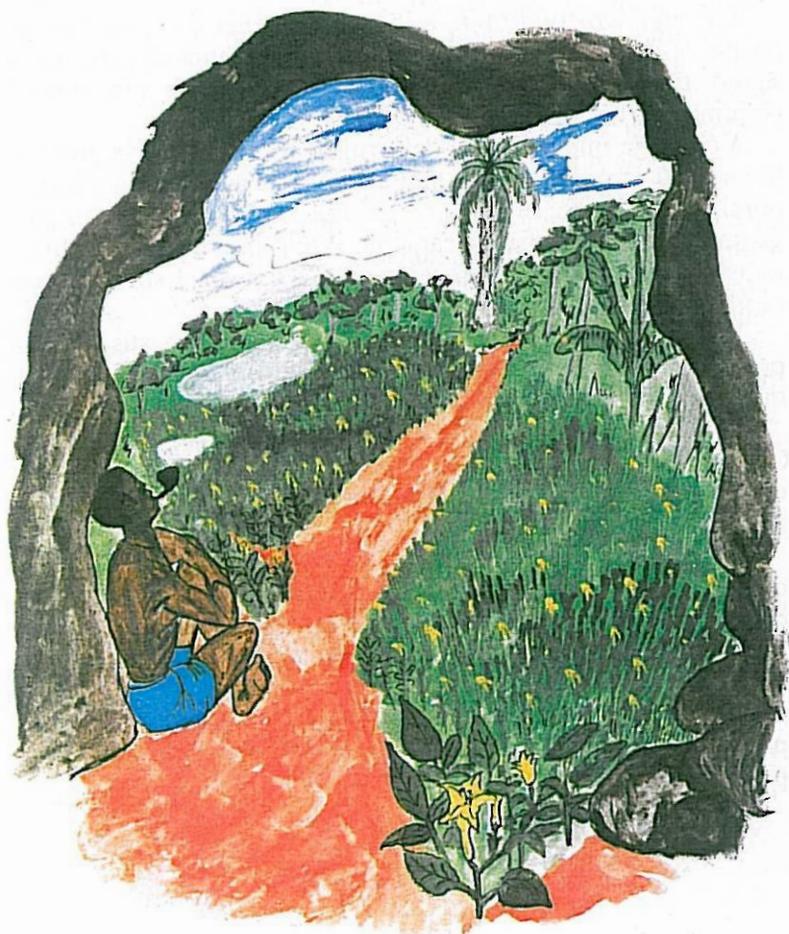
Buscó y rebuscó entre dos luces y... ¡Horror! Descubrió el cuerpo de la hija hecho pedazos; en otros tantos se dividió su corazón, que recompuso la inaudita tragedia.

Con el velo del dolor envolvió los separados miembros de su hija y les dio sepultura.

Regresó a su casa; preparó su reducido equipaje y, cubierta por el manto de una noche sin luna, regresó a la casa de sus padres en busca de amparo.

# Otum-Taha

Ndon Mba vivía en un pequeño poblado de la selva. Tenía un vicio inveterado: el de fumar. Fumaba a todas horas, únicamente cuando comía y bebía dejaba al lado su negra pipa de ébano; incluso cuando dormía aprisionaba fuertemente la pipa entre sus dientes. Los vecinos lo conocían únicamente por el nombre de Otum-Taha, que significa «quemador de tabaco».



Tenía, contigua a su casa, una plantación de la que sacaba cestos y cestos de tabaco en rama. Vendido, le podría dar sus buenos bipkwele; pero a Otum-Taha más que el dinero le interesaba el tabaco.

Los fumadores, aunque fueran sus vecinos, le resultaban molestos, tanto si le pedían tabaco, como si le rogaban que se lo vendiese: a tal extremo había llegado su insaciable avidez.

Un día, harto de los vecinos y de sus molestias, determinó abandonar el poblado para irse a vivir en solitario, en lo frágoso de la selva, donde ser humano no tuviera acceso. Aprovechando las altas horas de la noche, cargó con lo más imprescindible, sin olvidar un buen cargamento de tabaco, y se emboscó, sin más testigos que las estrellas.

Anduvo y anduvo toda la noche, la mañana, y hasta muy entrada la tarde siguiente. Ya la noche caía de las altas ceibas, cuando, extenuado, decidió pasar la noche bajo un frondoso okume, a orillas de un refrescante riachuelo.

Al otro día, tomó de nuevo el camino entre las manos en busca de la deseada soledad. Tenía buen cuidado de no dejar trazas de su paso, para evitar que lo encontrasen.

Los mortecinos rayos del sol poniente iban a poner término a la tercera jornada, sin que Otum-Taha hubiese encontrado un paraje acorde con su propósito. Entre dos luces y a unos cincuenta metros divisó la negra boca de una gruta de considerables dimensiones. La escasez de luz recomendaba dejar su exploración para el siguiente día.

Apenas la aurora con sus blancos dedos corrió la negra cortina de la gruta, Otum-Taha la recorrió en sus cuatro direcciones. En ella encontró vestigios del ogro, del que era propiedad, pero que la había dejado, por dos o tres años, para visitar a otros ogros.

Tanto la gruta como los aledaños respondían a los deseos de Otum-Taha. Puso manos a la obra y, a los pocos días, la codiciada droga empezó a despuntar en la finca que con reconocida pericia preparó. Por cierto, que desde que salió de casa seguía con su pipa cargada de tabaco; eso sí, tenía que economizar para poder empalmar con la nueva cosecha.

Así pasaron dos largos años, y nuestro «quemador de tabaco» vivía feliz en su buscada soledad, con la única preocupación de cultivar y fumar tabaco.

Cierto día, ocupado en la meticulosa limpieza de la gruta,

encontró en uno de sus escondrijos una pipa que por sus respetables proporciones, emplearía el ogro, propietario de la cueva. Otum-Taha, sin pensarlo dos veces, dejó la que usaba y embocó la que por el tamaño prometía satisfacer mejor su vicio.

En el poblado de Otum-Taha vivía un cazador que cierto día se emboscó en persecución de una manada de elefantes. Fueron varios los días que infructuosamente les quiso dar alcance. Mientras descansaba a quinientos metros del retiro de Otum-Taha, un fuerte viento arrastró el penetrante humo de la gran pipa del «quemador de tabaco».

Esono Nguema, que así se llamaba el cazador, percibió el olor y dedujo que no lejos alguien estaba fumando. Ráfagas sucesivas lo fueron orientando, hasta encontrarse frente a frente de Otum-Taha. ¿Era cierto lo que veían sus ojos? ¿No se trataba de un fantasma? A Ndon Mba le daban por muerto ya hacía años...

Sacando fuerzas de flaqueza, Esono dirigió el saludo a Otum-Taha. Este, contrariado, no le contestó palabra, por haber alterado su vida tranquila y, además, era Esono de los que más le pedían de fumar.

Esono, que había pasado todo el día sin probar el tabaco, no pudo resistir a la tentación, y pidió por favor a Otum-Taha que le diese un poco de lo que él tan pródigamente consumía. El ruego del cazador fue desoído por Otum-Taha que, desdenoso se encaminó a la plantación de tabaco.

En el sitio donde estaba sentado Otum-Taha quedó una hoja de tabaco que Esono Nguema cogió para liar un cigarro. Cuando Otum-Taha le vio, montó en cólera y saltó sobre Esono, con intención de castigar su osadía. A falta de otro instrumento, Otum-Taha pretendió golpear a Esono con su gran pipa. Este esquivó el rudo golpe, que fue a dar de lleno en el muro de la gruta.

Al instante se produjo una tremenda explosión. El lugar se quedó en tinieblas, nadie sabe cuanto tiempo. Cuando reinó la claridad los dos protagonistas, asombrados, pudieron contemplar un montón de monedas de oro que sumaba miles de millones. Nuevas monedas seguían lloviendo del cielo y acrecentando la suma... ya les llegaba a las rodillas, ahora a los muslos...

Entonces se entabló entre ambos una acolarada disputa

sobre a quién de los dos pertenecía el tesoro. Ahí los dejaremos discutiendo hasta hoy; pero te preguntamos a ti, amable lector, ¿a cuál de ellos juzgas propietario de tamaña riqueza?

# El Dios de la montaña

Érase un hombre muy sobrio que vivía con sus hermanos en un poblado, cruzado por la carretera de Niefang a Evínayon. Como era diestro cazador, tanto con el arco como con las trampas, decidió trasladarse al corazón de la selva, rico en las más variadas especies de animales.

En pocos días, plantó su choza a orillas de un cristalino y lento arroyo que circunda en forma de herradura una elevada colina. Concluidos los trabajos de acomodación, empezó sus incursiones, en busca de carne fresca. El primer día, cazó un grácil antilope y un pangolín. Cargó con ellos y, contento, los llevó a casa, donde su mujer, entendida en guisos, los cocinó con exquisitez, y comieron opíparamente el día siguiente. Pero nuestro cazador, a pesar de ser parco, quería comer solo los animales que cazaba.

Una mañana lluviosa, al rayar el día, salió a examinar las trampas colocadas dos días antes. En la primera encontró atrapada una vieja tortuga. La echó auestas, pensando para sus adentros: «Con ella voy a engañar a mi mujer»; y, dirigiéndose al astuto animal, le propuso amablemente:

— Te perdono la vida; te dejaré en lo alto de la colina, donde tendrás tu morada; te llamaré «dios de la montaña», y siempre que te pregunte: «¿Quién ha de comer el animal?», responderás: «El hombre».

Así lo convinieron. Al siguiente día, el botín de la caza fue: una marmota, un lince y un zorro. Como de costumbre, la mujer aderezó las comidas con picantes salsas; pero, antes de comer, dijo el marido:

— Mujer, ya sabes que el «dios de la montaña» nos protege; conviene, pues, que le preguntemos quién ha de comer el guiso.

La mujer, tomando a chacota la propuesta, preguntó:

— ¿Dónde habita ese dios que dices?

— ¿Ignoras acaso —respondió el esposo— que los dioses moran en las cumbres de las montañas? Precisamente, en lo alto de esta colina vive uno de ellos; y, saliendo fuera, gritó de este modo:

— ¡Oh «dios de la montaña»!, permíteme que ose preguntarte: ¿Quién ha de comer la carne que preparó mi mujer?

— Es el hombre y no la mujer, —contestó una voz lejana.

— Si queremos ser felices, —argumentó el cazador— hemos de cumplir lo que manda el dios; por eso, comeré yo solo las comidas.

Dos días después, cazó un ágil mono y un erizo. La mujer los condimentó con salsa de cacahuete y envuelto de plátano. A la hora de comer, mandó a su marido que preguntase al «dios de la montaña» quién debía comer las viandas, confiando que le tocaría el turno a ella. La súplica fue la de siempre:

— ¡Oh «dios de la montaña»!, permíteme que ose preguntarte: ¿Quién ha de comer la carne que ha preparado mi mujer?

La respuesta no se hizo esperar, idéntica también a las anteriores:

— Es el hombre y no la mujer.

La mujer callaba, soportaba y esperaba su turno; pasaban los meses y éste no llegaba. Ya estaba en los huesos; había que tomar una resolución, de lo contrario, moriría de hambre. «Me iré —se dijo— a visitar al «dios de la montaña». Dicho y hecho.. Tempranito, cargó con el encué y los enseres de la pesca. A las pocas horas, había pescado varios kilos. Bien cocinados, los metió en una cacerola de sopa con salsa de cacahuete, plátano cocido... y con una botella de topé.

Con las comidas comenzó a escalar la colina, en busca de la residencia del «dios de la montaña». En la cima, descubrió un hoyo de medio metro de profundidad. Miró atenta a su fondo y vio agazapada una tortuga, a la que preguntó, intrigada, si era «el dios de la montaña». Ante la respuesta afirmativa, dijo la mujer:

— ¿Acaso las mujeres no somos criaturas tuyas? ¿Cómo siendo seres vivos podemos vivir sin comer? ¿Por qué únicamente puede comer los animales el hombre?

Sin esperar contestación, sirvió las comidas a la tortuga que las comió con apetito y agrado; también bebió las dos terceras partes de la botella de topé. Una vez satisfecha, habló así a la mujer:

— Tampoco yo comía nada; a ejemplo tuyo estaba langui-

deciendo de hambre; pero, como me has alimentado, vete tranquila, pues las cosas cambiarán.

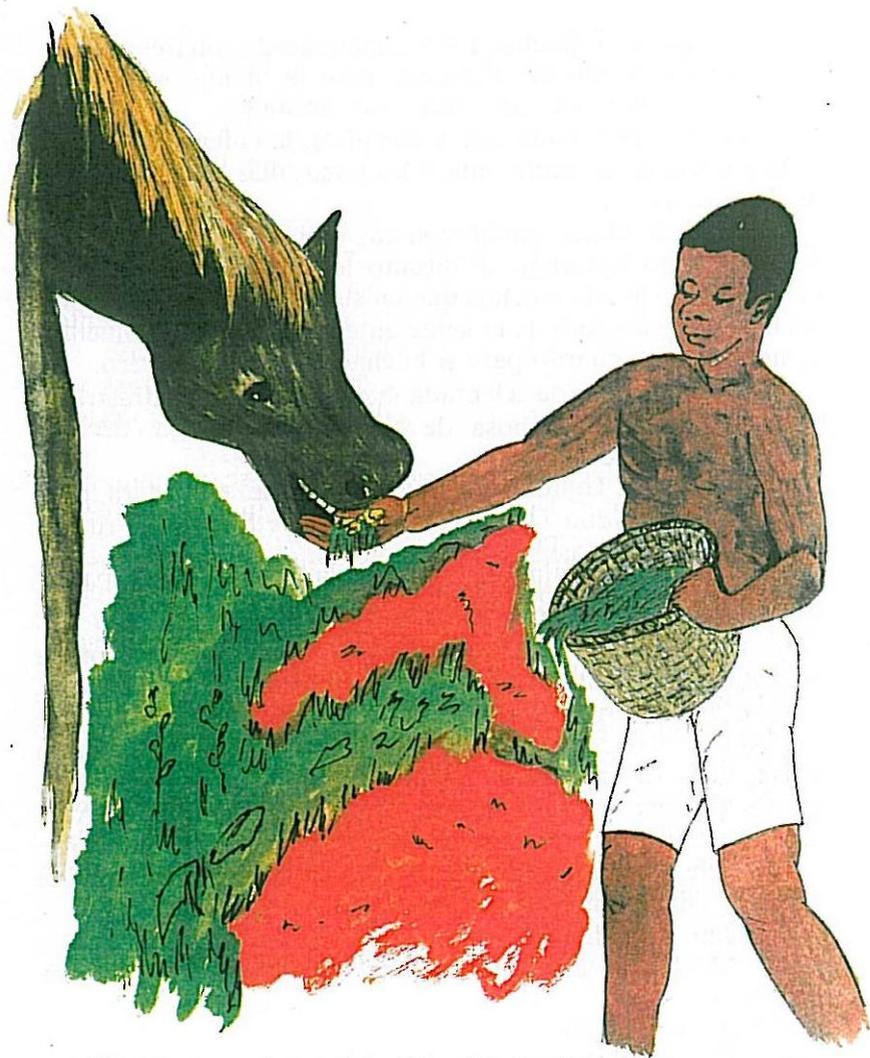
De regreso, encontró que el marido había cazado un corpulento jabalí, un pangolín y una graciosa ardilla. Los guisó en secreto con las mejores salsas y el picante más exquisito del país. A la hora de comer, el hombre frugal formuló la pregunta habitual:

— ¡Oh «dios de la montaña»!, permíteme que ose preguntarte. ¿Quién ha de comer la carne que preparó mi mujer?

— Esta tarde —respondió la divina voz— será la mujer y no el hombre.

Indignado el cazador de la prohibición y viendo que se le escapaba el apetitoso banquete, cogió su arco; subió a la colina y mató a la desprevenida tortuga, que fue dios por corto tiempo.

# Ugula



Egambe era el nombre del poblado. Dos jefes compartían la autoridad en el mismo: Ndjambua Ngongo, en el barrio norte; y Ndjambua Diko, en el sur.

Ndjambua Ngongo tenía dos mujeres: una de edad madura, de la que tenía un hijo llamado Ugula, la otra mujer era aún

jovencita; su fortuna no era crecida, pero poseía una gran bondad natural, malograda, en parte, por el vicio de la mentira.

Por su parte, Ndjambua Diko estaba casado con tres mujeres y disfrutaba de muchas riquezas; pero la maldad y avaricia, estaban presentes en casi todas sus acciones.

Cuando Ugula tenía diez y seis años, la enfermedad llamó a las puertas de su padre, que, a los pocos días, moría rodeado de los suyos.

Ndjambua Diko, acudió con sus mujeres al entierro de su colega. Como homenaje al difunto le regaló una chaqueta y un sombrero de los muchos que en su casa tenía. Ugula aprovechó el nerviosismo de la gente en esos dolorosos momentos y, sin ser visto, guardó para sí la chaqueta y el sombrero.

A los dos meses de celebrada la defunción, la madrastra de Ugula, la jovencita esposa de Ndjambua Ngongo, decidió regresar a su poblado.

La madre de Ugula la persuadió para que se quedara, pues deseaba casarla con Ugula. Tales y tantos fueron los ruegos que la jovencita aceptó.

De las varias cualidades que Ugula heredó de su padre destacaban la falsedad y astucia, que cultivaba, día tras día, entre sus paisanos: hoy les quitaba esto; mañana, les cambiaba lo demás, pero siempre con engaño y en provecho propio.

Cierto día, Ugula no tenía qué llevar a la boca ni a la de sus hijos. Entonces, acudió a la siguiente estratagema. Buscó donde pudo un puñado de pepitas de oro. Las mezcló con los granos de trigo y consiguió que su caballo las comiese. Acto seguido, se presenta en casa del jefe Ndjambua Diko y le dice:

— Jefe, ya no quiero este caballo; te lo cambio por doce vacas y cinco sacos de arroz.

El Jefe le contestó:

— Me sobran caballos. No puedo aceptar el trato que me propones.

Ugula le replicó:

— Este caballo tiene algo especial; y si no, vas a comprobarlo.

Dio unas ligeras palmadas en el lomo del noble animal que, al instante defecó, junto con los excrementos, las pepitas de oro. Deslumbrado el codicioso Ndjambua Diko, convino inmediatamente en el cambio.

Sin pérdida de tiempo, partió contento el embustero Ugula, llevando por delante la manada de vacas y la carga apetitosa del arroz. No duró mucho su dicha, porque se coge antes a un mentiroso que a un cojo.

Pasados tres días, Ndjambua Diko necesitaba oro para sus compras. Acudió esperanzado a la cuadra del maravilloso caballo, que tenía bien guardado, y ¡cuál no fue su decepción al comprobar que los excrementos eran como los de los demás caballos!

Montó en cólera el avaro jefe y mandó llamar a su presencia a Ugula; sin darle oportunidad para defenderse le dijo Ndjambua Diko:

— En pago de tu engaño, serás ajusticiado dentro de tres días.

Por vez primera Ugula tuvo miedo de la cercana muerte. ¿Cómo podría escapar de sus garras? Como una gracia final, pidió permiso al jefe para ir a despedirse de su madre y familia. El jefe se lo concedió.

Llegado a casa, Ugula llamó aparte a su madre y le dijo:

— El día de mi ajusticiamiento, te presentarás con un amplio vestido, capaz de ocultar un pato sin que se note. El pato lo esconderás contra tu pecho y su cuello lo mantendrás unido al tuyo. Cuando llegues ante el jefe, le pedirás que me perdone. Lo demás corre de mi cuenta. Cuando yo te lo mande, te levantas y no vuelvas la vista».

La madre dijo que sabía la lección y Ugula regresó a la cárcel, en espera de la ejecución.

Amanecía ya el tercer día. Muchos curiosos iban acudiendo al lugar del suplicio. Los verdugos estaban ya prestos a ejecutar la sentencia. Faltaba poco para que el jefe Ndjambu Diko levantase la mano para dar la señal fatídica.

Corriendo, gritando, el rostro húmedo por las lágrimas llega la madre del reo. De rodillas ante el gran jefe pide suplicante el perdón de su hijo. Ugula no dió tiempo a su madre para concluir la súplica. De un salto se plantó ante ella y, con habilidad pasmosa, cortó el cuello al pato.

Con no menor astucia simuló la madre caer muerta, bañada en su propia sangre. Ugula, como arrepentido del parricidio, ordenó a su madre que se levantase y se fuese a casa. Esta se puso de pie al instante y, sin volver la vista atrás, emprendió el sendero de su choza.

Las numerosas personas que esperaban curiosas la ejecución de Ugula quedaron presas: unas de admiración, otras de miedo, aquéllas de pánico... Estas tomaron a Ugula por hechicero; no faltaron quienes lo consideraron *nigromante*.

El más intrigado de todos fue Ndjambua Diko quien a solas con Ugula le rogó que le explicase el prodigio:

— Muy sencillo, jefe, —contestó Ugula; con este puñalito mágico podrás dar muerte y resucitar luego a quien lo desees. Bastará que digas a la víctima: Levántate; y aquí no habrá pasado nada.

El jefe, lejos de imaginar los engaños que le iba tendiendo Ugula y las terribles circunstancias en que le ponía, no sólo le perdonó la vida, a cambio del mágico puñal, sino que le regaló otras cinco vacas y tres sacos de arroz.

Ugula, consciente de los desmanes irreparables que cometería con el puñal mágico Ndjambua Diko y temeroso de la suerte que por ello le esperaba, cuando llegó a su casa, fue en busca de un nuevo cuchillo y lo escondió en el seno.

Pasadas dos semanas, el jefe tuvo una larga riña con una de sus mujeres. Sin pensárselo dos veces, dio a la mujer una mortal puñalada. Entonces, a ejemplo de Ugula, dijo el jefe a la difunta:

— Levántate y vete, pues ya no te quiero ver más.

Otra y otra vez repitió con más fuerza las mismas palabras. La mujer seguía inmóvil en un charco de sangre.

Enfurecido el jefe mandó a sus hombres que le trajesen nuevamente a Ugula. Esa vez la sentencia sería rápida y definitiva:

— Que se le meta en un saco y se le arroje al profundo lago, cercano al lugar; que sus aguas acaben con su falsedad y astucia.

Mientras conducían a Ugula al lugar de la ejecución, tuvo tiempo de esconder la pequeña navaja en su puño. Los verdugos, llegados a donde el agua es más profunda, arrojaron el saco cargado de alimañas, seguros, por fin, de la muerte de Ugula.

La navaja de Ugula entró en acción y no dio tiempo a que el saco llegase al fondo. Como buen nadador que era, llegó pronto a los manglares de la orilla. Al anochecer, sin ser notado, llegó a casa y contó a su madre y a la futura esposa todo lo ocurrido. Todos en casa guardaron riguroso secreto y

Ugula permaneció dos semanas tramando otro engaño.

Un día, muy de mañanita, ataviado con la chaqueta y el sombrero que Ndjambua Diko había regalado a su difunto padre, se escondió entre los manglares del lago.

Allí vino una de las mujeres del jefe a echar los desperdicios. Al acercarse a las aguas, observó que estas se movían y notó que la mano de una persona emergía de ellas. Asustada regresó a casa gritando:

— Socorro, socorro; he visto un fantasma.

Por curiosidad acuden los habitantes del poblado, al lugar del portento. Entonces aprovecha Ugula para salir de su escondite medio acuoso y medio selvático. Todos, al verlo, huyeron gritando despavoridos:

— «Ugula se ha convertido en fantasma».

Enterado el jefe quiso cerciorarse personalmente de quién y cómo era el fantasma. Y pudo ver a Ugula que, empapado en agua del lago y con amable sonrisa, le dijo:

— No te asustes, Ndjambua Diko, soy Ugula en persona y no un fantasma, como piensas falsamente. ¿Verdad que conoces esta chaqueta y este sombrero?

— Sí, son los que regalé en el entierro a tu difunto padre.

— Pues bien, —replicó Ugula— es mi padre quien me los ha dado, y me ha enviado a decirte que te apresures a ir para allá con el fin de que te inmortalicen y te aconsejen sobre la forma mejor de desempeñar tu jefatura —si no cumples lo que ellos te sugieren, enviarán a los genios quienes prenderán fuego a tu poblado, y ni uno de sus habitantes se salvará.

El jefe, seguro como estaba de la muerte de Ugula, no dudó ni por un instante de la verdad de las palabras del impostor, al que preguntó:

— ¿Qué tengo que hacer para llegar a donde ellos están?

— Métete en un saco —dijo Ugula—, que te echen en las aguas del lago. Irás a caer en la puerta de tu mujer, recientemente muerta.

Dócil Ndjambua Diko al consejo de Ugula, convocó a todos los suyos y les habló así:

— «Familiares, amigos, guardias, pueblo todo, yo me voy ante mi padre. Durante mi ausencia Ugula ocupará mi puesto, mis bienes y mis mujeres».

Todos esperanzados le acompañaron luego hasta las tran-

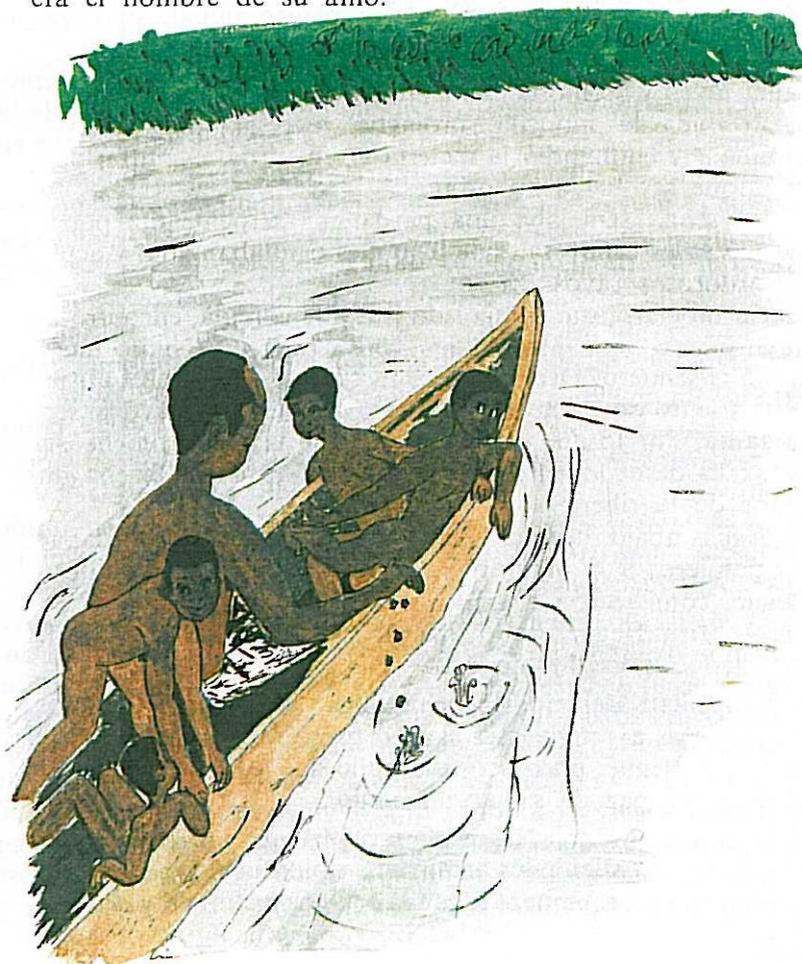
quilas y silenciosas aguas del lago. Ugula, en cambio, se apresuró a ir en busca de su madre y de su futura esposa, quienes, a partir de aquel día, se convirtieron, respectivamente, en la madre y en la mujer del gran jefe Ugula.

# El astuto Negué Esaboy

Negué Esaboy era un criado joven, inteligente y astuto. Un día, propuso a su amo:

— Señor, si Vd., quiere, puedo procurarle una esposa hermosa y joven, sólo por un epkwele.

— No es posible que lo consigas, le respondió Nsue, que era el nombre de su amo.



Pasaron los días. La promesa de Negué Esaboy fue trabajando en la mente de Nsue. ¿Y si podía lograr una esposa por sólo un epkwele? ¿Por qué no intentarlo?

El sol caía vertical sobre el poblado. Era el momento de la siesta. Nsue llamó a Negue y le dijo:

— Si consigues casarme con una mujer joven y hermosa por sólo un epkwele, pasarás tú a ser señor y yo seré tu criado.

Negué pasó una semana rumiando cómo podría cumplir la promesa que había hecho a su amo. Mientras cultivaba las calabazas, los cacahuetes y las yucas de su amo, daba vueltas en su cabeza a planes y más planes. Un día se dijo: Ya lo tengo. Fue ante Nsue, a quien habló así:

— Ha llegado el momento de que vaya a buscarte una mujer joven y hermosa. Dame, pues, el epkwele prometido.

Recibida la moneda, prometió regresar antes de una semana... y emprendió la incierta y temeraria aventura; pero tenía que ser fiel a su promesa.

La senda semejaba una parda boa serpenteante por la selva. Verdes cañaverales de bambúes ocultaban aquí y acullá los ardorosos rayos del sol.

En un claro, que había sido finca de comida, encontró un grácil papayo con sabrosas papayas a punto. Le quitó una y siguió el sendero. Declinaba el sol, cuando llegó a un transparente y lento río en cuyas aguas lavó sus pies y refrescó su seca garganta. Por lo que pudiera ocurrir en la oscura noche que avanzaba desde los altos montes, se llenó los bolsillos con guijarros de la ribera.

Aguas abajo, llegó al lugar donde una balsa trasbordaba a los pasajeros a la otra orilla. Apenas vieron los chiquillos a Negué, comenzaron a gritar:

— Mira, Negué Esaboy; Negué Esaboy... lo pasaremos del otro lado. Y así lo hicieron.

En mitad del río, los chiquillos, de natural traviesos, comenzaron a remover el cayuco para infundir temor en el pecho de Negué, poco acostumbrado a estos lances y, por de pronto, incapaz de salvarse a nado.

A pesar de todo, Negué conservó la calma. Sacó los guijarros de los bolsillos y los arrojó con violencia al fondo del río. Inmediatamente, empezó a gritar con voz lastimera y lágrimas en los ojos:

— Por la agitación del cayuco todo el dinero que llevaba de mi amo se me ha caído en el fondo del río. Vosotros sois los culpables. ¿Qué será de mí ahora? Y seguía llorando amargamente.

Llegado al poblado de los cinco muchachos del cayuco, convocó a sus padres; les explicó lo ocurrido y les pidió que fuesen a rescatar de las aguas el dinero perdido; o bien, que cada familia le abonase cinco mil bipkwele, cantidad que habían engullido las aguas por culpa de sus atolondrados hijos. Los padres optaron por la segunda solución. Ya tenemos al astuto Negué con veinticinco mil bipkwele en el bolsillo.

Al siguiente día, Negué, rendido por la larga caminata, entró, según la costumbre guineana, a descansar en el abaá; a su lado dejó la madura papaya, cogida el día anterior. Un vigoroso gallo que vio la papaya a mano comenzó a picotearla y la dejó inservible.

Cuando despertó Negué y se percató de los estropicios del gallo, comenzó a preguntar a grandes voces por el dueño del cantor de la mañana. Como es habitual en los poblados pequeños, no tardó en presentarse el dueño, al que Negué dijo:

— Mi amo, señor de estos lugares, me envía para que le compre papayas, que le gustan mucho, y mire su gallo lo que ha hecho. ¿Qué haré ahora?

Temeroso el buen campesino, le entregó el gallo, pues no tenía otra cosa que ofrecerle.

Serían las tres de la tarde cuando Negué llegó a las cercanías del tercer poblado de sus andanzas. Un grupo de personas, silenciosas y tristes semejaban estatuas de sal. ¿De qué se trataba? Estaban apunto de enterrar a una jovencita y hermosa mujer. Nadie, por miedo y respeto, se atrevía a tocar el cadáver. Negué Esaboy se les ofreció para dirigir el entierro; pero tiene que ser, les dijo, durante la noche; no a la luz del día. Los afligidos parientes y amigos de la hermosa jovencita convinieron en ello.

En una noche sin luna con las altas estrellas por testigos, sólo el sepulturero y Negué acompañaron a la hermosa jovencita hasta la fosa. Allí la depositó el sepulturero y, a los pocos instantes, Negué cargó con el ataúd y, al rayar el alba del día siguiente, llegó al cuarto poblado.

La verde cortina de unos bambúes dio cobijo y sombra al cadáver de la hermosa joven mientras Negué maquinaba el remate de su aventura. Este poblado estaba bajo los dominios de otro señor, amigo del amo de Negué. Este le pidió hospedaje para él y para una de las mujeres de su dueño a la que acompañaba. Gustoso dio orden el señor de que hospedasen como reclamaba su amistad a los ilustres viajeros.

Negué advirtió a la gente curiosa del poblado que su señora no quería dejarse ver, hasta que al día siguiente estuviese ataviada como correspondía a su dignidad. Respetuosos a este deseo, cada cual se retiró a su casa, esperando la salida del sol, para conocer y agasajar a sus huéspedes.

Inmediatamente, Negué, con la prontitud y astucia que le caracterizaban, corrió en busca del cadáver de la hermosa joven. Sin ser visto, lo introdujo en la casa que les dieron para pernoctar. De una de las paredes pendía un agudo y cortante sable. Negué lo descolgó y con la rapidez del fulgurante rayo lo envainó en el delicado pecho de la hermosa joven.

Con simulado horror, saltó a la calle y al primer hombre que vio pasar lo agarró fuertemente y comenzó a gritarle:

— ¡Asesino, asesino, no te escaparás asesino!

El inocente lugareño se vio al instante rodeado de ojos inquisidores en la oscuridad. Antes de que el inculgado pudiese defenderse, ya Negué había dicho a los concurrentes:

— Este caballero quiso solicitar a la señora que acompañe y ante la negativa de ella, le clavó un penetrante sable en el pecho. Ahí dentro está, si queréis cercioraros de la verdad.

Todo el poblado se alborotó y apoyó la petición de Negué que consistía en que el presunto asesino le diese otra mujer joven y al menos tan hermosa como la asesinada.

La exigencia parecía justa y, así, el inocente tuvo que entregarle a una de sus sobrinas, joven, doncella y hermosa.

Ya Negué había logrado sus objetivos. Regresó a donde su amo con una joven y hermosa doncella; con un gallo y con veinticinco mil y un epkwele de sobra.

El señor su amo, que fue fiel a su palabra, se convirtió en su servidor y Negué sigue mandando aquella región, hasta la fecha.

# Voy cargado con una montaña

Hace muchísimos años, vivía un hombre llamado Edú Mañé que se casó con una bella joven, por nombre Adá Oná; ambos vivían felices y contentos en su aldea de Nké-Nvem.

A este matrimonio pobre, pero honrado, Dios lo bendijo con cuatro hijos, cuyos nombres fueron, Nguema Edú, Esono Edú, Ondo Edú y Obama Edú.

Un día Edú Mañé se puso enfermo de muerte, y, después de dos días de penosa agonía, ese hombre honrado entregaba su alma al Creador.

La pérdida de su esposo supuso para Adá Oná y sus cuatro hijos un contratiempo irreparable. ¿Quién proveería, en adelante, a su subsistencia, si la herencia que les legaba el difunto era hartó exigua? ¿Quién cuidaría de la educación y futuro de los cuatro niños que a la sombra del padre prometían perpetuar y enaltecer la familia?

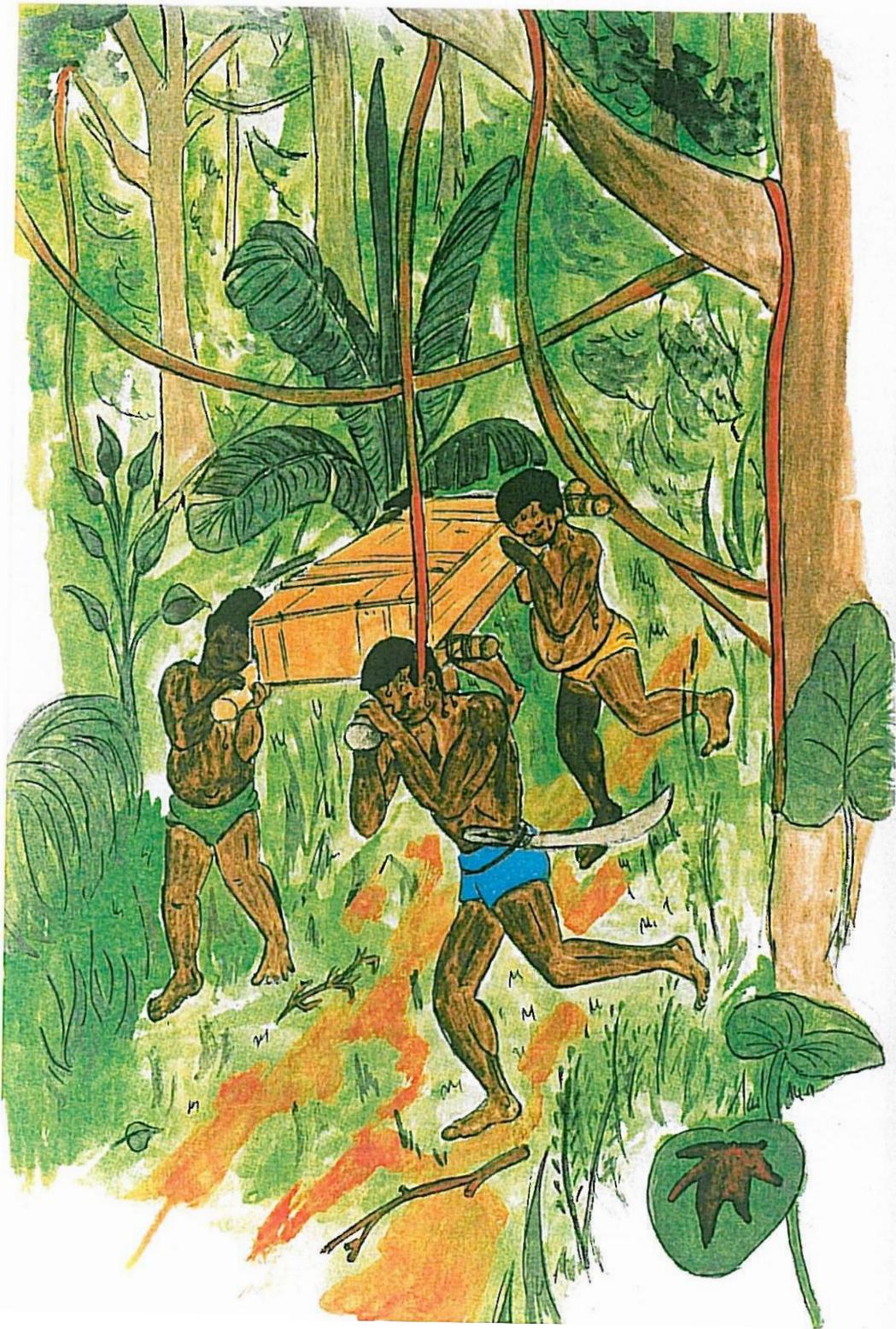
Estas y otras preguntas, sin respuesta, provocaron una irreversible enfermedad en Adá Oná, que en pocos meses consumió su vida, como se agosta la yerba en la seca. Con la desaparición de la madre los cuatro muchachos quedaron completamente desamparados. ¿Quién cuidaría de ellos, si no tenían parientes directos?

Una noche, Edú Mañé apareció en sueños al primogénito y le dijo:

— Mañana con tus hermanos os dirigiréis al monte Nvom, situado al Norte de vuestra aldea. Al pie de la montaña, encontraréis una caja grande, envuelta en gruesos sacos.

En ella se encierra un tesoro, suficiente para que vosotros y vuestros descendientes podáis vivir holgadamente largos años. Cargad los cuatro con ella; no la abridéis hasta llegar a casa y eso con las puertas y ventanas bien cerradas. Si durante el viaje alguno os pregunta con qué vais cargados, le responderéis: «*VAMOS CARGADOS CON UNA MONTAÑA*».

A la mañana siguiente, Nguema Edú contó a sus hermani-



tos la visión y el relato de su padre. Inmediatamente, contentos, emprendieron los cuatro hermanos la marcha hacia el monte del fabuloso tesoro.

Después de doce penosas horas de andar por los intrincados senderos del bosque, llegaron a las faldas del monte Nvom. A los pocos minutos de búsqueda, dieron con la anunciada caja, grande y rectangular, envuelta en burdos sacos. Cuatro gritos de alegría encontraron unísino eco en las vecinas montañas.

En un principio, pensaron cargarla entre dos, con el fin de irse relevando, pero fue inútil: la caja pesaba demasiado. Cortaron dos resistentes ramas y a modo de angarillas, la pusieron sobre sus tiernos hombros. El camino de regreso les resultaba naturalmente, más largo y dificultoso que el de ida.

Cuando pasaban por el primer poblado, uno de los vecinos, admirado del esfuerzo que acusaba el rostro de los portadores, les preguntó:

— ¿Qué lleváis ahí que pesa tanto?

Nguema Edú le respondió:

— «*VOY CARGADO CON UNA MONTAÑA*».

Esta respuesta egoísta llenó de indignación a los hermanitos; pero se repusieron prontamente, pensando que se trataba de un lapsus de su hermano.

Al pasar por la segunda aldea, varias personas, reunidas en la casa de la palabra, quedaron sorprendidas, al contemplar el aspecto cansado y sudoroso de los cuatro hermanos, oprimidos por la pesada caja. El de más edad les preguntó:

— ¿Qué lleváis ahí, que pesa tanto?

Nguema Edú contestó, al instante:

— «*VOY CARGADO CON UNA MONTAÑA*».

Idéntica escena se repitió, al cruzar un río, en cuyas claras aguas las mujeres lavaban la ropa; y con dos curiosos viandantes a quienes cruzaron en el camino... siempre Nguema Edú:

— «*VOY CARGADO CON UNA MONTAÑA, VOY CARGADO CON UNA MONTAÑA*».

Faltaban sólo dos kilómetros para llegar a Nke-Nvem. Los hermanitos solidariamente y sin previo concierto soltaron la caja que cayó pesada al suelo, al tiempo que unánimemente increpaban a su hermano:

— Los cuatro hemos ido en busca del tesoro; los cuatro lo

encontramos y preparamos su transporte; los cuatro soportamos el peso de la caja... pero, siempre que hemos sido interrogados, tu contestación ha sido la misma:

— «*VOY CARGADO CON UNA MONTAÑA; VOY CARGADO CON UNA MONTAÑA*».

Quédate, pues, con tu carga; nosotros nos vamos: Y lo dejaron solo, sin esperar respuesta.

Nguema Edú intentó, desesperadamente, llevar solo la pesada y preciosa carga. Varias fueron las tentativas, mas el resultado fue siempre el mismo: ¡imposible!

La prohibición de abrir la caja en el camino era tajante. ¿Qué hacer, pues? ¿Saldría, por una vez, falso el hado? Nguema Edú, espantado y temeroso, hizo pedazos la misteriosa caja, y ¡oh dolor!, vio cómo se esfumaban, plata, oro y piedras preciosas en cantidad asombrosa.

El egoísmo y la ambición no sólo dañan a nuestros semejantes, sino también a nosotros mismos.

# Anita y los elefantes

Anita Nchama era una niña de doce años. Vivía en un pequeño poblado de Guinea Ecuatorial. Una mañana de sol radiante, salió, como de costumbre, a pescar en el río. Tomó los utensilios de pesca: la red, el plato y el machete. Llegó al riachuelo que calma la sed de los habitantes del poblado; se quitó las pobres sandalias —no llevaba medias— y se dispuso a pescar, al estilo del país.

La suerte la acompañó: pescó lo suficiente para la cena de toda la numerosa familia y para comer el día siguiente. Estaba tan entretenida en la pesca que, cuando se dio cuenta, era ya media tarde y sintió mucha hambre.

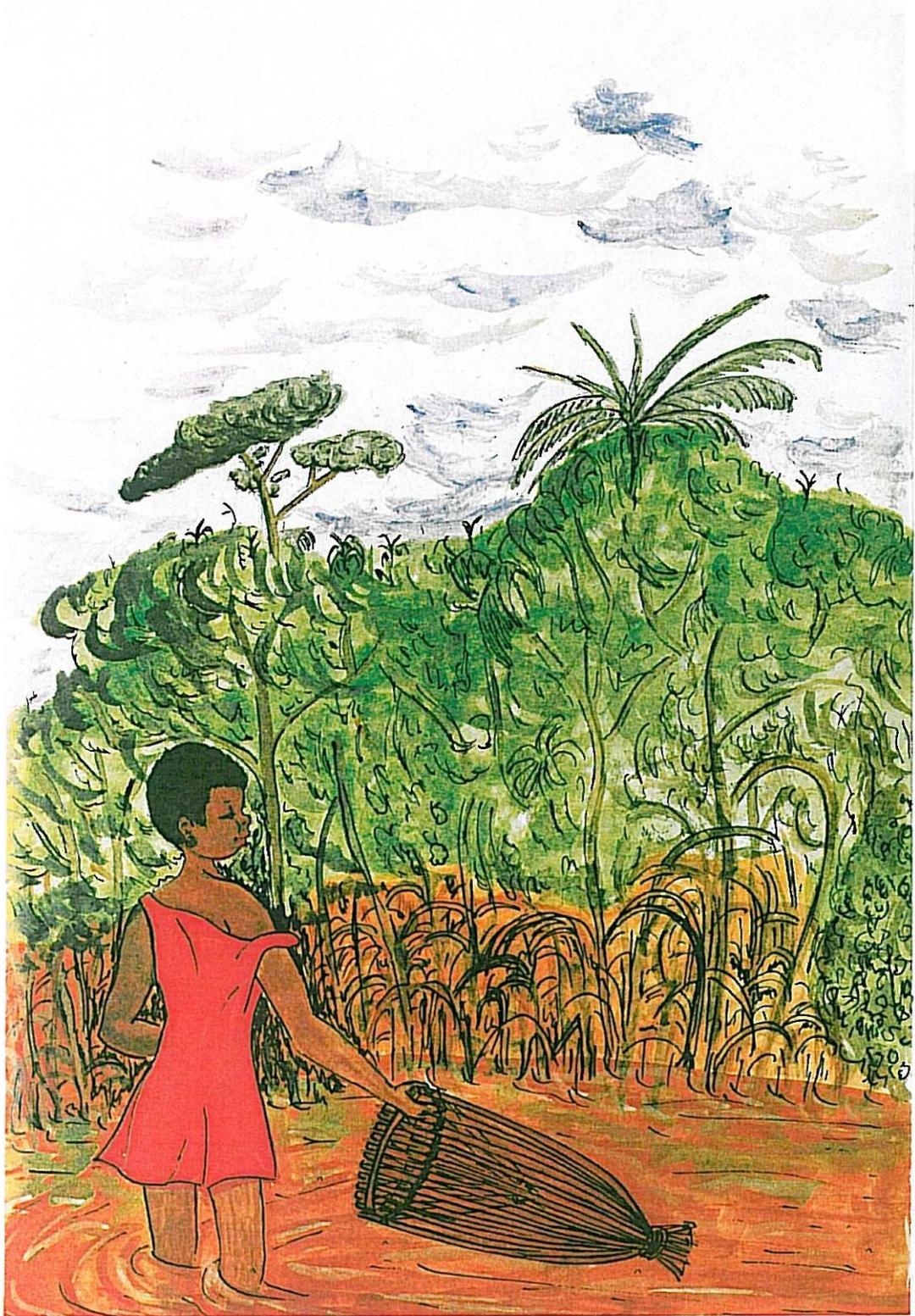
Recogió los utensilios y la pesca y emprendió el regreso al poblado. Distraída, quizá por el hambre y el sol cegador de largas horas, tomó un sendero distinto del acostumbrado.

Anduvo y anduvo por la selva, y el poblado no llegaba. Al caer el sol, se encontró, asombrada, a las puertas del poblado de los grandes elefantes. Valiente como era, entró en casa de uno de ellos. La puerta era muy grande; las habitaciones, enormes, y el recibidor, inmenso. El dueño de la casa estaba sentado en una descomunal silla. Anita, admirada, le habló así:

— ¡Oh!, ¡qué grandes y qué guapos sois los elefantes! ¡Qué hermosos colmillos tenéis! ¡Qué extenso y qué limpio es vuestro poblado! Me gustaría vivir con vosotros muchos, muchos días. Mis amigas dicen que a ellas les gusta comer carne de elefantes; pero yo sólo quiero contemplar vuestra belleza y disfrutar de vuestra compañía y amistad.

El elefante, que debía ser el jefe, comunicó a los demás lo que le había dicho Anita. Se pusieron muy contentos: agitaban las largas trompas, enseñaban los blancos dientes, cantaban y bailaban alrededor de Anita. Le dieron muy buena cena y la tuvieron como huésped de honor varios días.

Al cabo de unos días, Anita se acordó de que sus papás la estarían buscando, apenados. Corrió a casa del elefante jefe y le dijo que deseaba volver al lado de sus papás, pues estarían sufriendo por su ausencia.



Los grandes elefantes encontraron sus razones justas, y, aunque la querían mucho, la dejaron marchar a casa de sus papás. Pero, al despedirla, la llenaron de regalos: pendientes, collares, pulseras de marfil, vestidos vistosos de seda, finos zapatos y muchos y grandes colmillos de elefante. ¡Qué contenta estaba Anita!

Al llegar al poblado, contó a sus papás y sus compañeros cuánto había disfrutado, y lo bien que la habían tratado los grandes elefantes. Sus papás vendieron los colmillos y fueron muy ricos.

Otra niña del poblado, deseosa de tener la misma suerte, salió, intencionadamente, de pesca. Siguió, casi punto por punto, lo que había oído contar a Anita y, como ella, se encontró en el extenso poblado de los grandes elefantes. Al verlos exclamó:

— ¡Qué grandes sois! A mí me gusta mucho comer la carne exquisita de los elefantes.

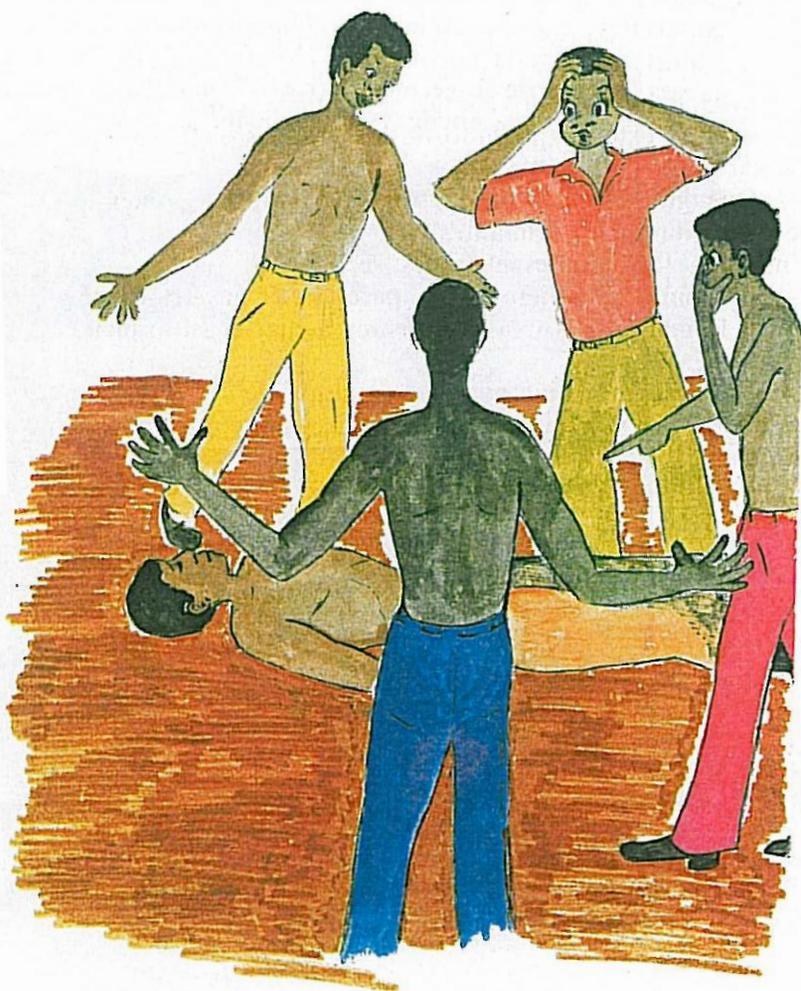
Entonces, los grandes elefantes se dijeron:

— Esta niña nos quiere matar, para comer nuestra carne. Nosotros la mataremos y la comeremos a ella. Y así lo hicieron.

De esta forma, la niña avariciosa e imprudente, en vez de conseguir regalos y colmillos, como Anita, pagó con la vida su imprudencia.

# Los cuatro ignorantes

En lo más intrincado de la selva guineana vivían cuatro jóvenes de edad aproximada y de parecidos gustos: amaban aventura. Sus nombres eran significativos de sus futuras andanzas: Ondunduga (bruto), Akumya (famoso), Nyem Ma (inteligente) y Eman Bot (linchador).



Cierta noche Nyem Man (inteligente) tuvo un sueño en el que vio una vasta y populosa ciudad, que distaba no menos de cuatrocientos kilómetros de su mísero poblado; pero en la ciudad soñada se hablaba una lengua distinta del dialecto que ellos usaban. Al despertar de su agradable y profético sueño, exclamó: ¡Aquí a Zam! (Dios mío).

Le faltó tiempo para comunicar, por la mañana, a sus amigos lo soñado. ¿Deberían ponerse en camino, en busca de la ciudad fantástica? Las razones convincentes de Nyem Man disiparon las posibles dudas. A los cuatro días, los cuatro amigos emprendían el camino con rumbo desconocido.

Pronto se les agotaron las provisiones con que salieron de casa; suerte de la hospitalidad de los pueblos fang y de los frutos que, aquí y allá, encontraban en el camino.

Al cabo de dos semanas, después de recorrer enmarañadas sendas y abandonadas trochas de madereros, de cruzar rápidos arroyos y ríos caudalosos, de subir y bajar por pendientes escabrosas, dieron vista a la ciudad, que días pasados fue soñada por Nyem Man, que hacía honor a su nombre.

A punto estaba el sol de ocultar su rostro tras las nemorosas montañas, cuando nuestros viajeros llegaron a una de las puertas de la ciudad: eran seis las que por la noche la protegían de peligros exteriores. Antes de cruzarla, Nyem Man dijo a sus compañeros:

— Los habitantes de esta ciudad hablan una lengua desconocida. Tendréis que ir a donde haya gente conversando; cuando entendáis una palabra o una frase, la anotáis y así podremos encontrar fácilmente trabajo. Por mi parte, no tendré dificultad, pues, como soy inteligente, a la primera cogeré la conversación.

Les pareció bien el consejo de Nyem Man, por algo era el sabio del grupo. Se esparcieron por la ciudad y hacia las ocho de la tarde se encontraron, como habían quedado, en la plaza Mayor de la ciudad. Estaban satisfechos de su primera experiencia; cada uno sabía ya algo del enigmático idioma de la ciudad. El que más había entendido, como es natural, fue Nyem Man. Había presenciado una riña y le quedó grabado lo que uno de los contendientes dijo al otro: «¡Eres un infame, cállate cochino!».

Ondunduga, a su vez, cogió la palabra «nosotros»; Akumya, descifró: «porque queremos»; y Eman Bot casi ganó a

Nyem Man, al descifrar: «Llévanos a donde quieras, somos perdonavidas».

Con tan escasos conocimientos ya se creían en posesión del desconocido idioma de la ciudad. ¡Tal era su necia presunción!

Calle Mayor abajo, comenzaron a echar planes sobre el futuro trabajo. Tan absortos iban en el tema, que Eman Bot tropezó con el cadáver de una persona recién asesinada. Lo insólito del caso dejó petrificados por unos instantes a los cuatro jóvenes. Aun no habían salido de su asombro, cuando se acercó un agente del orden y les interrogó:

— ¿Quién ha asesinado a este hombre?

— Nosotros; —respondió Ondunduga.

— ¿Y por qué lo habéis hecho? —preguntó el agente.

— «Porque queremos»; —contestó Akumya.

— ¿Con que sois vosotros los asesinos que buscamos?; —insistió el policía.

— «Eres un infame; cállate, cochino»; —le gritó Nyem Man.

Irritado el agente les replicó:

— Si hacéis en la ciudad lo que queréis y además me estáis insultando, ¿como indemnizaréis la muerte de este hombre y repararéis mi fama?

— Llévanos a donde quieras, somos perdonavidas; —le respondió Eman Bot, sin inmutarse.

— Vosotros mismos, como fanfarrones que sois, os habéis condenado; venid conmigo a la cárcel; —concluyó el agente del orden. Y los condujo a la prisión, donde pasaron duramente la noche, sin saber por qué.

Al día siguiente, se reunieron los jóvenes de la ciudad para juzgar a los cuatro presuntos asesinos. No tenían abogado defensor; tampoco ellos se podían defender, por desconocer completamente el idioma de la ciudad. Suerte que las investigaciones realizadas ya por la policía habían descubierto al verdadero asesino. Los cuatro «fanfarrones» fueron puestos en libertad, pero con la promesa de ir a la escuela y empezar, sin jactancia, el estudio de la lengua que no sabían. La escuela está para enseñar a los que no saben, para que no caigan neciamente en el error.

# El tigre y la tortuga

Éranse un tigre y una tortuga que tenían sus casas vecinas. El tigre era el jefe del poblado y tenía varias fincas que le producían abundante y sabrosa comida; la tortuga, en cambio, era pobre y vivía de la caridad de sus vecinos.

Llegó el día en que el tigre se cansó de socorrer a la pedigrüña y holgazana tortuga. Entonces ésta estudió la forma de quitar al tigre lo que no le daba voluntariamente. Salía de casa a altas horas de la noche; por senderos poco transitados, llegaba a la finca de su vecino y cargaba con cuantas comidas le apetecía. Así una noche y otra noche.



Al cabo de un mes, más o menos, el tigre notó que le desaparecían las comidas de la finca. ¿Quién se las quitaba? Por más que indagó no daba con el ladrón. Entonces montó trampas en todos los accesos a la finca; pero la astuta tortuga conocía las mañas, para no dejarse atrapar.

En vistas del fracaso con las trampas, el tigre se puso en camino para consultar el caso con el famoso e inteligente adivino Mendjim-me Nsosoo. Llegado ante el desvelador de misterios y el orientador de indecisos le habló así:

— Quisiera que, en tu sabiduría, me dieras a conocer quién o quiénes, día a día, saquean mis fincas.

En pocas palabras, Mendjim-me Nsosoo le respondió:

— Vuelve a tu casa, encarga a un artista una estatua de hombre, de tamaño natural; la barnizas con pasta pegadiza, y la colocas en medio de la finca. Tú mismo descubrirás al ladrón.

El tigre realizó con rapidez y puntualmente la recomendación, del adivino: a los ocho días, la estatua pegajosa aguantaba el sol, la lluvia y los guiños de las estrellas, en medio de la finca del tigre.

Las provisiones, que hacía cuatro noches había robado la tortuga, tocaban a su fin. Como de costumbre, a las doce de la noche, se encaminó a la finca consabida. Al llegar, se quedó extrañada, al ver a la blanca luz de la luna la silueta de un hombre. Contuvo unos instantes sus menudos pasos y su jadeante respiración. El hombre no se movía.

Con la rapidez de una estrella fugaz, cruzó por la mente de la inteligente tortuga este pensamiento: «Convenceré a ese hombre de que soy yo la encargada de custodiar, por la noche, la finca del tigre». Con este dardo de la inteligencia, se acerca cautelosamente, al que cree guardián o espía, y le habla en estos términos, a unos pasos de distancia:

— ¿Quién vive?

Únicamente, el eco de la selva y el croar de una rana responden a la pregunta. Nuevamente inquiere la tortuga.

— ¿No me quieres responder? ¿Eres tú el ladrón?

La estatua seguía, como es natural, en su mutismo e impavidez. La tortuga, envalentonada por creer que no le respondía de miedo, se le acercaba más y más. A tal punto llegó su osadía, que intentó dar una bofetada al que creía guardián o

ladrón. La mano se le quedó fuertemente adherida a la mejilla de la estatua.

Una y otra vez pugnó por desasirse, pero en vano. Entonces, le propinó otra bofetada en la mejilla izquierda, a la vez que le gritaba indignada:

— ¡«Suéltame, suéltame, bandido»!

Quedó colgando la tortuga de la pétrea y sorda estatua. En un intento supremo por desprenderse de la misteriosa trampa, la emprendió a patadas; pero también sus cortas patas quedaron pegadas sin remedio. La rosada aurora, hija de la mañana, contempló extrañada e impotente el forcejeo de la tortuga por soltarse de la estatua. Los primeros rayos del Astro Rey descubrieron en el poblado al ladrón de la finca del tigre. El consejo de Mendjim-me Nsosoó había sido eficaz.

Se acabaron las sospechas. La noticia corrió por todo el contorno. La tortuga tenía que pagar su merecido. La llevaron a la cárcel, en espera del juicio. Los jueces decretaron la pena de muerte, pues eran varios los delitos que pesaban sobre la ajusticiada. La sentencia rezaba así:

— «Que se meta al ladrón en un saco y mañana se le arroje a lo profundo del mar».

Horas antes de la ejecución, dejaron a la tortuga en el saco, bien atado, en la playa. Al cabo de poco rato, oyó cantar a un puerco espín, que iba a bañarse. Entonces la tortuga comenzó a gritar, con voz lastimera:

— «Me queréis matar por no aceptar el casamiento con la hija del rey».

Al oírla, se acercó el inocente puerco espín y le preguntó:

— ¿Qué le ocurre, amiga tortuga?

Ésta le contesta con palabras fingidas:

— La hija del rey me ha escogido por marido; pero, como no me gusta relacionarme con los grandes, he renunciado a la propuesta y por eso los de mi poblado quieren matarme. Si tú quieres casarte con ella, me sacas a mí, te metes tú en el saco y, cuando vengan, les gritas: «Ya lo acepto; ya lo acepto; perdonadme».

El ambicioso puerco espín desató el saco; salió la tortuga, él se metió dentro, y la tortuga lo ató de nuevo. Triunfante, como de costumbre, regresó la tortuga, de noche, cogió a los suyos y huyeron a un país muy lejano.

Al atardecer, llegaron los verdugos comentando en voz alta cómo ejecutarían a la tortuga. Al oírlos el puerco espín gritó:

— «Ya lo acepto; ya lo acepto; perdonadme».

Riéndose a carcajadas, le dijeron los verdugos:

—¿Con que ahora te rindes y confiesas que has robado?

Quedó atónito el puerco espín con esta pregunta. No sabía qué pasaba. Empezó a suplicar a los verdugos, pero sus ruegos y llantos se confundían con las carcajadas de los verdugos.

— La tortuga me ha traicionado, —exclamaba el ambicioso puerco espín—.

¿Qué será de mis hijos? ¿Quién se cuidará de ellos?

Sordos a tantos ruegos, los verdugos lanzan el saco al profundo mar, donde el puerco espín expía su loca ambición. Regresan los ejecutores de la justicia y dicen al tigre:

— «Misión cumplida».

Diez años después, la astuta tortuga se presenta ante el tigre, jefe de la comarca y gran terrateniente. Asombrado ante la visión de la que creía muerta y bien muerta, le pregunta:

— Pero ¿de dónde sales? ¿No te arrojaron en el mar mis verdugos?

— Efectivamente, —respondió la tortuga— hace diez años que me condenaron a muerte, y vengo del cielo, a donde se vive mucho mejor que aquí abajo. He venido a visitarte y a decirte que me hiciste un gran favor, en vez del mal que pensabas causarme. Regresaré pronto al cielo, pues ya no sé hacerme a la vida de acá. En el cielo se vive muy, pero que muy bien.

El tigre dio un salto del trono, en el que como jefe se sentaba, y preguntó a la tortuga:

— ¿Me puedes llevar contigo?

— No es difícil —replicó la tortuga—; basta que te metan en un saco como a mí me metieron y yo misma me encargo de arrojarte al mar.

El tigre se dejó engañar. Al día siguiente, se fue con la tortuga a la playa; se metió en el saco; la tortuga lo ató bien y con no poco contento lo arrojó a lo profundo, donde se ahogó.

La tortuga volvió entre sus familiares a quienes contó las peripecias de que se valió para librarse de la muerte. Una vez más, vencía por su astucia.

# Astucia de la tortuga

Cierto día el Sr. Tigre convocó a todos los animales de los contornos para celebrar la defunción de una de sus mujeres. La difunta esposa dejaba huérfana a una hermosa e inteligente jovencita.

Su padre, el Sr. Tigre, no quiso que la infortunada pasase hambre y decidió casarla, a pesar de sus pocos años. La ocasión para buscarle esposo era que ni pintiparada: los más nobles y famosos animales habían acudido a la ceremonia, y estaban prontos a secundar las intenciones del Sr. Tigre: Lo difícil sería acertar en la elección.

Por eso al Sr. Tigre, aunque tiene fama de tonto, se le ocurrió la siguiente idea. En el momento de mayor silencio de la ceremonia, levantó la voz en estos términos:

— Deseo casar a mi hija Dolores, que así se llamaba la niña; el que de vosotros pretenda ser su marido tendrá que referir ante el público, reunido en esta casa de la palabra, una noticia o un hecho «inaudito».

El primero en responder a la propuesta fue el Sr. Elefante, que habló así:

— Hace dos años y medio, de un solo trompazo derribé cinco árboles en el monte Alén. ¿Ha sido visto u oído jamás hecho semejante?

Un murmullo general de desaprobación se levantó del público para quien cualquier animal, bruto como el elefante, podía hacer lo mismo.

— Habló luego el caballo y dijo que él podía soportar el hambre y la sed durante cuatro días. El camello echó por tierra la afirmación del caballo, asegurando que él pasaba seis y siete días sin comer ni beber. Y el público aplaudió al camello.

Uno por uno fueron exponiendo todos los animales allí presentes lo que ellos creían «inaudito»; pero a ninguno le concedieron las palmas del triunfo; en este caso, la mano de Dolores.

Mientras todos los concurrentes eran ojos y oídos para seguir el fallo del singular concurso, el Sr. Tortuga desapareció, sin ser visto ni oído, y se fue a su poblado.

— Ya que nadie ha logrado contar algo «inaudito» —vociferó molesto el tigre— mi hija Lola quedará por casar.

Todos los animales, a una, empezaron a agitar las manos, golpearse la cabeza, y a maldecir su mala fortuna de no haber conseguido como esposa a la bella niña del Sr. Tigre. Comenzaba ya el decepcionante desfile, cuando el Sr. Tortuga con sus cinco esposas cruzaron cachazuda y silenciosamente, llegando al otro extremo del poblado del Sr. Tigre.

Todos admirados preguntaron, al unísono, el porqué de la ausencia del Sr. Tortuga y adónde se encaminaba. La respuesta del taimado animal fue tan astuta como pensada:

— Mi poblado —les dijo— padece una desgracia enorme. Se me mueren los niños, se me mueren los animales; ya no me quedan cabras ni gallinas; incluso se me han muerto los gatos que alejaban las ratas; han aparecido las epidemias; los bosques se han secado y con ellos mis fincas... ¿Quién de vosotros se atrevería a habitar en estas condiciones un poblado, aunque fuese el de sus mayores? Creo que nadie. Así, he decidido mudarme de sitio y buscar otro mejor. Por eso vamos los seis a sacar los hoyos con los que cazaba muchos animales, para llevarnoslos al nuevo poblado.

Un tumulto de risas, burlas e ironías se levantó del salón:

— ¡Embustero!; ¡farsante!; ¡sinvergüenza!; ¡ignorante!...

El Sr. Tigre calmó al público, presa de la risa y del sarcasmo, y preguntó al Sr. Tortuga:

— ¿Desde cuándo y quién te ha enseñado que los hoyos pueden cambiarse de lugar? ¿No ves como todos se ríen de ti y te toman por embustero? El trabajo que pretendes realizar, Sr. Tortuga, no sólo resulta inútil, sino que es imposible.

Rápido le cortó la palabra el Sr. Tortuga: Amigo Tigre, tú mismo acabas de dictar la sentencia. Declaras que resulta imposible mudar los hoyos de sitio; por tanto, mi pretensión es «inaudita»: jamás se ha visto ni oído cosa parecida. Así, no tendrás más remedio que casar a tu hija con quien siempre te ha vencido en inteligencia y astucia: Yo, D. Tortuga.

El Sr. Tigre, acorralado por las miradas de los animales allí presentes dio la mano de su hija a su invencible contrincante, D. Tortuga.

# Victoria de la tortuga

Ndjambu estaba casado con dos mujeres: una era sorda y la otra ciega. Esta última perdió pronto la confianza del codicioso marido, porque resultaba inútil para trabajar las fincas y cumplir con las labores del hogar. Por ello, la pobre ciega se sentía abandonada y era desgraciada.

Ndjambu tenía una hermosa finca de castaños que su mujer sorda cuidaba con mimo. La vigilaba celosamente, y prometía castigar, incluso con la muerte, a quien osase «picar» una sola castaña.

A cinco kilómetros de la finca, diversas familias de animales domésticos habían convertido en sus guaridas las viejas casuchas de un poblado, años hacía, abandonado. Los habitantes habían tenido que abandonarlo por la extrema pobreza de sus fincas y la escasez de agua en tiempo de la seca. Los animales tenían que irse lejos para buscar de comer.

La astuta tortuga, en una de sus habituales correrías de aprovisionamiento, descubrió el fructífero castañal. En adelante, no correría otro camino para el abastecimiento de la familia: de casa, a la finca de Ndjambu, y desde aquí a casa.

El perro, que vivía vecino de la tortuga, miraba con ojos, grandes como platos, lo bien nutridos que estaban los hijos de su vecina, y que en su secadero nunca faltaban sabrosas comidas; en cambio, él y su familia estaban a punto de transirse de hambre.

Cierto día, el perro ya no podía más, y se dirigió a la tortuga con voz suplicante:

— Amiga tortuga, ¿dónde encuentras comida para los tuyos? ¿Me permitirías acompañarte para traer de comer para los míos?

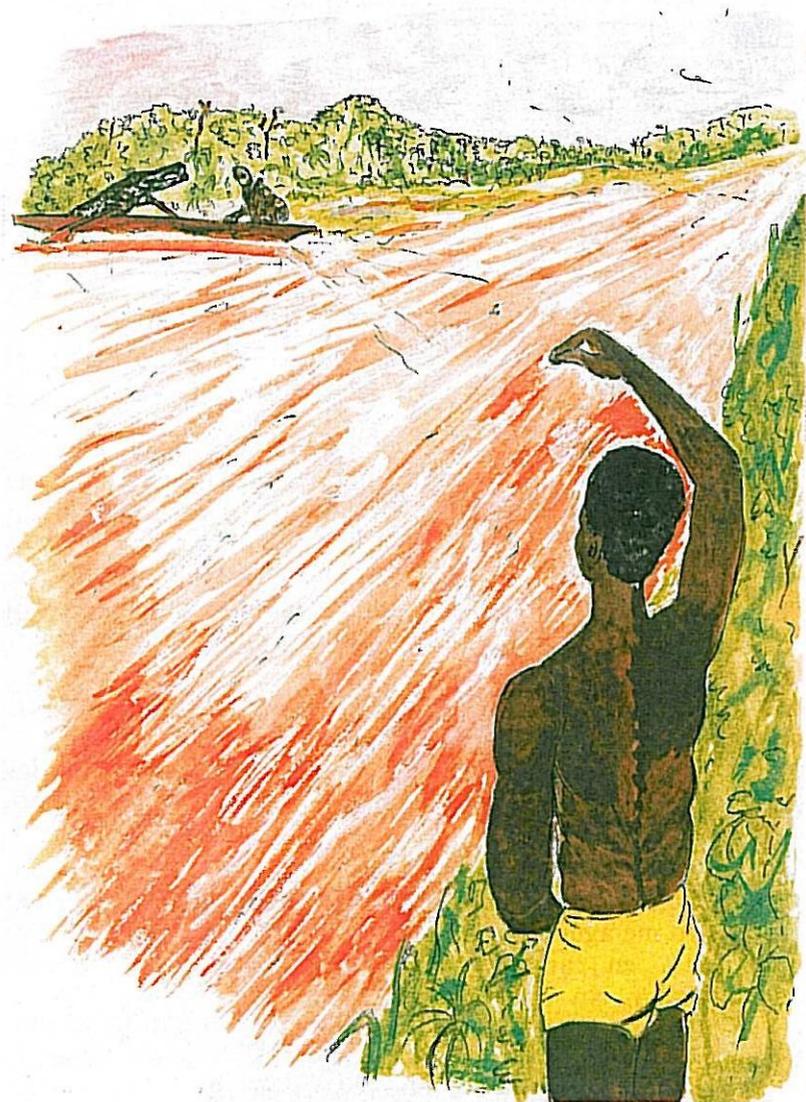
La sagaz tortuga le respondió:

— Cuando las castañas caen del árbol y golpean mi caparazón, yo me aguanto y no grito, por miedo al dueño del castañal; tú, en cambio, armarías mucho escándalo y nos descubrirían. No puedes venir conmigo.

No satisfizo esta respuesta al perro, que tramó la estratagemata de seguir a la tortuga en sus razías. Una noche, mientras ésta dormía a pierna suelta, observó el perro que tenía el bolso

colgado del secadero de la cocina. Con precaución y disimulo, metió en él unos puñados de ceniza.

Las últimas estrellas hacían sus guiños de adiós a la aurora, cuando la diligente tortuga enfiló el camino hacia el castaño de Ndjambu, con el bolso al hombro.



A medida que daba menudos saltitos, la fina ceniza caía del bolso, y dibujaba una línea pardusca.

Los primeros rayos del sol despertaron al perro, que había velado por la noche. Siguiendo despacio el hilo conductor de la ceniza, se topó de narices con la tortuga, hacia las nueve de la mañana, en la finca de Ndjambu.

Al verlo, la cara de la vieja tortuga se arrugó como un mar agitado; con todo, disimuló y dijo al can:

— Calla y aguanta, si no estamos perdidos.

Así lo hizo el primero y segundo día: las púas punzantes de las castañas no le arrancaron ni un solo alarido. Al ser dos los ladrones, las consecuencias del hurto eran más notorias para Ndjambu, por eso decidió intensificar la vigilancia.

Cierto día, al primer canto de la perdiz, escondióse entre el bicoro, cercano a la finca. A la hora de costumbre, llegaron los hurtadores. Comenzaron a «picar» castañas y, a un momento dado, lanzó tal ladrido el perro, que atemorizó a su compañera y alertó a Ndjambu, que en dos zancadas se plantó en el lugar del latrocinio.

Huyó el perro, rabo entre piernas, como alma que lleva el diablo, pero la lenta tortuga quedó prisionera. Felizmente, Djambu había descubierto a los culpables, y tenía con qué darse un banquete. Al llegar a casa, llamó a sus mujeres y les dijo:

— Esta, junto con el perro, son los causantes del hambre que estamos sufriendo: ellos eran los que nos saqueaban la finca. La vais a guisar con el pollo grande que me trajo el amigo Njula. La aderezáis con salsa de dátiles y con el plátano más maduro de la huerta. Entre tanto, voy a llamar a Njula, para comer juntos.

Apenas salido Djambu, la artera tortuga habló así a las mujeres.

— Habéis oído lo que dijo vuestro marido; traedme el pollo para que lo mate; lo prepararéis rápido y bien, pues desfallezco de hambre.

— Tú y el pollo —replicó la ciega— iréis al puchero, para acabar luego en el estómago de Djambu y Njula.

Como si no hubiese oído a la ciega, la tortuga, a gritos y por señas convenció a la sorda, quien cocinó el pollo, que, en un santiamén, comió la tortuga, lamiendo incluso la salsa de dátil y plátano.

Después de haber comido, dijo a la sorda:

— Llévame al río, pues quiero bañarme.

Sin hacerse rogar, la sorda acompañó a la tortuga al cercano río. Al poco rato de haber salido, llegaron Djambu y Njula a darse un buen banquete. La noticia de lo ocurrido cayó sobre ambos, como fría losa sepulcral.

Sin perder tiempo, se encaminaron al río, a cuya orilla estaba la sorda deshecha en lágrimas.

— ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la tortuga?, —preguntó azarado Djambu.

Su mujer le pormenorizó lo ocurrido y cómo la tortuga quiso exhibirse en un baile muy bonito y, mientras bailaba, se fue alejando río abajo.

Djambu echó a correr, río abajo, hasta el pantalón, donde amarraba el cayuco transbordador. Cruzaban en él la tortuga y el cocodrilo, a quien ese día tocaba el turno de trasladar a los viajeros. Djambu comenzó a gritar al cocodrilo, para que regresara con la tortuga; pero como es sordo, por naturaleza, preguntó a la tortuga qué quería Djambu.

— ¿No ves ese tornado que llega amenazante?, —explicó la tortuga—. Pues dice Ndjambu que me dejes rápidamente en la otra orilla y que vuelvas a casa.

Remaba el cocodrilo con más ahínco y hacía señas de paciencia a Djambu, que no cesaba de desgañitarse, inútilmente.

Después de dejar a la tortuga en la otra orilla, regresó al lado de Djambu y le dijo:

— Corramos a tu casa, antes que nos cale la negra tormenta que trae en brazos el tornado.

— ¿Cómo quieres que te dé cobijo?, —respondió Djambu—, después que libraste de mis iras a la enemiga tortuga.

Sin enterarse, el sordo cocodrilo le cortó, diciendo:

— La tortuga es muy buena; es el único amigo que me ayuda en este mal momento que estamos pasando, por falta de comida. Camina despacio la pobre... y me he apresurado a pasarla del otro lado, para que no la coja el tornado.

Con el silencio en los labios y la venganza en el pecho regresó Djambu a su casa; llamó a la sorda que pagó su falta con el precio de su vida. A partir de ese día, la mujer ciega cobró la amistad de Djambu.

# El tigre y el cordero (Nzée ya Ekelá)

Hace mucho tiempo, un tigre y un cordero vivían juntos y eran muy excelentes amigos. Ambos tenían una mujer hacendosa, y cinco hijos, de edades parecidas.

En cierta ocasión, la persistente sequía originó una carencia casi absoluta de alimentos. Los dos amigos acordaron ir al bosque a poner trampas (*olam*), con el fin de quitar el hambre a sus respectivas familias. Uno y otro tramparon lo mejor que supieron y regresaron esperanzados a sus hogares.

A los dos días el tigre invitó a su amigo a visitar las trampas por si había caído alguna presa. El cordero tuvo la suerte de atrapar una magnífica rata (*kuiñ*); el tigre, en cambio, regresó con las manos en los bolsillos.

Por la tarde, la mujer del cordero preparó un sabroso guiso de rata y cacahuete. Uno de los corderitos cogió un cacho y, al estilo de los pequeños, se lo iba comiendo por la calle. Al verlo el hijo del tigre le arrebató la carne de un zapazo y se la comió. El corderito, llorando, fue a contar a su padre lo acaecido. Este, dolorido por el llanto de su hijo, acudió a casa de su amigo y dijo que la próxima vez que ocurriese algo semejante se enfadaría y sabría vengarlo.

Al cabo de tres días, ya reconciliados, volvieron los amigos a trampar en el bosque. Cuando fueron a reconocer las trampas, la del cordero había apresado un corpulento jabalí; (*Ngüiñ afan*), mientras que el tigre no atrapó ni siquiera un ratoncito.

Como de costumbre, la hembra del cordero preparó sabrosos y variados guisos con el apetitoso jabalí. Otra vez el corderito, despreocupado y alegre, salió por la calle comiendo un trozo de la carne guisada por su madre. El tigrito echó a correr detrás de él, y no se contentó con quitarle y comerle el bocado que llevaba, sino que con sus afiladas garras le oprimió el cuello y lo estranguló. Cargó el tigrito con su víctima y la llevó a sus padres quienes asaron al pobre corderito y se lo comieron en familia.

Indignado el cordero fue de nuevo a casa del tigre y le dijo:  
— Amigo, a pesar de que tenga mucha paciencia, también sé enfadarme y tomar el desquite por mi cuenta.

Las amenazas del cordero no impidieron que los otros cuatro hijos corriesen idéntica suerte a la del benjamín de la casa. Pero la alevosía del tigre culminó el día que su señora invitó a la mujer del cordero para que le ayudase a sacar cacahuete en la finca. Esta última llevó de comida una pata cocida de jabalí; la tigresa, en cambio, no llevó nada. Llegada la hora de comer, la tigresa, a imitación de sus hijos, arrebató la comida a la cordera y la estranguló después, con sus crueles zarpas. Como sus hijos, acabó la madre en la mesa de la familia del tigre.

El cordero, al notar la prolongada ausencia de su esposa, y sospechoso de lo ocurrido, fue a casa del tigre, para recordarle lo terrible de sus enfados y amenazas. Seguidamente, se fue al camino que unía las viviendas con el río. En él practicó un hoyo transversal y profundo que disimuló hábilmente con hojas.

El tigre y los suyos comieron la carne de la cordera acompañada de plátano machacado. El tigre engulló con tanta avidez que el bolo alimenticio le oprimía las fauces y sintió necesidad de beber mucha agua. Envió al menor de sus hijos a buscarla al río; pero, al llegar al hoyo, se hundió y quedó atrapado. Salió el cordero de su escondrijo y con un palo lo mató, mientras decía:

— Ya había dicho a tu padre repetidas veces que mis enfados son terribles.

Uno tras otro, los hijos del tigre recorrieron el mismo camino y tuvieron fin parecido. Viendo que no volvían, la propia tigresa tomó un cubo para traer agua a su marido, que se asfixiaba por el plátano atragantado. Cayó en el hoyo como sus hijos y como ellos escuchó del cordero las mismas palabras.

Desesperado, el tigre se encaminó a beber al río. Como más desconfiado y fuerte, saltó el hoyo y persiguió al cordero que a duras penas pudo llegar al abaá del poblado cercano, en demanda de socorro. Los que estaban en el abaá les preguntaron qué litigios tenían entre ellos. Cada cual expuso sus quejas, y echaron la culpa al tigre.

Desde aquel día, el cordero abandonó su residencia en el bosque por temor del tigre, y se vino a vivir con los habitantes del poblado: así, de animal salvaje se convirtió en doméstico y familiar del hombre. Los del poblado se dijeron:

— ¿Qué nombre pondremos a este animal que ha abandonado el bosque para vivir con nosotros?

Todos a una, respondieron:

— Le llamaremos EKELÁ; estará con nosotros, lo cuidaremos; y, a cambio, nos proporcionará su riquísima carne.

# La astucia vence a la fuerza

Hace muchos, muchos años, un tigre, un perro y una oveja trabaron estrecha amistad: comían juntos, conversaban entre sí y salían a dar frecuentes paseos por el bosque; la falta de preocupación les causaba hastío y ya no tenían tema de conversación.

Cierto día, el tigre propuso ir de pesca, no sólo para buscar comidas, sino también para matar el aburrimiento. Aceptaron los compañeros y con todos los utensilios de pesca al hombro se encaminaron al cercano río.

Antes de comenzar el duro trabajo de la pesca, al estilo del país, el rudo tigre dijo a los pacíficos camaradas: Que mates o no algún pez, yo tengo que comer.

El perro, temeroso de lo que podría ocurrir, pensó para su



capote: ¡pobre del que no tenga buenos pies para escapar del bárbaro tigre: morirá en sus garras!

La oveja, que, aunque pacífica, no es nada tonta, también pensó para sí: «el que no sea astuto morirá víctima de la fuerza bruta».

Prepararon las consabidas presas que hacen las mujeres guineanas, cuando pescan en el río; empezaron a achicar el agua con los típicos platos de pesca; pero como el río era caudaloso no resistían las presas la presión del agua y nuestros pescadores hubieron de desistir en su intento pescantil: el fracaso fue total.

Entonces, el tigre quiso cumplir el deseo manifestado, al llegar al río: que con peces o sin ellos, él tenía qué comer. El perro y la oveja, que adivinaron sus intenciones, echaron a correr y detrás de ellos el tigre feroz, que designó al perro como la primera víctima, creyendo que a la lenta oveja la tenía segura.

A punto estuvo el tigre de dar alcance al perro, que sacaba fuerzas de flaqueza, ante los amenazadores dientes del felino. Ya casi alcanzaba la zarpa del tigre la cola de su víctima, cuando al doblar el recodo de la senda toparon con el abaaé de un poblado, donde los vecinos charlaban animadamente.

Perro y tigre quedaron clavados ante la inesperada visión de los hombres a quienes el perro explicó jadeante el motivo de su apremiante huida.

Bastaron pocas palabras para que los lugareños descubriesen la inocencia y la culpabilidad de uno y otro. Reprocharon al tigre su crueldad y le obligaron airados, a regresar a la selva. El perro, en cambio, agradecido, pidió permiso a sus salvadores para quedarse en el poblado. A partir de entonces, los perros son los amigos fieles del hombre al que acompañan y defienden contra sus enemigos.

Entre tanto, la precavida oveja no echó en olvido la amenaza del tigre y se dijo: «después de devorar al perro, vendrá por mí; tengo que emplear una estratagema para engañar al bruto tigre».

Aún no había concluido esta reflexión, cuando oyó a lo lejos el chasquear del ramaje y de las hojas secas agitadas por la veloz carrera del tigre. La oveja, sin pensarlo dos veces, dio con la cabeza un terrible golpe contra un árbol, contiguo al río. Inmediatamente se lanzó al agua fangosa de la ribera, en

la que se hundió completamente; sólo asomaba los ojos, que con el golpe, adquirieron el tamaño de dos cocos medianos.

Al llegar el tigre enfurecido, preguntó a los grandes ojos:

— Grandes Ojos, ¿no habréis visto por aquí una oveja?

— No, le respondieron los grandes ojos.

Partió el tigre en busca de la desaparecida oveja. Recorrió, horas y horas, la selva en todas las direcciones: todo en vano.

Volvió a pasar por donde la oveja estaba escondida, y nuevamente, preguntó:

— Por favor, Ojos grandes, o grandes Ojos, ¿no habéis visto pasar por aquí una oveja?

Entonces, Ojos grandes, contestó enfadado:

— Si me vuelves a preguntar esto otra vez, tomaré venganza; ¿acaso tengo por misión vigilar una oveja?

Temeroso el tigre, pues no había conocido el misterio de Ojos grandes, triste y cabizbajo, regresó a su casa, sin peces, sin perro y sin oveja.

Trascurrido largo rato, segura la oveja de que el tigre no volvería a pasar por allí, salió de la zambullidura. Cautelosa, no volvió a donde residía con el perro y el tigre. Se fue al pueblo de los hombres, a quienes suplicó que la dejaran vivir con ellos y que, a cambio, les daría su carne sabrosa. Así lo hicieron, y, desde entonces, la oveja vive pacíficamente en los poblados.

Una vez más, la fuerza irreflexiva del tigre fue burlada por la sagacidad de sus compañeros.

# La tortuga y el tigre

En un claro de la selva, la tortuga y el tigre tenían sus viviendas. En sus frecuentes conversaciones hablaban del mundo que cada uno personificaba. Ambos llegaron a comprenderse y a ayudarse en muchas necesidades. En una palabra, eran buenos amigos.

Un día, decidieron emprender un largo viaje, para conocer tierras y gentes, pues sabían que el viajar instruye y da discreción.

Dispuesto ya el equipaje y a punto de tomar el camino entre las patas, dijo la tortuga a su compañero:

— Si te parece, vamos a convenir no inventar ninguna treta para molestarnos mutuamente, así haremos un viaje feliz.

El tigre, ocupado en los preparativos, no prestó atención. Ya divisaban el primer poblado, asentado al borde de un manso río, cuando propuso el tigre:

¿Qué te parece, si, para despistar a los que encontremos, nos cambiamos de nombre?

Bonita idea —replicó la tortuga; pero seré yo la primera que elegiré el nombre. Me llamaré KUMA-KUMA; (rico-rico).

— Ni hablar, atajó rápido el tigre —ese nombre me corresponde a mí, pues soy más grande y majestuoso que tú.

— Tienes razón, repuso la tortuga; no había reparado en mi pequeñez y pobreza; por eso prefiero llamarme BEYEÑ (huéspedes).

Al oír estas palabras, el tigre se frotaba las manos y hacía resonar la selva con gritos de alegría: había engañado a su amiga la tortuga.

Al llegar al poblado, entraron en el abaá y saludaron a los allí presentes, quienes les señalaron la casa en que podían pasar la noche.

Comenzaba a caer la noche de las altas ceibas. El abaá iba quedando desierto. El jefe del poblado envió a su pequeño a decir a los forasteros:

— Dice mi padre que vayan los huéspedes a su casa.

La pícara tortuga, al oírlo, se apresuró a decir al tigre:

— Me llaman; voy a ver qué me quieren; te avisaré luego.

Cuando llegó la tortuga a la casa del jefe, se encontró con la mesa bien abastada de comidas. Abriendo y cerrando los ojos y dando palmaditas en el suelo demostró al jefe su alegría y gratitud.

— ¿Dónde está tu compañero? —le preguntó el jefe.

— Asuntos de negocios lo retienen en el abaá.

Y la astuta tortuga después de comer y beber hasta saciarse, volvió al lado del famélico tigre que le preguntó:

— ¿Cómo has tardado tanto en volver? ¿Se trata de algún negocio importante?

— Oh no, amigo mío, tuve que sacarle las niguas al jefe del poblado. Mañana te tocará a ti sacárselas.

— De ninguna manera, —respondió airado el tigre. Esta misma noche nos iremos, sin despedirnos. Y así lo hicieron.

Una vez más la fina astucia de la tortuga triunfaba del egoísmo bobalicón del tigre.

# El elefante y la tortuga

Era una clara mañana. La selva estaba animada por la presencia de muchos animales que habían acudido curiosos a presenciar una apuesta muy rara: el elefante y la tortuga se habían desafiado a una carrera. La tortuga decía que corría más que el elefante; y éste con una risa más grande que su boca, pues la alargaba en la trompa, se reía de la atrevida tortuga.

Muy pocos fueron los animales que apostaron por la tortuga; únicamente los que conocían su astucia y picardía.

En presencia de la concurrida asamblea de animales, se fijaron la fecha, la hora, el itinerario del recorrido, así como las fiestas en honor del vencedor. Al cabo de dos días, a las ocho de la mañana y desde Bata a Punta Mbonda, el elefante y la tortuga disputarían la carrera más dispar que se había dado entre los habitantes del bosque guineano. El triunfo del vencedor sería celebrado con bailes, comidas y bebidas del país, cuyo costo correría a cargo del perdedor.

Mientras el elefante se las prometía muy felices, confiado en sus robustas y largas patas, la tortuga aprovechó los dos días que mediaban entre la apuesta y su ejecución, para meditar y poner por obra la más hábil estratagema que se puede imaginar.

Convocó a todas las tortugas de la región; les dio cuenta de la apuesta, y les dijo más o menos:

— No se os oculta ni se me oculta que ni yo ni ninguna de vosotras por separado, podemos ganar la competición; pero todas juntas, en equipo, si podremos triunfar.

Para ello, las que tienen el mismo tamaño que yo se colocarán a ambos lados de todos los ríos que hay de Bata a Punta Mbonda, por donde tiene que cruzar el elefante.

Tanto al llegar como al pasar el río, el elefante os preguntará:

— ¿Cómo te va, amiga tortuga? ¿Estás cansada?

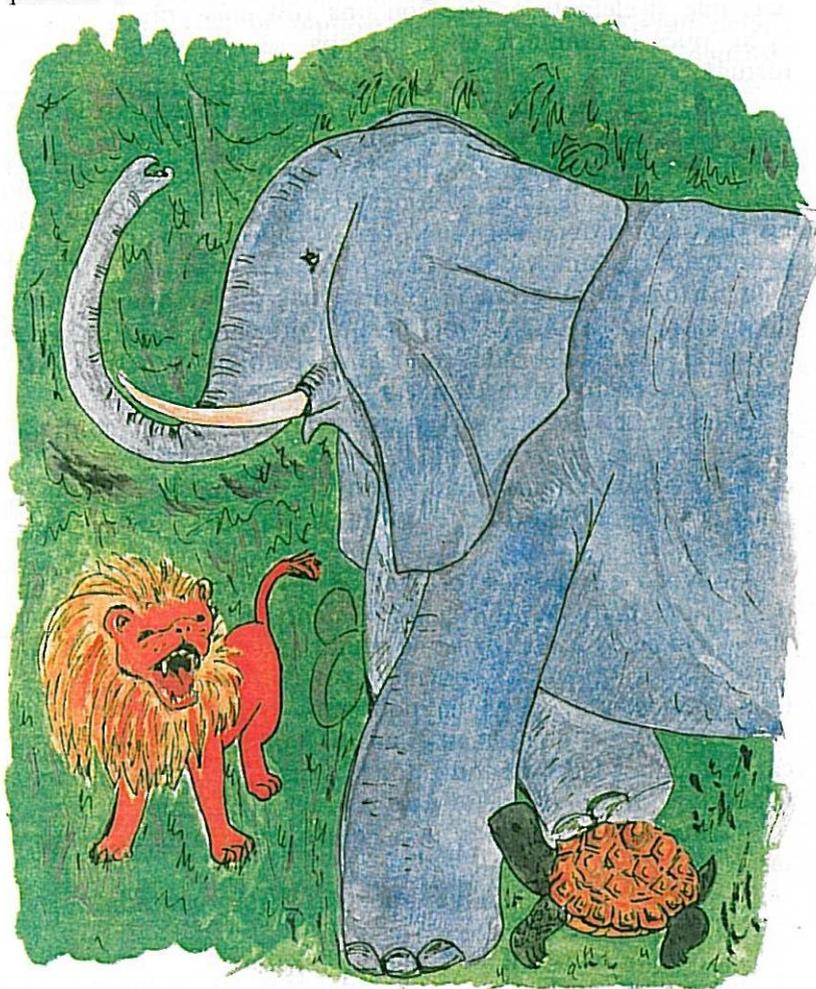
Le responderéis:

— Me va muy bien. Sigamos. Sigamos.

Lo importante es que cada una esté en su puesto, bien

escondida y únicamente os dejaréis ver cuando el elefante os haga la pregunta, y le contestéis a la misma. El elefante como es tontito, creerá que soy yo la que habla con él. Las tortugas aprendieron la lección y se encaminaron a sus respectivos puestos.

El amanecer del jueves, que era el día de la carrera, estaba sonoro con los gritos, aullidos, cantos, gorjeos y aplausos del numeroso público selvático que había acudido al punto de partida de los corredores. Los que apostaron por el elefante



miraban compasivos a los de la tortuga. El elefante con su larga trompa olfateaba los mil olores de la selva y llenaba sus amplios pulmones con el fresco aire de la mañana.

La tortuga, en su diminuez, tampoco daba señales de abatimiento, tanto confiaba en el éxito de sus mañas.

Dio la señal de salida el león con uno de sus rugidos peculiares. A los pocos instantes, el elefante se perdió de vista entre el bicoro y la tortuga, entre las espesas hierbas.

Al llegar al Utonde, una tortuga salió al paso del elefante al que respondió y animó en su carrera, tal como había sido aleccionada. La escena tortuguil y elefantina se repitió del otro lado del Utonde y en cuantos ríos hay que cruzar entre Bata y Punta Mbonda. Los astutos planes de la tortuga iban respondiendo puntualmente a las previsiones de su autora.

A dos o tres metros de la meta, entre unas plantas de con-trití, estaba escondida la última tortuga que, cuando oyó el estruendo del bicoro abatido por el pesado y veloz elefante, salió corriendo y llegó a la meta segundos antes que el elefante.

Los estupefactos espectadores que esperaban el fin de la apuesta, ignorantes de las artimañas de la tortuga, la aplaudieron como vencedora y compeona. El incauto elefante, sudoroso y avergonzado por la derrota, cayó desmayado y tardó tres horas en volver en sí.

La tarde del domingo el elefante, tal como estaba estipulado, pagó un abundante y opíparo banquete a todos los participantes en la apuesta; y los partidarios de la tortuga acrecentaron sus haberes.

Una vez más se cumple el adagio «*vale más maña que fuerza*» y que la «*unión hace la fuerza*».

# El tigre y la tortuga se disputan una cabritilla

Una cauta tortuga y un estólido tigre tenían sus moradas limítrofes en un delicioso bosque. La tortuga usaba y abusaba de la astucia, frente a la torpeza de su vecino. Tanto es así, que éste desconfiaba siempre de las propuestas tortuguiles y actuaba siempre en contra. Cierta día, por acuerdo común, cosa rara, determinaron convertirse en pastorés: ambos comenzarían a formar el rebaño. La avispada tortuga propuso, sin darle importancia:

— Yo compraré una cabra que será madre de numerosas crías.

También al tigre le pareció mejor comprar primero la hembra. Entonces, la tortuga cambió de resolución y dijo:

— Mira, amigo, si te parece, vamos a efectuar las compras; lo haremos en poblados distintos; además, yo prefiero comprar antes el macho cabrío, para que me ayude en las labores, hasta que adquiera su pareja. El tigre, sin reflexionar, respondió:

— Quien comprará el macho cabrío seré yo; siempre me estás poniendo a prueba. Tú sabes bien que el macho se reproduce con frecuencia y pretendes engañarme, diciéndome que lo emplearás en los trabajos domésticos.

Al oír esto, la tortuga se frotó las manos; dio gracias a sus antepasados por haber cegado la inteligencia del felino y le contestó, complaciente:

— Pues cómprate el macho; yo mercaré la hembra; pero con una condición: cuando tu macho tenga la primera cría, me la venderás y conseguirás buen dinerito.

Así lo acordaron. Al cabo de una semana, se encontraron en el poblado con las respectivas compras, que cada cual ponderaba, a su manera. El tigre lanzó este reto, en tono vanidoso:

— Ya veremos quién llega a tener el rebaño más numeroso, antes de cinco años.

No dijo nada la tortuga; disimuló y fingió estar apenada. Transcurrían los días; machos y hembras triscaban alegres por las cercanías del poblado. Al cabo de unos meses, parió la cabra una magnífica cría. El parto cogió fuera a la tortuga, ausente por la defunción de un familiar. El estúpido tigre se figuró que había sido el macho el que había parido; por eso, al regresar la tortuga, le dijo satisfecho:

— Amiga, mi macho ha parido, y ¡qué cabritilla más sana!

— Ha sido mi cabra, la he visto, al llegar, amamantando a la pequeña, —respondió la tortuga.

— ¿Acaso soy embustero?, —repuso el tigre furibundo. Tú vienes de viaje y desconoces lo que ha ocurrido aquí. Por otra parte, la tierna criatura no distingue aún quién la ha engendrado. La tortuga renunció a discutir. Lenta y silenciosamente se encaminó a casa, donde el esposo y los hijos se le burlaron, porque tenía miedo del tigre.

Día y noche tramaba la tortuga el modo de recobrar su cabritilla. Pasado un mes, se fue de paseo al poblado vecino. De regreso, se puso triste, muy triste. A un kilómetro de casa, empezó a derramar gruesas lágrimas y a lanzar gritos lastimeros. Todos los vecinos, incluidos sus familiares y el tigre, salieron al encuentro y preguntaron por la causa del llanto. No respondió nada, antes intensificó los sollozos y decía gritando:

— ¡Ay, suegro mío!, ¡suegro mío! ¡Ay, suegro mío!, ¡suegro mío! ¡Ay, suegro mío de mi alma! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡mujer mía!, llora, llora tu desdicha; tu padre ha muerto en el parto!

Los circunstantes empezaban a pensar que la tortuga o había perdido el juicio o había bebido un vaso de más. «¿Cómo un hombre podría morir en el parto?», susurraban entre sí. Delegaron al tigre, como de más edad, para que preguntase a la tortuga qué era lo ocurrido.

— Amiga, —le preguntó éste— no entendemos cómo el hombre puede morir en el parto. ¿No ves que es imposible que muera éste por ser hombre?

Inmediatamente, la astuta tortuga cesó en sus lloros, secó las fingidas lágrimas y preguntó al tigre y acompañantes:

— Yo tampoco entiendo cómo pudo parir un macho cabrió. ¿No ves que resulta imposible, por ser macho?

El tigre quedó mudo y rígido como una estatua de ébano, y confesó que la cabritilla no le pertenecía.

# El tigre, el perro y la oveja

De siempre el perro y la oveja han sido buenos compañeros. Vivían, pues, perro y oveja en buena armonía. No lejos de ellos, entre el bicoro, tenía su cubil el tigre. Sus intenciones de buena vecindad eran aparentes: muchas veces había pensado pegarse sendos banquetes con el perro y con la oveja, pero la presencia de otros animales no se lo consentía.

Un día invitó el tigre a sus vecinos a pescar en el río, que distaba tres kilómetros del poblado. Su intención era devorar al perro y a la oveja, aprovechando la soledad del paraje.

Los invitados, ajenos a las aviesas intenciones, aceptaron desęosos de ofrecer a sus hijos comida de pescado de agua dulce.

Era muy de mañana cuando salieron en dirección al lugar de la pesca. Llegados allí, hicieron los preparativos, como acostumbra las mujeres fang. Discutieron luego sobre quién tenía que meterse primero para escudillar el agua, a fin de coger sin dificultad los peces.

El ofrecimiento espontáneo del tigre resolvió el problema; se metió en el río y comenzó a achicar el agua con la escudilla, pero en su mente seguía tramando cómo llevar a término el plan devorador. Mientras tanto, cantaba este canto enigmático:

*Etohak enyuiñ M'ma V'abum nnem*

*Etohak enyuiñ M'ma V'abum nnem*

Que quiere decir: Matando pescado, saciaré mi apetito. no matando pescado, saciaré mi apetito: tanto si pescaba, como si no, a sus dos invitados los tenía seguros.

El perro escuchó intrigado las palabras del tigre y, cuando le correspondió el turno de escudillar, cantó, a su vez, de este modo:

*Emot 'anvot mbí n'ñeangú»*

*Emot 'anvot mbí n'ñeangú» ;*

Que significa: «El que se cansa de correr es el que morirá;



El que se canse de correr es el que morirá»: el perro  
confiaba en su carrera veloz.  
Tocó a la oveja meterse al agua; y, para no ser menos que  
sus compañeros, cantó con voz femenina:

*Mot ya mot ka fak*

*Mot ya mot ka fak.*

Esto es: «Cada cual tiene su manera de pensar o defenderse

Cada cual tiene su manera de pensar o defenderse».

La pesca fue abundante. Llegó el momento de repartírsela. La oveja dijo que iba en busca de hojas para envolver su parte. Se fue para no volver, abandonando lo que le correspondía. Al llegar a un barrizal, empezó a caminar hacia atrás, para despistar al tigre, si venía en su persecución.

El perro, a tenor de la canción que cantara, puso los pies en polvorosa y dejó solo y burlado al tonto tigre, con todo el pescado, que no es comida de tigres.

Así, rabo entre piernas, y con las tripas vacías, regresó al poblado, donde encontró a sus invitados, precavidos para el futuro.

# El mosquito y el elefante

Érase una vez un diminuto y zumbador mosquito que tuvo la osadía de meterse en la descomunal oreja del elefante, para proponerle lo siguiente:

— Me gustaría mucho echar un pulso con Vd., Señor Elefante.

— Apártate de mi vista, insecto molesto y despreciable. ¿Cómo te atreves a sugerir tal propuesta al rey de la selva, que con sólo un pequeño resoplido puede exterminar a miles y miles de tus congéneres? Si no te apartas, acabo con tu vida con la tranquilidad de quien se bebe un vaso de agua.

Lejos de desistir, el mosquito comenzó el plan de ataque improvisado. Fue a posarse en el espinazo de la mujer del Sr. Elefante. Este quiso castigar el atrevimiento de aquél, y, sin pensarlo dos veces, descargó con toda la fuerza su pesada trompa, con propósito de aplastarlo. El liviano violero esquivó el golpe, y fue la esposa del elefante la que pereció, a consecuencia del terrible trompazo.

La pérdida de su mujer mosqueó al gigante de los bosques, que juró acabar con el trompetilla y toda su parentela. El mosquito se fue posando sucesivamente en los lomos de todos los miembros familiares del elefante: padres, hijos, tíos, primos, etc...

La vengadora trompa aporreaba siempre con fuerza inusitada no sobre el burlador mosquito, sino sobre los familiares que, uno a uno, iban acrecentando el número de víctimas: hasta que se extinguió toda la familia elefantina.

Entonces, el elefante, fracasado y avergonzado, se suicidó, porque no solamente no había conseguido vengar a su burlador, sino que, contra toda ley natural, se había constituido en exterminador de su familia.

El mosquito de raudo vuelo y sonora trompetilla divulgó el suceso, entre los suyos, por aquellos contornos. Al oír la hazaña sus familiares y amigos decían:

¡Cuán verdad es que no hay enemigo pequeño!

# La tortuga justiciera

Hacía ya muchos años que un hábil cazador había plantado su choza en el corazón de la selva. Se llegaba a ella por serpenteantes senderos, la refrescaban las cantarinas aguas que se descolgaban de la vecina montaña. Cierta día, consiguió capturar vivo a un corpulento tigre. Lo llevó a su choza y lo ató cuidadosamente con flexible melongo. Lo alimentaba con especies vegetales que no agradaban mucho al depredador animal.

El afán de buscar alimentos más apetitosos y nutritivos forzaba al prisionero a forcejear las débiles ataduras. Caía la tarde de un caluroso día de julio. El desgastado melongó cedió al ímpetu de la fiera que, libre, emprendió la huida por la senda que lo condujo a la prisión. No habría corrido quinientos metros, cuando se encontró frente a frente con el cazador. Este, inerte, dio media vuelta y puso los pies en polvorosa. El famélico tigre pensó: «Esta es la mía», y empezó a perseguir al perseguidor de animales que, a su vez, exclamaba:

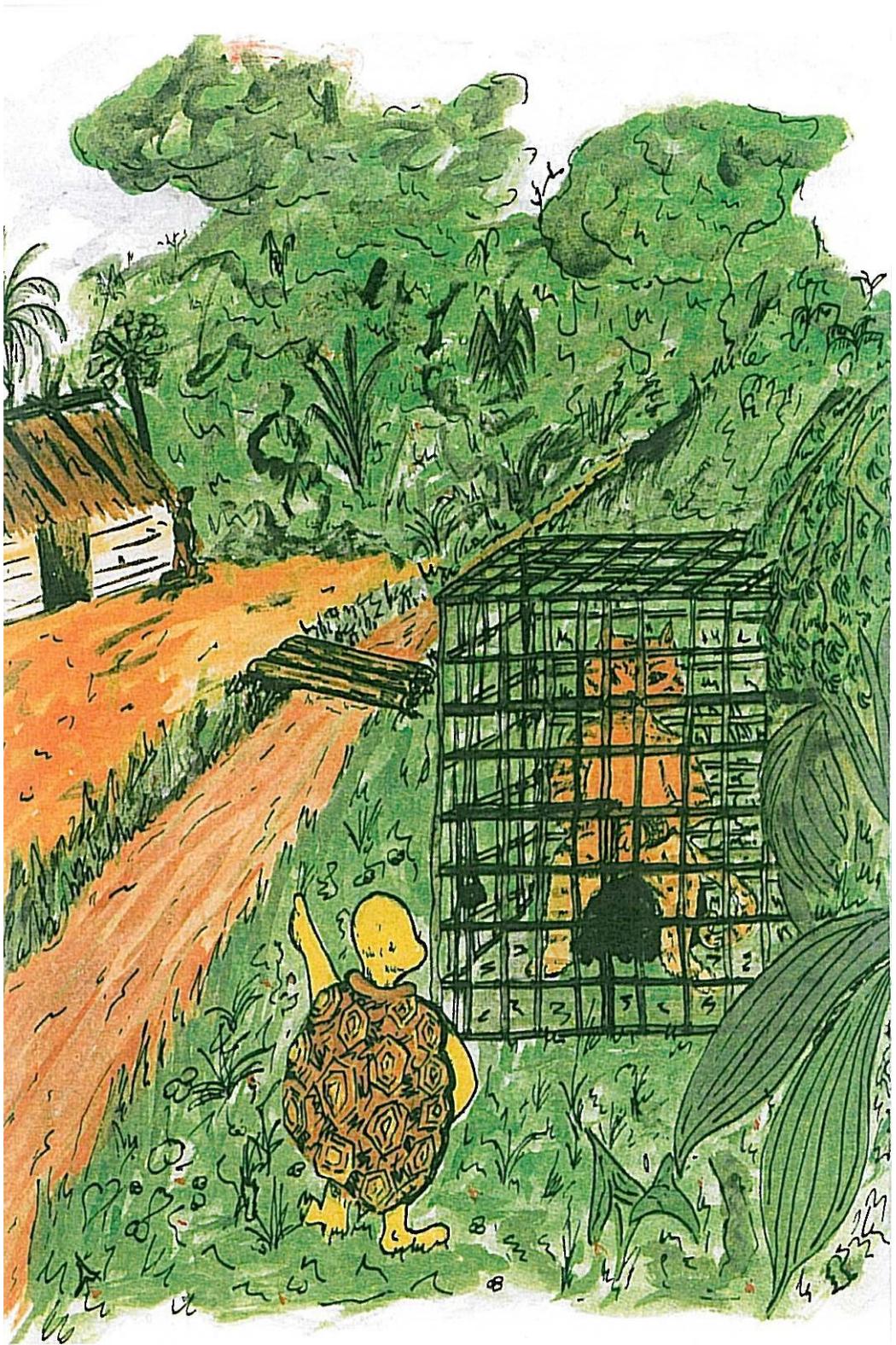
— ¡Ah, Dios mío, líbrame de las fauces sanguinarias de esta fiera voraz!

— ¡Ah, Dios mío, —rogaba el tigre— bendice los alimentos que has puesto al alcance de mis garras y que pronto voy a ingerir!

Ya llevaban más de veinte minutos corriendo perseguido y perseguidor, cuando aquél, convencido de que no tenía salvación en la huida, se plantó en medio del sendero, decidido a medir las fuerzas y astucia con la terrible fiera. Se entabló la lucha. La inteligencia del cazador prevaleció contra la necia fuerza animal.

El cazador consiguió poner al enemigo panza arriba; le ató las manos delanteras... y, como a un manso cordero, lo condujo nuevamente a la cabaña. Allí lo lió fuertemente con lianas y melongo, mientras construía una prisión segura, donde lo encerró y abandonó a su destino. Pasaron dos años sin que probara bocado; estaba hambriento como el insaciable mar; apenas podía tenerse en pie...

Quiso su buena estrella que pasara por allí un compasivo



muchacho que, enternecido por los ruegos del suplicante animal, soltó el candado y le abrió la puerta de par en par. Al verse libre, habló así al libertador:

— Amigo, lo siento por ti; tengo mucha hambre; voy a comenzar por tu tierna y sabrosa carne; haz testamento y despídete de los tuyos...

— No puedes hacer eso, —dijo el muchacho, llorando amargamente— yo soy tu salvador.

— Importa poco lo que dices, —replicó el tigre— sálvame ahora con tu carne; —y la boca se le hacía agua.

Viendo el chico que no había forma de convencer al tigre, lo citó ante los tribunales. Este aceptó, y acudieron al poblado más cercano, donde era juez D. Antílope, a quien expuso el muchacho:

— Señor juez, encontré encerrado a este tigre; lo liberté, y, ahora, en pago, pretende devorarme. ¿Qué juzga la justicia?

El Antílope, presa de miedo, falló en favor del tigre que, fanfarrón, propuso:

— Si te parece, iremos a otro tribunal en demanda de justicia. Y fueron al lugar en el que el jabalí la administraba. También aquí, después de oídas las acusaciones, se declaró inocente al tigre por los consabidos motivos. Acudieron a otros jueces, y siempre idéntica sentencia; hasta que llegaron al juzgado de la Sra. Tortuga que, después de oír pacientemente los alegatos del libertador, dijo:

— El asunto es grave: conviene esclarecer todas las circunstancias; iremos, pues, a donde ocurrieron los hechos.

Llegados al lugar, propuso la Tortuga:

— Que cada uno se coloque en el sitio y tal como estaba cuando os encontrasteis.

El tigre entró en el encierro y el muchacho se fue al sendero, distante cinco metros de él.

— ¿Cómo estaba el candado y qué hiciste con él?, —preguntó la tortuga al muchacho. Este cogió el candado; cerró la puerta y retrocedió unos pasos. Nuevamente la Tortuga:

— ¿Es así como estaba la puerta, Sr. Tigre?

— Exactamente, —respondió tranquilo el tigre, creyendo que la sentencia sería parecida a las anteriores.

— ¿Dónde estaban las llaves?, —inquirió el prudente juez.

— En el alero de la choza, —repuso el tigre.

— En tal caso, la sentencia es evidente: «Sr. Tigre, quédate como estabas y tú, muchacho, prosigue tu camino».  
De este modo administró justicia la sagaz Tortuga.

# La araña y el camaleón

Érase una vez una astuta araña y un pacífico camaleón, que decidieron ir a visitar a Keza, famoso por sus muchas riquezas, del que tenían confusas noticias. La distancia que separaba los poblados era enorme y difícil. Así, emplearon varios días en planear el viaje y preparar las provisiones.

El día convenido, después de los despidos de rigor, los dos amigos tomaron el camino entre las manos. Tres días y tres noches llevaban ya caminando y descansando, cuando, a lo lejos, divisaron el poblado de Keza. Entonces, dijo la araña al crédulo camaleón:

— Si te parece, nos vamos a poner unos apodos, para nombrarnos, durante nuestra visita: tú te llamarás Benindaa (los dueños de la casa), y yo, Beyen (los forasteros). ¿Qué opinas?

— Tu idea es correcta; me parece bien.

— Pero ha de ser con una condición, replicó la araña.

— ¿Cuál?, —preguntó el camaleón.

— Que todas las comidas que nos traigan, diciendo: «Para los forasteros» me corresponden; las que digan: «Para los dueños de la casa», serán tuyas.

— Conforme, —asintió el camaleón.

Y prosiguieron hasta el abaá, donde Keza con sus paisanos recibieron cortésmente a los viajeros. Averiguado el motivo del viaje, Keza hospedó con magnificencia a sus visitantes. Hizo preparar un suculento banquete al estilo del país. Cuando llegaron los camareros con los manjares, dijo el que los presidía:

— Esta comida es para los forasteros.

Entonces la araña susurró al oído del camaleón:

— ¿Recuerdas el trato que hemos hecho? No quieras, pues, molestar a la cuchara, pues las comidas me corresponden.

El camaleón, a pesar del hambre que sentía, no dijo palabra y se abstuvo de probar bocado, fiel al compromiso contraído. La escena se repitió a lo largo de tres días, siempre que los camareros presentaban los manjares, con la consabida frase: «Esta comida es para los forasteros».

El cuarto día, el camaleón estaba en los huesos; no podía aguantar más el hambre, y su vida estaba en peligro. Mientras Keza y los suyos estaban comiendo, se dirigió disimuladamente al basurero, y allí comenzó a limpiar la carne de los huesos que dejaba la araña. El primogénito de Keza que lo sorprendió en esta operación lo increpó:

— Oye, forastero, ¿no te basta lo mucho que a diario te sirve mi padre? ¿Cómo desmientes su fama de hombre rico y generoso, viniendo a saciar tu hambre en un estercolero? Mal pagas el hospedaje que te da. Iré a decírselo.

— No te sulfures, amigo mío, —le dijo el camaleón; y le contó la historia de los apodos y continuó:

— Si, de cuando en cuando, dijeran los camareros: «Para los dueños de la casa», podría saciar mi hambre y no me verías aquí.

El hijo de Keza, conmovido por estas palabras, se lo contó a su padre y a su familia que quedaron admirados de la astucia de la araña.

En adelante, se pusieron en guardia. Prepararon dos tipos de comidas: unas de sólo verduras; otras, compuestas de finas



sopas, pescado blanco y carnes de alta calidad, aderezadas con exquisitas y picantes salsas.

Como de costumbre, llevaron las comidas a nuestros huéspedes. La consabida frase: «Esta comida es para los forasteros» autorizó a la araña a apropiarse de las primeras comidas. Al instante, entró otro camarero con las ricas comidas, acompañadas de la invitación: «Esta comida es para los de casa».

Al ver y oír la estratagema, la araña se quedó con un palmo de narices, y cambió de color, como un cangrejo frito; ¡había caído en la trampa! Su amigo el camaleón iba a saborear los riquísimos manjares, mientras que ella tenía que contentarse con las insulsas hierbas. Pensó en el desquite; y así, propuso al camaleón:

— Oye, amigo, dejemos por unos instantes las comidas; continuaremos luego; demostremos ahora a nuestros anfitriones quién posee más habilidad para tocar el tambor. Esto lo decía para apoderarse de las comidas, mientras el camaleón tocase el tambor.

— Me place tu idea, —repuso el camaleón; pero, ¿quién comienza?

— Lo haré yo, —contestó la araña y empezó a percutir el tambor con sus articuladas y peludas patas, lejos de los platos de comidas. Cuando llegó el turno al escarmentado camaleón, cogió sus platos y los metió debajo del tambor, y empezó el concierto con no menos maestría que su rival: nuevamente la araña fue burlada y cerró el pico.

Llegó el día del regreso. Se despidieron agradecidos de Keza quien, a su vez, les agradeció la visita; les aseguró que las puertas de su casa estarían abiertas, siempre que desearan repetirla; y, finalmente, les dijo:

— Una vez que crucéis el río, que circunda este poblado, encontraréis el cabo de dos cuerdas; a cada uno de vosotros corresponde una con lo que en el extremo tenga atado: es el premio por vuestra visita.

Pasado el río, asomaron los extremos de las cuerdas; la araña se encaminó disparada hacia la más fina y elegante; al camaleón le correspondió la más gruesa y tosca. Intrigados, tiraron de ellas: en la de la araña apareció un cordero añal; en la del camaleón, un perro de caza, comparable a una certera escopeta.

Llevaban ya casi un día de camino. La araña, hambrienta

y disgustada por lo que le había cabido en suerte, propuso al camaleón:

— Comamos, si te parece, lo que nos han regalado.

— Por nada del mundo, —contestó el camaleón. Nunca comeré mi magnífico perro.

— ¿Qué motivos tienes para ello?, preguntó la astuta araña, enarcando las cejas. ¿Quieres que muramos de hambre, en este bosque?

— Come tú, si quieres, el cordero que te cupo en suerte. Yo presentaré a mis familiares, como trofeo, el perro cazador.

— Veo que es inútil predicarte, —concluyó la araña—, y empezó a comer el cordero tierno. Como tenía tanta hambre, lo comió entero, menos la cabeza que guardó con gran misterio.

Reanudaron la marcha. La conversación no era ni animada ni amistosa. De improviso, el perro cazador se lanzó tras un venado (Nvín) que salió de entre unas altas y tupidas hierbas. La araña meneó sus flexibles patas en seguimiento del perro, al tiempo que arrojaba la cabeza del cordero, exclamando a grandes voces:

— ¡Coge, coge, coge mi cabeza!

El perro atrapó al venado a un kilómetro del punto de partida. La araña llegó al lugar de la captura antes que el camaleón jadeante, a quien dijo la taimada araña:

— Ya ves, amigo, la cabeza de mi cordero ha matado al venado.

— Esto es increíble, —exclamó airado el camaleón; esto no es verdad.

A punto estuvieron de irse a las manos; pero el pacífico camaleón depuso su cólera y lo dejó pasar. Continuaron el regreso con las caras alargadas, como una papaya, tan enemistados estaban.

Quiso la fatalidad que el perro cazador matase cinco ovejas del pueblo vecino al de nuestros viajeros. Los habitantes del poblado se echaron a la calle; se amotinaron; preguntaron por el dueño del perro al que habrían linchado de estar allí. Allá lejos, vieron avanzar silenciosos y serios al camaleón y a la araña. A ésta le faltó tiempo para acusar:

— Este es el dueño del perro, —dijo, señalando al camaleón.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha hecho mi perro? —preguntó extrañado el camaleón.

— Ha matado cinco ovejas, —gritaron a una indignados los campesinos. Tienes que abonarnos el importe.

— No ha sido mi perro quien mató vuestras ovejas, —argumentó el camaleón—, sino la cabeza de cordero que lleva la araña.

— Eres necio; tú si que estás mal de la cabeza, —respondió por todos el jefe. Nosotros mismos hemos visto cómo las mataba.

— Escuchadme, por favor, —rogó el camaleón. No hablo por hablar. Y les contó la caza del venado y la disputa sostenida con la araña, que aseguraba haber sido la cabeza del cordero la que mató al venado (Nsín).

Los dueños de las ovejas se hicieron cargo de las burlas y engaños de que había sido objeto el camaleón de parte de la araña. Lo perdonaron e, incluso, le procuraron algunos víveres para el corto trecho que lo separaba de su casa.

El camaleón ardía en deseos de llegar al poblado y presentar a los suyos el magnífico ejemplar de perro cazador. Pero la araña, envidiosa, tejía nuevamente la tela de la venganza. ¿Qué haría para matarle el perro y que los dos llegasen en paridad de condiciones? Ya lo tenía: «Me colgaré, se dijo, de una rama en la mitad del río; golpearé con un palo la cabeza del perro de mi amigo, y quedará con las manos vacías, como yo».

Llegaron al río. La araña, ágil y rápida, se colgó, como lo había pensado, de una robusta rama. Pero el camaleón, que no era tonto, pensó para sus adentros: «Si envío a mi perro solo, me lo matará la araña; cabalgaré sobre su lomo y pasaremos juntos». Así lo hizo.

Cuando estaba en mitad del río, justo debajo de la araña, vio cómo ésta blandía un grueso palo con la intención de golpear al perro.

— Te veo, amiga, te veo. No conseguirás tu intento, —le increpó el camaleón.

Cruzado el río, a la vista de las ansiadas casas, la araña no pudo contener su ira; se lanzó como una flecha contra el camaleón. Inesperadamente se trabó un singular y terrible combate: el camaleón dio un soplamocos a la araña, de tal forma, que los dientes se le volvieron hacia adelante; la araña,

a su vez, propinó al camaleón dos tremendos puñetazos, en ambos lados del cuerpo, de manera que éste quedó aplastado.

Como consecuencia de la lucha, a partir de ese día hasta la fecha, la araña ha quedado con la boca vuelta hacia a fuera y el camaleón, a modo de huso aplastado.

# La serpiente Bidja

Érase un diestro y gigantesco cazador que tenía tres hijos: Engono, Edjan y Emaná. Únicamente los grandes moradores de la selva interesaban al mortífero arco de Nsué, que así se llamaba el cazador. Numerosos tigres, leopardos, leones y elefantes figuraban, a diario, entre sus trofeos. Únicamente la serpiente Bidja no se había puesto al alcance de sus certeras flechas y de su cortante machete: algo muy importante faltaba aún para colmar su felicidad venatoria.

Cierto día, llamó a sus tres hijos, el menor de los cuales frisaba los diecisiete años, y les dijo:

— Como sabéis, vivimos de la caza, y de ella tenéis que sacar las dotes para vuestros matrimonios. Vámonos, pues, al bosque, que os tengo que revelar un importante secreto.

Anduvieron varias horas por intrincados y enmarañados senderos; llegaron a donde la selva perdía el nombre y se ramificaba en obscuras gateras, por las que los animales salvajes entraban y salían de sus madrigueras.

— Este es el lugar propicio —dijo Nsué a sus hijos— para colocar esta trampa (Ebeñg), que está acostumbrada a atrapar diariamente los más significativos ejemplares del bosque. Cada uno de vosotros vendrá a vigilar periódicamente la misma. Con las piezas que cacéis, alimentaréis a la familia y juntaréis dinero para abonar la dote del matrimonio. Si algún día tenéis la suerte de atrapar a Bidja, me avisáis, pues, por más que lo he intentado, no he podido aún cazar a ese peligroso animal.

El padre no les dijo cómo era Bidja: ni su forma, ni su tamaño, ni su ferocidad... de tal modo que los hijos creían que cualquier animal corpulento podría ser Bidja.

Al cabo de unos cuatro días, Engono, el mayor de los hermanos, se armó de lanza y machete y se emboscó para reconocer la trampa familiar. Antes de llegar a donde estaba tendida, percibió distintos los rugidos del rey de los animales. Efectivamente, un corpulento león forcejeaba por librarse de la trampa. «Ya lo tengo», —exclamó Engono, pensando que se trataba de Bidja. Y empezó a gritar a su padre:

«Tara Bidja ane ebeñg Bidja,  
tara Bidja ane ebeñg Bidja».

El padre, con las ganas que tenía de matar a Bidja, estaba día y noche con el oído atento a la llamada de sus hijos. Apenas oyó los gritos de Engono, empuñó dos lanzas, tomó el machete y, como una exhalación, corrió al peligro. Al encontrarse con un león, así increpó, decepcionado, a su hijo:

— ¡Para esta porquería me has llamado?

— Pero, padre, —preguntó admirado Engono— ¿no es Bidja? ¿No es el león el rey de la selva?

Nsué mató al león; lo llevaron al poblado, y con su precio Engono pudo casarse con una hermosa joven.

Transcurrían los días. Ahora era Edján el que, armado de lanza y de machete, custodiaba a diario la mortífera trampa. Aquella mañana había madrugado. A la luz incierta de la rosada aurora, divisó como un montículo que se movía en torno de la trampa. ¿Qué era? Un enorme elefante atrapado por la larga y flexible trompa. «Sin duda este animal es Bidja», se dijo Edján y, como el hermano, gritó a su padre:

«Tara Bidja ane ebeñg Bidja,  
tara Bidja ane ebeñg Bidja».

Nsué, armado de la lanza y del machete, acudió a la llamada, pero no tan presuroso como la vez primera, pues estaba escarmentado. Cuando se encontró con el elefante, dijo a Edján:

— Ciertamente, el elefante es el más grande de la selva; pero para mí no representa nada; no es Bidja.

Mataron el elefante; vendieron la carne y los trofeos, y con el importe pudo casarse Edján, como lo hiciera Engono. El día de la boda, el padre reunió a los tres hijos y les habló así:

— Hijos míos, lo siento por Emaná; pero he decidido, ante tanto fracaso, no acudir más a vuestras llamadas.

Emaná, entristecido, respondió a su padre:

— Padre, recuerde el refrán: «*Otaga abene susó amuná ane Ntong*» (No desprecies el libro por su tamaño). Déme una oportunidad, pues quiero, cumpliendo sus órdenes, seguir el camino de mis hermanos.

Accedió Nsué, y, al día siguiente, cuando Emaná se acercaba a la trampa, la encontró rodeada por los gruesos anillos de una descomunal serpiente. «¿Sería Bidja? En todo caso, —pensó Emaná—, este animal no se parece en nada al que

cazaron mis hermanos; aquellos eran meros animales; éste es una serpiente». Y tuvo miedo; se subió a un árbol y, desde la copa, llamó a gritos a su padre:

*«Tara Bidja ane ebeñg Bidja,  
tara Bidja ane ebeñg Bidja».*

Más de diez veces repitió la llamada, sin que apareciese el padre, quien, después de un largo rato, avanzaba despacio por la senda, con las armas desapercibidas para la pelea.

Al sentir el chasquido de las hojas secas bajo los pies de Nsúé, la serpiente Bidja se irguió en actitud de escalar el cielo. «No había duda, —pensó para sí el cazador— se trata de Bidja»; pero, acuciado por el portento aprestó sus armas, únicamente pudo cortarle el extremo de la cola, que aun arrasaba por el suelo.

De la parte seccionada descienden todas las serpientes que reptan por la Tierra; la parte que voló al cielo formó el Arco Iris de siete colores, que marca la transición entre la tormenta y la bonanza. Una vez más se cumplió:

*Otaga abene susó amuná ane Ntong.*

# El antilopín desobediente

Éranse una vez dos antílopes, madre e hijo, que gráciles saltaban por las umbrías sendas de la intrincada selva guineana. En las largas horas de descanso, la madre aconsejaba al pequeño sobre cómo prevenir los numerosos peligros que se esconden tras las flexibles hierbas o las corpulentas ceibas y okumes. Entre otras cosas le decía:

— Muchos son los enemigos que nos persiguen de muerte: unos con unos duros colmillos; otros con sus aceradas garras; aquellos engulléndonos enteros... pero el hombre, como más inteligente, nos tiende trampas por donde pasamos. Cuando veas un hoyo en tierra, desconfía y aléjate de él.

Pronto el pequeño antílope comenzó sus incursiones por el bosque, sordo a los consejos prudentes de la madre, incluso, prescindiendo de su compañía.

En cierta ocasión, regresó el delicado antilopín a la casa materna, entrada ya la noche.

— ¿De dónde vienes a estas horas? —le preguntó la madre—.

— Vengo de paseo, —contestó el antilopín—.

— ¿No tienes miedo a nuestros enemigos o a encontrarte una trampa en el camino? No tendrías que salir solo; eres muy pequeño.

— Pero, madre, tengo unas patas muy ligeras; puedo esconderme donde no me alcanzan los enemigos; y, en cuanto a las trampas, nunca he visto ningún hoyo; por aquí no se acercan los hombres.

— Hijo mío, sufro mucho por ti, cuando no te tengo a mi lado.

El irreflexivo y desobediente antilopín proseguía, un día y otro, en sus andanzas. Pudo ir salvando los pequeños peligros que aquí y acullá le asaltaban: en cierta ocasión, fue un águila la que estuvo a punto de atraparlo; en otra, escapó a las fauces sanguinarias de un leopardo... pero un día, cayó en manos del hombre.

Sin darse cuenta metió sus patas delanteras entre unas cortadas hierbas que cubrían un profundo hoyo, el cual ocultaba



la trampa temible. Allí fue el quedar atrapado el antilopín por sus manos delanteras; allí sus gritos penetrantes y lastimeros; allí el acudir presuroso de la madre que, impotente, increpó a su hijo.

— Hijo mío, ¡Cuántas veces te advertí de los muchos peligros que te acechaban y, especialmente, de las trampas y los hoyos! Pero tú no atendías mis consejos, no obedecías a mis maternas mandatos y ahora pagas las consecuencias de tu desobediencia.

Aunque quiera, no puedo hacer nada por ti, me alejo, para no verte sufrir y para no caer, a mi vez, en manos del hombre.

# El tucán, el gorrión y la paloma

Éranse una vez un tucán, un gorrión y una paloma que vivían en lugares cercanos, pero sin mantener entre sí relaciones de buenos vecinos, por la sencilla razón de que cada uno pertenecía a voladores de distinta especie.

Un día, el inquieto y charlatán gorrión tuvo una idea feliz: propuso a sus compañeros que se reunieran los tres para realizar en común ciertas actividades: trabajar juntos, comer juntos, salir de paseo juntos y, cuando fuese necesario, ayudarse entre sí.

La sencilla paloma aceptó la propuesta del gorrión con quien, a partir de aquel día, compartía las tareas, la mesa, los ocios y también las preocupaciones. El tucán, en cambio, prefirió proseguir en su aislamiento egoísta.

Cierta mañana del mes de enero, el charlatán gorrión tuvo la desgracia de perder a su anciana madre. Faltó tiempo a la paloma para volar a su lado, darle el pésame y ayudarle en todas las ceremonias del entierro.

Al poco tiempo, el primogénito de la dulce paloma pereció víctima de un ave rapaz (Nduiñ). Cuando lo supo el gorrión, acudió presuroso para acompañar en el dolor a la llorosa madre y prestarle los auxilios necesarios. Ya el gorrión y la paloma se habían repuesto de sus desgracias, cuando el egoísta tucán llamó a su puerta, con la siguiente súplica:

— Acaba de morir mi padre, estoy solo. No tengo quien me valga y ayude en el entierro. Os ruego, por lo que más queráis, que vengáis a mi casa y me echéis una mano.

Tanto el saltarín gorrión como la arulladora paloma le respondieron a una:

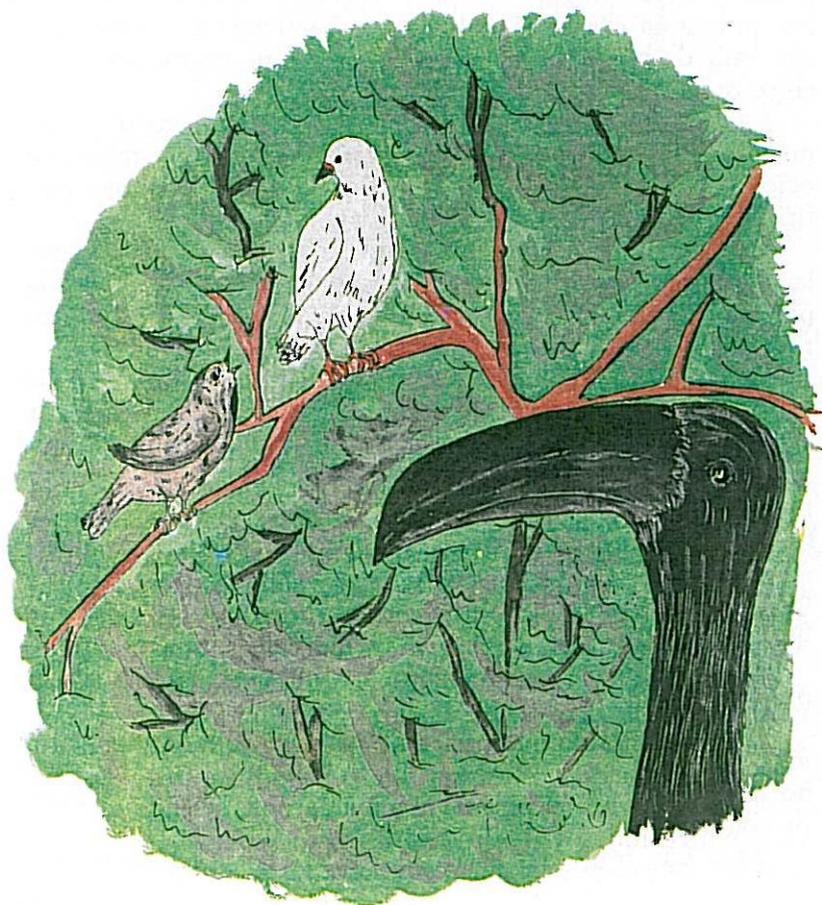
— Acuérdate de que preferiste trabajar solo, comer solo, vivir solo... Cuando murieron nuestra madre y primogénito, no viniste a darnos el pésame ni a ayudarnos... Ocúpate, pues, tú solo del entierro de tu padre.

Ante esta respuesta dura, pero merecida, el tucán regresó

triste y pensativo a su casa. Solo y con mucho trabajo, preparó el ataúd de su padre. Metió en él el cadáver, y solo cargó con él sobre la cabeza, hacia el cementerio.

Cuando llegó a la sepultura, por más esfuerzos que hizo, no consiguió despegar el ataúd. Recorrió la selva en todas direcciones y con sus lastimeros cantos pidió a las demás aves que le ayudasen para desprender de su cabeza el ataúd de su padre. Ninguna le hizo caso. Por eso, a partir de entonces, el tucán lleva a todas partes el ataúd y acompaña su canto con tristes fúnebres notas.

Con la misma medida con que midiereis seréis medidos.



# El gorila astuto

En un pueblecito antiquísimo, perdido en la densa selva, ocurrió algo tan extraño, que admiraría al más escéptico: cómo los vecinos del mencionado pueblo pasaron del proyecto de sacrificar un animal, al de dar muerte a unas personas.

Los hombres del poblado tenían fama bien merecida de excelentes cazadores.

Cierto día, como trofeo de su incursión por el bosque trajeron un gorila pequeño, al que sentenciaron para el banquete común del domingo. En espera de la sentencia, lo encerraron en una casita del país, con sus patas traseras bien ligadas con melongo y sueltas las delanteras para que pudiese comer.

El sábado por la mañana, los cazadores salieron en busca de plátanos, yuca y tomates a sus fincas, distantes buen trecho del poblado. Para mayor tranquilidad dejaron el cuidado y vigilancia de la tierna víctima en manos de las cinco mujeres más viejas del lugar.

El mono, que no era tonto del todo, cuando se vio libre de los fornidos cazadores, pensó una estratagema, para conseguir la fuga. Con sus largos dedos cogió una caña de bambú de las que, atadas con melongo, aguantaban las cortezas de oyang de la pared. Con sus dientes afilados soltó dos cuerdas de melongo; las ató en los extremos de la caña; en su mitad las separó del bambú con un palito y consiguió formar un *nvet* rudimentario.

Sin pérdida de tiempo, el astuto animal, con cuatro notas musicales compuso e interpretó, acto seguido, una canción, cuya letra decía así:

*¿E bot e dja di be ke vé?*

*Toalé toalé to*

*¿Be ke vé?*

*Be ke pkweñ bicoan*

*e'lig a Nkéng*

*Toalé toalé to*

*¿B'adji zá?*

*B'adji é moan ongom*

*a'wu Meséng*

¿Adónde han ido los de este pueblo?  
clo, clo, clo.

¿Adónde han ido?

Han ido a cortar plátanos  
en el poblado de Nkéng

¿A quién comen?

Comen al pequeño gorila  
muerto en Meséng.

<i>Toalé toalé to</i>		clo, clo, clo.
<i>¡Eh! jeh! jeh!</i>		¡Eh! jeh! jeh!
<i>Toalé toalé to</i>	<i>bis</i>	
<i>Ndji Biség.</i>		Consumidor de hígados.
<i>Toalé toalé to</i>		
<i>Nto miya.</i>		Limpiador de intestinos.
<i>Toalé toalé to</i>		
<i>S'a ma.</i>		A mí no.
<i>Toalé toalé to</i>		
<i>Ngam moan nnom.</i>		Tal vez a una viejecita.

Gustó tanto la canción a las viejecitas que rogaron al gorila que se la repitiera.

— No repito mi canción —dijo el animal—, si no me dejáis suelto por el pasillo.

Le abrieron la puerta y le permitieron deambular por el lugar solicitado. Nuevamente, entonó allí su canción y otra vez enterneció a las sensibles viejecitas, una de las cuales solicitó otro bis.

— Gustoso accederé a vuestro deseo —respondió el cuadrumano—, si me lleváis a la vera del camino que conduce al bosque.

Era tal el hechizo que el canto producía en las viejecitas que presurosas cumplieron la condición.

Por tercera vez, el pequeño gorila pulsó su rústico nvet, y atipló su voz con maestría hasta entonces inusitada.

Aquí era de ver y oír los saltos y gritos de las viejecitas que se confundían con las alegres notas del canto. Otra vez más rogaron y rogaron que el cantor repitiera la opereta.

— Lo haré —replicó él— si me permitís subir a la primera rama de este árbol.

Ellas se lo consintieron, sin caer en la cuenta de que, paso a paso, iban avanzando hacia la selva virgen, paraje a propósito para el as de los trepadores. En la flexible rama, el pequeño gorila entonó su canción por última vez, pues no dio tiempo a nuevos ruegos, antes, de tres acrobáticos saltos, se internó en el bosque impenetrable y desapareció de la atónita mirada de las burladas viejecitas.

Aun se oían las ramas agitadas por el fugitivo gorila, cuando llegaron los curtidos cazadores abrumados por los plátanos, yuca, tomates, etc...

— ¿Dónde está el pequeño gorila? —preguntaron todos a una.

— Se nos escapó —respondió la más vieja de las cinco.

— ¿Cómo es posible, si lo dejamos tan seguro y custodiado?

— Entonó una agradable canción —siguió explicando la viejecita —y, cada vez que la cantaba, nos iba pidiendo más libertad; que lo alejásemos más de la jaula; hasta que lo pusimos en la rama de ese egombe-gombe, y de ahí se emboscó en la selva y no pudimos darle alcance.

— ¿Qué decía la canción? —preguntó el más bromista de los cazadores.

— La anciana repitió la letra, sin comerse una sílaba.

— Es necesario que la canción se cumpla —decretó el más cruel de los cazadores. Por tanto, tú y tus compinches moriréis en lugar del pequeño gorila y comeremos vuestra carne, aunque no muy tierna, con estos plátanos, yucas y tomates.

Y tal como fuera sentenciado, así lo ejecutaron. Cumpliéndose una vez más la sentencia:

Quien mal anda, mal acaba.

# La boa y el antílope

En el poblado de Adurelang —Nsomo, vivía un hábil cazador de animales, llamado Mbomio Mba.

Cierto día salió a visitar la finca de yuca y cacahuete que constituía la esperanza de la familia para el año venidero. Con dolor comprobó que los animales le habían destrozado toda la comida. Mbomio Mba aceptó resignado la desgracia por dos razones: porque tal suele ser la conducta de los animales salvajes, y porque éstos lo tenían por el enemigo número uno. Eso sí, prometió vengarse del desastre.

En los lugares de acceso a la finca cavó hoyos idóneos para el trapeo. Con el fin de disimular las trampas, cubrió los hoyos con hojas secas, y esparció por encima una tenue capa de tierra. Hacía falta ser inteligente —y no incauto animal— para no caer en el armadizo. Después Mbomio Mba regresó a su casa con la intención de volver a visitar las trampas al cabo de cinco días, que era el tiempo habitual en tales casos.

A las pocas horas, una boa hambrienta salió en busca de presa. Reptaba desprevenida por el sendero que conducía a la finca de Mbomio Mba. De repente, se encontró en el fondo de un profundo hoyo. Con estridentes silbidos comenzó a pedir socorro a los habitantes del bosque.

Ninguno de los que oyeron sus súplicas le prestó auxilio: todos alegaban que era muy ingrata y vengativa.

El grácil antílope acertó a pasar vecino y oyó los lastimeros silbidos de la boa. Acercóse al hoyo y le preguntó:

— ¿Qué haces en ese hoyo tan profundo?

— He tenido la desgracia de caer en la trampa —contestó la serpiente— llevo rato y rato pidiendo socorro. Nadie me quiere sacar; a ver si tú, amigo antílope, me echas una mano, pues estoy muerta de hambre y de sed.

El compasivo antílope le respondió:

— No tengo inconveniente en ayudarte; —y le echó un grueso tronco. Fuera ya del hoyo, habló el antílope:

— ¿En algo más puedo servirte?

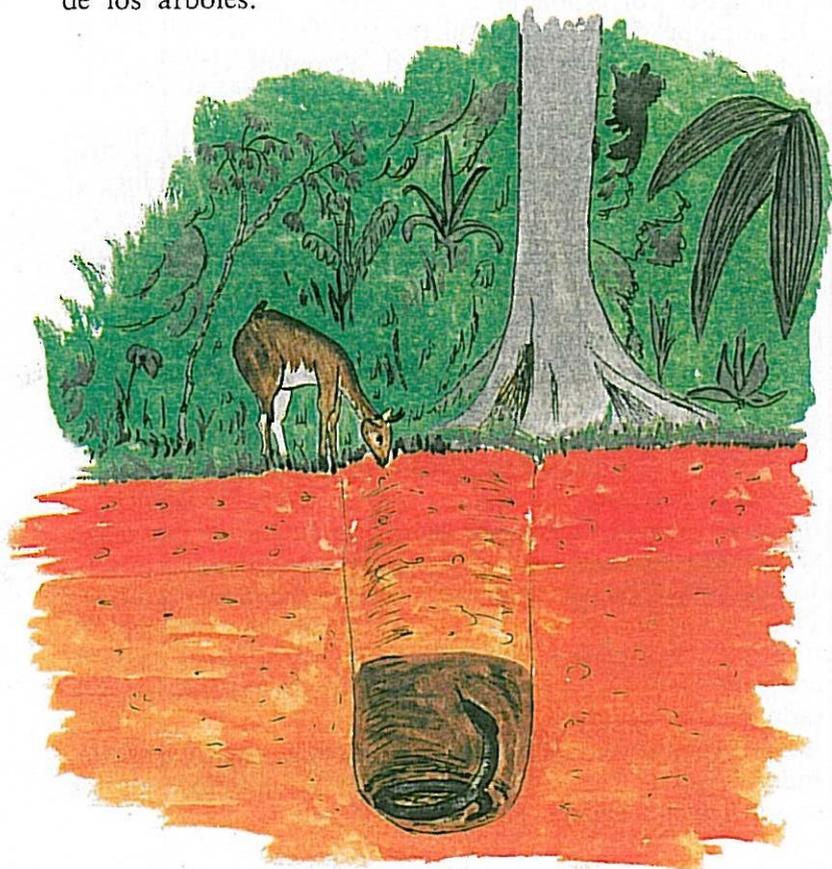
— Espera —dijo la boa—; tengo algo que decirte: Mira,

llevo varios días sin comer, ni beber; tú eres el único animal que tengo a mano; quiero aprovechar la oportunidad; prepárate, pues voy a engullirte, al instante.

— ¡Qué ingrata eres!; exclamó el antílope que se alejó con rápida carrera. En vano quiso perseguirlo la desgraciada serpiente.

Entonces el antílope denunció a la boa ante el tribunal del erizo, que era ese año el príncipe de la comarca. Pero éste, por temor a caer un día en las fauces de la boa, falló en favor de la misma.

El antílope no acató la sentencia y acudió ante el mono, que, después de oídas ambas partes, se declaró incompetente en pleitos de tierra firme, pues su vida transcurre por las copas de los árboles.



Acudieron a casa del ratón, que gozaba de autoridad y prestigio en los contornos. Por motivos parecidos a los del erizo, dio la razón a la boa.

Contrariado el antílope formuló el último recurso en el tribunal supremo del viejo jefe de los animales: la tortuga.

Esta, después de unos minutos de reflexión, dijo a los litigantes:

— Para poder fallar con justicia, tengo que reconstruir los hechos. Iremos al bosque y examinaré en qué posición se encontraba la boa, cuando el antílope le prestó auxilio.

Así lo hicieron. Y, cuando la boa se hallaba en el fondo del hoyo, dictaminó la tortuga:

— Que siga la boa donde está; que nadie le preste socorro, por no saber corresponder a los favores recibidos.

El antílope dio gracias a la tortuga que, con su astucia, premió mercedamente la ingratitud. Y ambos se separaron, como buenos amigos.

A la mañana siguiente, fue Mbomio Mba a revisar las trampas. Antes de llegar a la finda, oyó los silbidos de la boa atrapada en el hoyo. Sin pérdida de tiempo, llamó a su mujer que le seguía unos metros detrás con el machete y el nkué. No le valió a la ingrata serpiente su conocida astucia y, así, Mbomio Mba le cortó la cabeza de un machetazo.

# Mal por bien

Nguema y Angué eran muy jóvenes. Vivían en un pueblecito de unas ocho familias. A los dos años de estar casados, Angué dio a luz a un hermoso niño, que constituía la alegría de los padres. Ni Angué ni su esposo contaban con parientes directos que pudieran cuidar, de cuando en cuando, del crío. Por ello, acordaron que cada uno lo iría llevando, por turno, al lugar del trabajo.

Cierto día que le tocaba a Angué cargar con el pequeño, quiso dejárselo a Nguema, pero éste se excusó diciendo que tenía que ir a visitar las trampas. Angué aunque no de muy buena gana, cargó con el niño. y se fue a la finca.

Al llegar al sitio del trabajo, se sentó en un tronco seco para amamantar al hijo. No había dado éste las primeras succiones, cuando se le apareció un hombrecillo del tamaño de un chimpancé, de aspecto cuadrumano, pero con patas terminadas en pezuñas.

Aunque Angué había visto en el bosque gorilas, chimpancés y otros cuadrumanos, ninguno se parecía al que tenía delante. Instintivamente, gritó pidiendo auxilio, pero el eco de su voz se fue perdiendo de árbol en árbol.

Entonces, el hombrecillo extraño se acercó a donde Angué estaba y le dijo benévolo:

— Mujer, no temas; no he venido a hacer daño ni a ti ni a tu pequeño, sólo he venido a ayudaros.

Angué, a pesar de que estaba medio muerta del susto, reaccionó, empuñó su machete, dispuesta a defenderse del presunto e inesperado enemigo. El hombrecillo, más suplicante, si cabe, que la vez primera, insistió de nuevo:

— Te aseguro que no soy enemigo vuestro; al contrario, mi intención no es otra que la de ayudaros.

— ¿Qué ayuda me puedes ofrecer —preguntó Angué— si no eres humano, como yo?

— Mientras tú trabajas —le replicó el hombrecillo— yo puedo cuidar de tu hijo.

— ¿No intentarás matármelo o llevártelo? —repuso Angué—.

Entonces, el hombrecillo le respondió pausadamente y con acento melancólico:

— Recuerda bien lo que te voy a decir: Lo que le causará la muerte no se halla en el bosque, sino en el pueblo.

Angué, aunque no había disipado completamente el temor y la sospecha, confió al hombrecillo el cuidado de su hijo.

Mientras sembraba los cacahuets, tenía un ojo en el hombrecillo que paseaba en brazos el fruto de su vientre.

Concluido el trabajo, el propio hombrecillo devolvió el hijo a la madre, y le preguntó por el lugar de trabajo del día siguiente:

— Iré a cortar leña a orilla del río, dijo Angué.

— Hasta mañana, pues; se despidió el hombrecillo.

Aquel día Nguema esperaba a su esposa en la Casa de la Palabra, pues nunca solía regresar tan tarde. Le preguntó si le había ocurrido algo extraño y, ante la negativa, se fueron a casa. Allí, Angué preparó agua para bañar al niño. Cenaron, se acostaron, como de costumbre, y durmieron tranquilamente.

Al día siguiente, en el lugar de la leña se repitió la historia del ofrecimiento del hombrecillo, pero esta vez sin recelos. Así fueron pasando los días sin que Angué requiriese de su esposo los cuidados para el hijo, solícitamente atendido por el hombrecillo, que cumplía el papel de familiar directo.

Una de esas calurosas noches en que resulta difícil conciliar el sueño, dijo Nguema a Angué:

— Hace tiempo que te encuentro cambiada. Antes, compartíamos los cuidados de nuestro hijo; ahora, tú sola cargas con esta cruz. ¿Acaso alguien te ayuda en el bosque?

— Mañana daré respuesta a tu pregunta, contestó Angué.

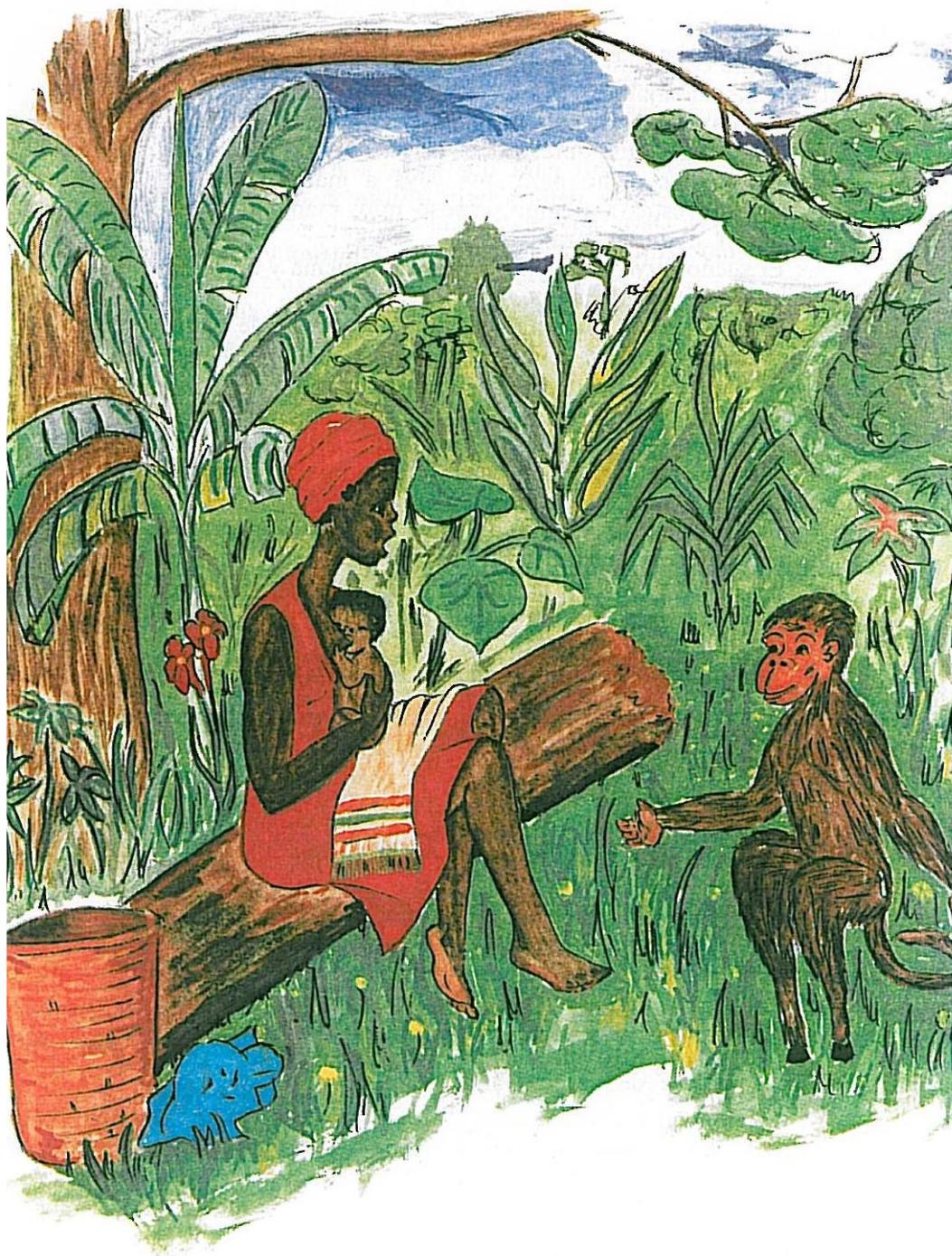
Al segundo canto de la perdiz, cogió Angué al niño y al crío y partió presurosa hacia el lugar del trabajo. Ya la esperaba el hombrecillo, como de costumbre; pero esta vez, antes de encargarse del niño, dijo a Angué:

— ¿Recuerdas que el primer día te dije que lo que causará daño a tu hijo no está en el bosque sino en el poblado?

— Lo tengo presente en mi mente, replicó Angué.

Tomó el hombrecillo al niño; lo cuidó, como días precedentes y, al concluir el trabajo, como siempre hacía, lo devolvió a la madre.

Por la noche, Angué contó a su marido la forma extraña y



constante como era ayudada en el cuidado del pequeño, mientras ella trabajaba.

— ¡Qué ocasión más propicia desperdicias a diario! —le dijo Nguema—. Ese animal debe de ser muy sabroso; ¿por qué no me lo has dicho para que vaya a matarlo?

— Aún estás a tiempo, esposo mío; mañana, si quieres, puedes ir a darle caza.

El sueño huyó de los párpados de Nguema y una pesadilla venatoria agitó su mente.

Comenzaba la aurora a desatar sus trenzas de plata y ya Nguema con arco y con flechas, seguía paso tras paso, en busca del hombrecillo. Como era muy temprano, éste aún no había acudido a la cita.

Angué indicó a su marido por dónde solía pasear el hombrecillo. Nguema eligió un escondite apto para el logro de sus objetivos, y esperó atento el momento oportuno.

Una vez más, Angué confió el fruto de sus entrañas al hombrecillo; éste repitió por tercera vez:

— Lo que causará la muerte de tu hijo está ya en el bosque; no soy yo, sino tú la causante de la misma. —Y comenzó a pasear con el pequeño.

Las intenciones de Nguema no se ocultaron al hombrecillo.

Al pasar ante el escondite de Nguema una mortífera y alada flecha salió de su arco, pero el hombrecillo protegió su pecho, a modo de escudo, con el tierno cuerpo del hijo de Nguema. Un débil vagido turbó la tranquila mañana y los gritos histéricos de una madre hirieron con la violencia de puñal la espesura.

Cuando Nguema quiso alcanzar con su machete al misterioso hombrecillo, éste había desaparecido, después de depositar con cariño el cadáver del pequeño. Sólo se oyó el eco de este reproche.

«Quise ser bueno con vosotros; pensé en ayudaros; me pagasteis mal por bien; ambos a dos habéis sido los causantes de la muerte de vuestro hijo.

# Premio y castigo

En un poblado pequeño, situado en el corazón de la selva, vivían dos viudas: una de ellas, de carácter apacible y bondadoso; la otra, en cambio, irascible y desabrida. Ambas tenían una hija ya mayorcita.

Cierto día, la mamá virtuosa envió a su pequeña a buscar unas hojas con que preparar la yuca. Pronta y alegre se internó en la selva la muchacha, canturreando una canción de moda. Descuidada, deshojaba el okieñ kuiñ, cuando vio una linda mariposa, volando de flor en flor. Le gustó tanto que quiso atraparla; pero el grácil insecto se escapaba más lejos, cada vez que las manos de la joven estaban a punto de cogerla. ¿Cuánto tiempo duró la persecución de la belleza alada? No se sabe; pero debió de ser mucho.

Lo cierto es que, sin saber cómo ni por dónde, se encontró la adolescente en un claro de la selva, donde no había más que una choza. Forzada por el hambre, no tuvo más remedio que llamar y entrar en ella, aunque no sabía quien la habitaba.

No encontró persona alguna, pero sí quedó asombrada de la cantidad de comidas que allí había; carne, pescado, ahumado, plátanos, cacahuetes, yuca, etc... etc... Con presteza preparó mucha comida; pero no se atrevió a tocarla hasta tanto que regresara el dueño de la casa. Como estaba también cansada, se quedó profundamente dormida. A eso de las tres de la tarde oyó estrépito de utensilios, y voces inconexas despertaron a la joven, que despavorida vio entrar por la puerta a un gigantón, el dueño de la choza, que regresaba de las faenas de la finca. También él quedó sorprendido al ver allí a la hermosa muchacha.

— ¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó el gigante.

— Soy una desdichada —respondió con miedo la joven—; he dado en este bello lugar por la ridícula ilusión de capturar una mariposa. He preparado la comida; ahí la tienes, señor; no he querido comer, pues esperaba al dueño para servirle.

— No te preocupes, hija mía, —repuso el gigante—, aunque ardo en deseos de comerte, porque eres tierna y tienes la carne fresca, te profesaré, en adelante, el cariño de un padre;



te consideraré como a mi hija. Anda, trae la comida y comamos.

Corrían los días y los meses, y el gigante y la afortunada joven vivían felices, como buenos amigos; él buscaba apetitosas comidas y ella las preparaba con arte culinario. Pero un día, la adolescente dijo al padre adoptivo:

— Tengo mucha pena por mi mamá; es viuda; no tiene a nadie más que a mí, y, cuando no me ve, se muere de pena; ¿me dejas ir a donde ella?

— Mañana te daré la respuesta, —dijo el bosquero.

Efectivamente, al otro día, después de sus quehaceres matinales, habló así el gigante:

— Hija, si tal es tu deseo, vuelve al lado de tu querida madre. En premio de tus virtudes, llevarás lo siguiente: un cestón de calabaza, otro de cacahuete, otro de chocolate del país, carne fresca, joyas y otras muchas cosas. Con todo, te advierto que no vuelvas más por aquí, pues no lo contarías más.

La dócil joven le dio las gracias y prometió que seguiría puntualmente su consejo.

El gigante colocó a la muchacha en medio de los regalos; dio a una y a otros un golpecito con una varita mágica y, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró detrás de la cocina de la mamá.

La alegría del poblado por el regreso de la que daban por muerta fue enorme, sobre todo el de su buena mamá. La joven explicó durante horas todas sus aventuras y el feliz desenlace de las mismas.

La madre ambiciosa quiso que su hija corriese la misma fortuna. La envió con palabras ásperas en busca de hojas para la yuca. La joven salió de mala gana.

Persiguió la misma mariposa, y fue a parar a la choza en que habitaba el gigante del bosque. Como su compañera, preparó la comida; pero en vez de esperar al dueño de la casa, comió y se quedó dormida.

A la hora acostumbrada regresó del bosque el gigante quien con el cortante machete, sin más explicación, cortó el delicado cuello de la dormida niña.

Así con la muerte de su hija expió la viuda su maldad y avaricia.

# La cadena mágica

En un pueblecito vivían tres hermanos hechiceros. Los tres eran viudos y el mayor de ellos tenía una hija, de hermosura incomparable, llamada Adá.

Cierto día un apuesto joven se presentó ante Adá y le declaró que quería casarse con ella.

— No podré acceder a tu deseo —le respondió la joven, —sin el consentimiento de mi padre.

Entonces Ndong, que así se llamaba el pretendiente, fue a encontrar a los tres ancianos que estaban sentados en el abaá.

— ¿Cómo te llamas?, ¿de dónde vienes?, y ¿qué pretendes? —le preguntaron a coro—, porque aquí llevamos años y años y nadie se atreve a venir a este poblado.

— Me llamo Ndong, soy de la tribu Yengüiñ y he venido a casarme con tu hija —respondió el joven.

Los tres hermanos, por una sola boca, le contestaron:

— Por nosotros no hay inconveniente; pero quien desee casarse con Adá tiene que traernos una cesta llena de toda clase de frutos comestibles.

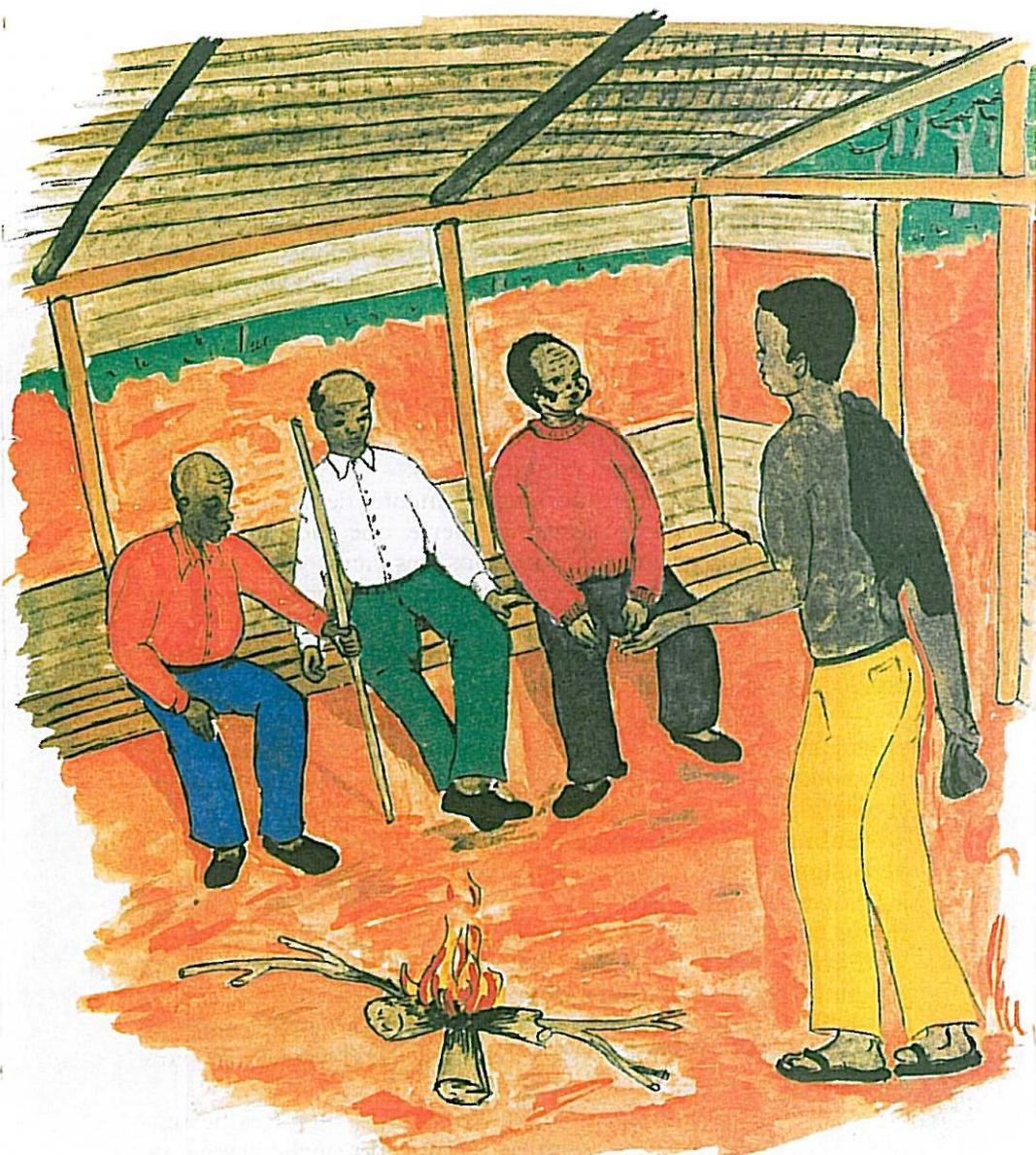
El joven pretendiente quedó perplejo: ¿una cesta llena de toda clase de frutas, cuando no era la época de la cosecha!

Los tres viejos disiparon la turbación de Ndong con estas palabras:

— En nuestro jardín hay un árbol que da toda clase de frutas; en cualquier día del año puedes recogerlas; si gustas, te lo mostraremos y, cuando nos traigas la cesta llena de frutas, te podrás casar con Adá.

Ndong regresó a casa de sus padres; les dio la noticia y les pidió permiso para realizar el casamiento. Los padres le dijeron que aquella familia era familia del diablo; que cuantos vivían con ellos habían muerto, y los que no, fue porque a tiempo abandonaron el poblado de los tres hechiceros.

Ndong, que estaba locamente enamorado de Adá, abandonó ocultamente la casa paterna y se presentó ante el más viejo de los tres hermanos, el padre de la hermosa joven. El viejo cogió la cesta y, seguido de Ndong, llegó bajo el misterioso árbol.



— Llenarás la cesta únicamente de frutas comestibles —le dijo—, y fue a reunirse con sus dos hermanos en el abaá. Ndong, al quedarse solo examinó el árbol de arriba abajo; tenía forma y tamaño parecido a los demás árboles del jardín; eso sí, cada rama tenía una variedad de fruta diferente. Sin

pérdida de tiempo con la cesta atada a la cintura, trepó por el árbol y empezó a llenarla de diversas frutas.

Al tocar la rama de la que pendían las negras uvas, el árbol creció de forma increíble, llegando a sobrepasar los cien metros, y el grosor del tronco no bajaría de los veinte metros. El joven pretendiente, a pesar de su valentía, se asustó y rompió en inútiles lamentos. Allí pasó tiempo y tiempo, hasta que, extenuado, su cuerpo, como fruto maduro, se golpeó contra la dura tierra.

Al cabo de unos días, los tres viejos salieron del abaa para dar sepultura al cuerpo de Ndong, que encontraron tendido bajo el árbol. El mayor de los tres percutió con su bastón el árbol que volvió al tamaño habitual. Al regresar al abaa, los hechiceros lo celebraron con regocijos.

Muchos fueron los que sucesivamente desearon casarse con Adá, y corrieron la misma suerte que Ndong.

Un día Ekoró se presentó ante los tres viejos y les dijo:

— Quiero casarme con vuestra hija; ¿qué tengo que hacer para conseguirlo?

— Mira, —le dijeron los viejos— bastará que nos traigas una cesta de toda clase de frutas.

— Dentro de cinco días, cumpliré vuestros deseos, —repuso Ekoró, y retornó a la casa paterna. Comunicó su propósito a los padres, que le aconsejaron que no lo intentase. Pero él partió, muy de mañana, sin decir nada a nadie.

Había caminado varios kilómetros; el lugar era solitario; pero alguien pedía auxilio. Corrió en dirección a donde venían las voces. Se encontró con una anciana que tenía una profunda herida en la pierna.

Ekoró se la lavó y vendó lo mejor que pudo. La vieja le preguntó qué camino llevaba.

— Voy —dijo Ekoró— a llenar una cesta de toda clase de frutas, pues es lo único que mi futuro suegro me pide para casarme con su hija.

— Vete con cuidado —repuso la vieja, —esos tres hermanos son peligrosos; —y sacó de su bolsillo una cadena que entregó al caritativo joven diciéndole:

— Toma esta cadena; antes de subir al árbol, la entregas a tu futuro suegro y verás lo que sucederá.

Ekoró, partió contento, parecía que tenía alas en los pies, y a las pocas horas llegó al poblado de los tres hechiceros, que

lo esperaban impacientes. El mayor cogió la cesta y, seguido de Ekoró, llegó al fatídico árbol. Antes de trepar, Ekoró obsequió al viejo con la cadena, que le colgó al cuello.

Una a una, se iba llenando la cesta de variadas frutas. Tocó el turno a las uvas y, como en precedentes ocasiones, el árbol tomó proporciones desmesuradas. Ekoró, con la mayor tranquilidad, siguió recogiendo frutas. Llena ya la cesta, gritó:

— Suegro, suegro, hazme bajar.

El viejo le respondió que bajase como había subido. Ekoró soltó la cesta y el viejo, creyendo que era Ekoró quien caía, se agachó para curiosear. Cuando la cadena tocó el suelo, alcanzó tamaño gigantesco; cada anillo pesaba, al menos, cien kilos. El viejo intentó arrancarla del cuello, pero no pudo. Gritó desesperado:

— Hierro, hierro, quitadme la cadena...

Ekoró le respondió, desde arriba:

— Hazme tú bajar y te quitaré la cadena, pues desde aquí nada puedo hacer.

— Arráncame la cadena, —insistió el brujo— y luego te haré bajar del árbol.

— Para reducir el tamaño de la cadena —contestó Ekoró— necesito tocarla con las manos.

El viejo, temeroso de morir aprisionado por la gruesa cadena, tocó con el bastón el descomunal árbol que volvió a su grandor primitivo... Ekoró descendió rápidamente y dijo a su suegro:

— Espera mientras voy en busca de la varita que reduce la cadena.

Cogió la cesta; llegó al abaá, y la entregó a los dos asombrados hermanos. Adá, que observaba la escena desde la cocina, echó a correr y abrazó a Ekoró. Los dos jóvenes, cogidos del brazo, se alejaron corriendo del poblado, dejando al viejo hechicero ahogado bajo el árbol de su hechizo.

# La ballesta de Engono Mbá

Engono Mbá, desde sus tiernos años, acompañaba a su padre a la caza, tanto con el arco como con las engañosas trampas. A los quince años, se le reconocía en toda la comarca, merecidamente, como el cazador que mejor manejaba el Ban (ballesta) y que trampaba con más habilidad. Con el producto del cotidiano trabajo, consiguió casarse con siete hermosas mujeres de diversa edad y de diferentes tribus.

Su vida organizada y de trabajo acrecentaba su familia, al compás de los años, tanto que, en menos de dos lustros, se vio rodeado de veinticuatro hijos e hijas, vivarachos y decididos, como sus progenitores. En cambio, los hermanos carnales de Engono Mbá, a causa de la muerte de su padre, se quedaron solterones, vagos y borrachos.

La ruin envidia empezó a anidar en el corazón de los hermanos solteros, testigos de la alegría y prosperidad que llenaban el hogar del laborioso Engono Mbá.

Cierto día, el mayor de aquellos, Ngom Esá Mbá, no pudo contener más el odio que roía su corazón y confabuló a los demás hermanos para acabar con Engono Mbá. Todos ellos dieron su sí fratricida y, a partir de entonces, buscaban la forma de matarlo.

Una mañana en que las finas lloviznas, presagio de mal agüero, caían lentas sobre el poblado, los envidiosos hermanos se congregaron en el abaá. El más astuto de ellos, en tono despectivo, reclamó de Engono Mbá que les encendiese una hoguera en el «salón», para alejar el frío de la húmeda mañana.

Engono Mbá, consciente de su dignidad como jefe de familia numerosa, no accedió a la humillante demanda de los hermanos. La chispa de la envidia provocó entonces la hoguera de insultos, amenazas y violentas agresiones. Ninguno de los hermanos se atrevía a luchar singularmente contra Engono Mbá, pues conocían la valentía y destreza ofensivo-defensiva

del adversario. Egom Efá, temeroso de perder la favorable ocasión, saltó, cual leopardo herido, fuera del grupo, gritando:

— Hincad, hincad a ese dios, a ese rico del poblado una estaca de palo rojo en la nuca. Acabemos, de una vez, con él, sea como sea.

«¿Qué haré, —se preguntaba Engono Mbá —para escapar a esta amenaza?». Con el fulgor de un relámpago, cruzó su mente una idea salvadora: «Iré en busca de mi vieja ballesta». Conocedor de las tácticas felinas, se fue distanciando de los atacantes, y llegó al dormitorio, de cuyas paredes pendía la mortífera ballesta, siempre a punto. Como si saliese acompañado de veinte guerreros, se plantó, valiente, ante sus hermanos y suplicó de este modo a Egom Efá:

— Hermano, nunca he matado ni deseado matar a nadie y menos a ti, que eres mi hermano; tenemos una misma sangre; nuestro padre nos está viendo desde el mundo de los muertos; te ruego, pues, que depongas tu furor y calmes a nuestros hermanos. Si mis mujeres, hijos y riquezas son la causa de vuestra negra envidia, os prometo, ante Dios y por nuestros difuntos, que os repartiré la tercera parte de mis bienes. Cuanto poseo es fruto de mis trabajos y de las bendiciones de Dios; a nadie he robado lo más mínimo.

Los ruegos fraternos y conciliadores de Engono Mbá no hicieron mella en el duro corazón de Egom Efá, esclavo de un maldito plan. Por el contrario, enardecido por la ira, cosía los dientes contra los labios y se aprestaba a ejecutar la amenaza. Entonces, Engono Mbá, confesando una vez más su inocencia y que no tomaba él la iniciativa fratricida, suplicó a su hermano que no avanzara un paso más. Ante la negativa, tensó la ballesta; voló el envenenado (eny) bambú que vació el ojo derecho de Egom Efá y le perforó el cráneo. Su cuerpo cayó redondo en medio de los vengativos hermanos que escaparon, amedrentados, de la justa defensa de Engono Mbá.

No desestimemos las cosas por su antigüedad; en momentos de peligro, nos pueden sacar de apuro.

# La escopeta mágica

Era media mañana. Hombres y mujeres estaban en sus habituales ocupaciones agrícolas, de pesca o de caza; los niños estaban en la escuela, y pocas personas animaban el poblado. Únicamente Mebegue estaba recostado en su habitual cama de bambú en la casa de la palabra. Como en otras muchas ocasiones, rumiaba ahora la solución de un problema de casamiento.

Mebegue, de sus dos mujeres, contaba con diez hijos; pero se daba la circunstancia de que todos eran varones. ¿Cómo se las arreglaría? La tradición rezaba así: «el hijo varón tiene que casarse con la dote de su hermana». Mebegue no tenía dinero, no poseía fincas... ¿de dónde sacaría, pues, la cantidad, nada despreciable, para casar a sus diez hijos? Este pensamiento le acuciaba de día en día, con más vehemencia, pues sus hijos se iban haciendo mayores.

Esta mañana le pareció dar con la solución; y, hablando para sí en voz alta, se dijo:

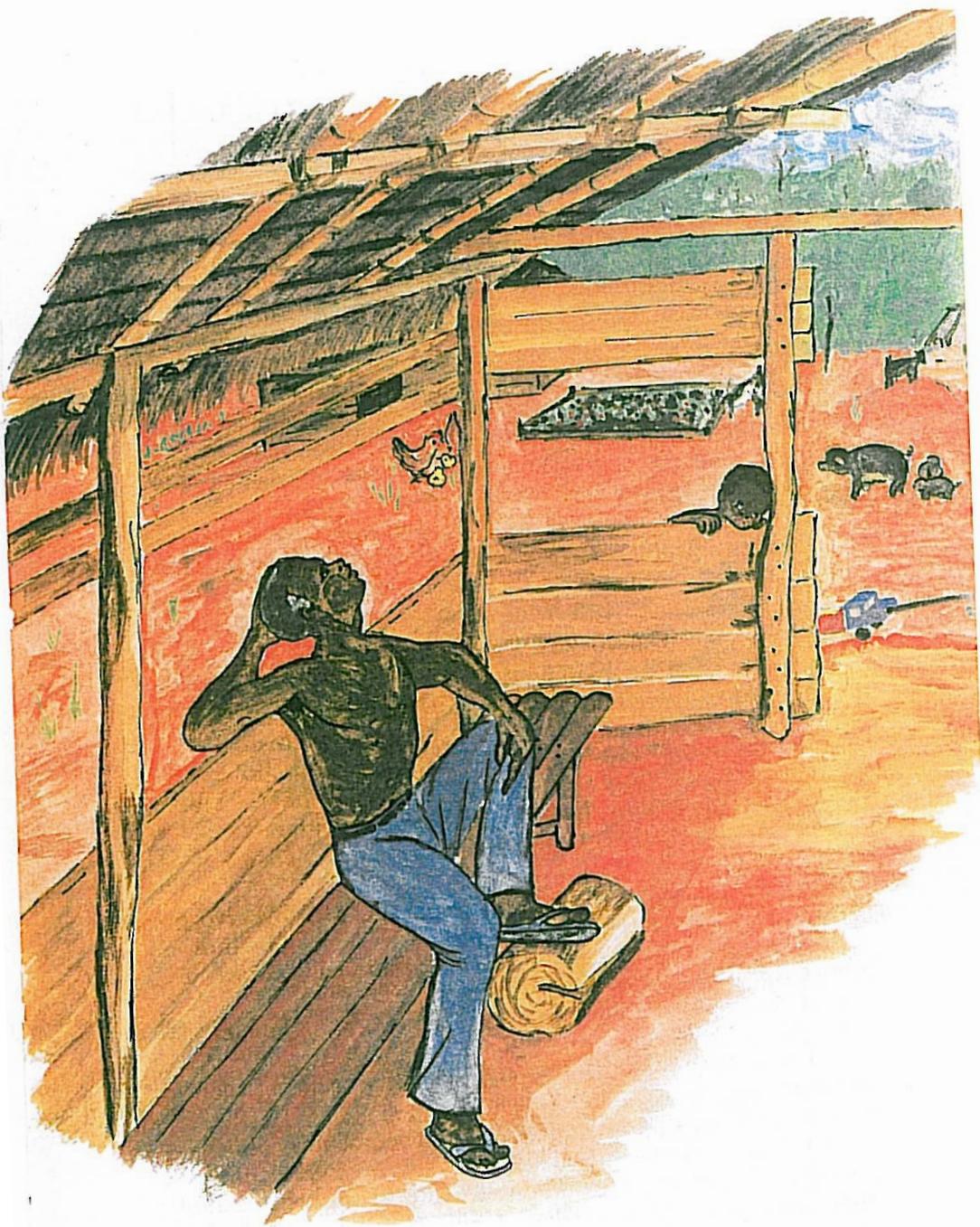
— Iré y explicaré el caso a mis tíos maternos; ellos no dejarán de ayudarme.

Dicho y hecho. A los tres días, había informado con todo pormenor de la situación a sus tíos maternos, quienes le dieron esta respuesta:

Como hijo que eres de nuestra difunta hermana, a la que amábamos mucho, queremos ayudarte cuanto podamos. Mira, guardamos esta escopeta, recuerdo de familia. Hasta el presente, ella nos ha sacado de todos los apuros. Estamos seguros de que también resolverá el casamiento de tus hijos; se la entregarás sucesivamente, comenzando por el primogénito y acabando por el menor. Sólo podrán salir de caza con ella una vez, pase lo que pase. Lo que cacen en esa salida lo emplearán como dote del casamiento.

Mebegue regresó a su pueblo contento con la escopeta, y pensó poner sin demora en práctica lo que los tíos le dijeron.

A la mañana siguiente, entregó la mágica escopeta al mayor de sus vástagos con las consiguientes recomendaciones. Después que su madre le preparó las provisiones para ir al



bosque, cogió su «ebará» o mochila y se emboscó ávido de misteriosas aventuras. Al llegar a un tranquilo río, cuyas riberas flanqueaban frondosos árboles, preparó con bambúes y nipas una tosca choza para pernoctar y comer las viandas que su madre le había preparado.

Su cena fue frugal: un dedo de plátano maduro, un poco de cacahuete, envuelto de calabaza; el agua clara del río le calmó la sed. El resto de las comidas lo guardó en la choza para su regreso.

Cuando la rosada aurora asomaba su rostro por el oriente, Mebegue con la escopeta en posición de hacer fuego y el ojo avizor comenzó a medir con paso quedo y silencioso los contornos que prometían caza abundante. No pasó mucho rato, y vio una numerosa manada de monos. Entonces se dijo:

— Probaré suerte, si consigo abatirlos a todos cumpliré con mis objetivos.

Antes de disparar la maravillosa escopeta, tenía que preferir estas palabras mágicas: «Escopeta mía, te recibí de mi padre, a quien se la dieron sus tíos, si te reconoces mía, haz que de un solo tiro caigan todos esos monos». A estas palabras siguió un disparo seco y retumbante, cuyos efectos sembraron el suelo de palpitantes víctimas indefensas.

¿Cómo llevar tanto botín a su casa? Pensó en solicitar ayuda del poblado más próximo. Cuando se aproximaba a la choza que había construido, oyó confuso murmullo que fue clarificándose en voces de niños y mujeres. ¿Se habría equivocado de camino? No, era la misma choza por él fabricada.

— ¿Quiénes sois?, ¿de dónde venís? —gritó Mebegue desde lejos.

Sus preguntas no obtuvieron respuesta, pero observó que el suelo estaba cubierto con las peladuras de los plátanos, de los cacahuetes y de la yuca que había dejado en la choza.

Entonces, empezó a gritar colérico:

— ¿Quiénes han entrado en mi choza? ¿Quiénes han comido mi comida?

Tampoco ahora tuvo respuesta alguna. Ante el silencio, profirió toda clase de improperios:

— Hijos de sataná —decía— devolvedme mis comidas.

El silencio de los que quería convertir en interlocutores lo enardecía más y más. Entonces, levantó la cabeza una mujer que parecía la de más edad, y dijo:

— Chicas, vámonos, pues éste no es el hombre que buscamos; no vale gran cosa.

Y, dicho esto, niños y mujeres desaparecieron en un santiamén, sin saber cómo ni a dónde. Mebegue se quedó solo e indignado por haber perdido las provisiones. Después de suplicar y rogar, consiguió que los del poblado le ayudasen a llevar los monos a su casa. Con el dinero que sacó de la venta de los monos pudo casarse, como era su deseo.

Los demás hermanos repitieron la aventura y corrieron parecida suerte a la de su hermano mayor; únicamente el más pequeño, Ovula, que tal era su nombre, tuvo un desenlace distinto. Helo aquí:

Con las comidas en la «ebará» y la escopeta al hombro llegó al lugar donde sus hermanos levantaban la choza, pasaban la noche y guardaban sus provisiones.

Como ellos se encontró con la consabida manada de monos, como ellos disparó, después de pronunciar las palabras misteriosas y como en ocasiones anteriores todos los monos humedecieron con su roja sangre la parda tierra. Como sus hermanos, oyó el murmullo que animaba los aledaños de la choza y entonces se dijo para sí:

— Seguramente que esta gente quiere comprar carne, así no necesitaré ir al poblado a solicitar ayuda para llevarme los monos.

Cuando llegó a la choza, le extrañó ver niños en corro jugando alegres; mujeres en animada conversación, y el suelo sembrado de peladuras de plátanos, cacahuets y yuca. Lejos de enfadarse, como hicieron sus hermanos, preguntó con una amable sonrisa:

— ¿Quién ha comido mis provisiones?

Y dirigiendo una mirada bondadosa a los niños, él mismo se respondió:

— Son éstos, sin duda; pero estoy contento de que ellos hayan comido, aunque yo me quede con hambre.

Y habló luego así a las mujeres, en tono suplicante:

— Confío que me ayudaréis a llevar al poblado estas piezas que he matado.

Entonces, la mujer que aparentaba más edad dijo a las otras:

— Este es el hombre que buscábamos, pues no es como los demás.

Para empezar, dadle de comer; luego, cargaremos con los monos, los llevaremos a su poblado, y nos quedaremos con él.

Cargadas con el apetecido botín, semejaban hacendosas hormigas que caminan afanosas al hormiguero. Cuando los padres, los hermanos y los familiares vieron a Ovula y a su acompañamiento entendieron el secreto de la escopeta mágica.

Únicamente Ovula, por su bondad con los niños y mujeres, pudo dar con el secreto; sólo él fue capaz de enriquecer el poblado con bellas y laboriosas mujeres y con niños, esperanza del futuro. Pero su generosidad no paró aquí: dio una mujer a cada uno de sus hermanos, sin exigirles dote por ella.

De este modo, Ovula, el más despreciable de los hijos de Mebegue, fue el más famoso de la familia, gracias a su amor para con los niños y las mujeres.

## Sumario

	<u>Págs.</u>
Prólogo .....	7
Odjáa Sima y el Ze Mintzón .....	18
Muerte del monstruo asesino .....	22
El héroe Mbogo Nsogo .....	24
Nkut y Oteteñ .....	27
Edjan Evuna .....	29
Adjaba Edjo .....	33
El pueblo de los guapos .....	36
La niña previsora .....	40
El joven Akudzama .....	43
Mbá el aventurero .....	46
El bosque del brujo .....	51
La mujer de Ndjambu .....	53
Otum-Taha .....	56
El Dios de la montaña .....	60
Ugula .....	63
El astuto Negué Esaboy .....	69
Voy cargado con una montaña .....	73
Anita y los elefantes .....	77
Los cuatro ignorantes .....	80
El tigre y la tortuga .....	83
Astucia de la tortuga .....	87
Victoria de la tortuga .....	89
El tigre y el cordero (Nzeé ya Ekelá) .....	93
La astucia vence a la fuerza .....	96
La tortuga y el tigre .....	99
El elefante y la tortuga .....	101
El tigre y la tortuga se disputan una cabritilla .....	104
El tigre, el perro y la oveja .....	106
El mosquito y el elefante .....	109
La tortuga justiciera .....	110
La araña y el camaleón .....	114
La serpiente Bidja .....	120
El antilopín desobediente .....	123

	<u>Págs.</u>
El tucán, el gorrión y la paloma .....	125
El gorila astuto .....	127
La boa y el antílope .....	130
Mal por bien .....	133
Premio y castigo .....	137
La cadena mágica .....	140
La ballesta de Engono Mbá .....	144
La escopeta mágica .....	146





**COOPERACION  
ESPAÑOLA**